

El Improvisador

Parte I

Por

Hans Christian Andersen

Parte primera

I

El mundo de mis comienzos

Cualquiera que haya estado en Roma conocerá, sin duda, la Piazza Barberini, esa gran plaza con una bella fuente en la que el tritón vacía la chorreante caracola desde la que cae el agua a varios codos de altura; quien no haya estado la conocerá, sin embargo, por el famoso grabado, aunque es una lástima que en éste no aparezca la casa en la esquina de Via Felice, la alta casa esquinera en la que el agua corre por tres tuberías que hay en la pared hasta el gran depósito de piedra. Esta casa tiene para mí un interés muy especial, pues es allí donde nací. Si echo la vista atrás, a los primeros años de mi infancia, ¡qué torbellino de recuerdos!, no sé ni dónde empezar. Si rememoro la totalidad del drama de mi vida, menos sé, todavía, cómo he de organizarlo, qué conviene dejar a un lado por secundario, y qué será suficiente, por sí solo, para dar una idea del cuadro. Lo que es interesante para mí, quizá no lo sea para un extraño. Quiero narrar con veracidad y naturalidad la gran aventura de mi vida, pero la vanidad también habrá de entrar en escena, ese vicio de la vanidad: ¡el deseo de complacer! Todo lo sucedido en el mundo de mi infancia brotó como una simple hierba para ir creciendo, como sucedía con el bíblico grano de mostaza, e ir haciéndose cada vez más alto, acercándose cada vez más al cielo, hasta convertirse en un poderoso árbol en el que construyeron sus nidos mis pasiones.

Uno de mis primeros recuerdos me lleva a aquel lugar. Tenía unos seis años y estaba jugando al lado de la iglesia de los capuchinos junto a otros niños, todos más pequeños que yo; en la puerta de la iglesia había una crucecita de latón, aproximadamente en el centro de la puerta, tan alta que apenas llegaba a tocarla con la mano. Siempre que nuestras madres pasaban por allí con nosotros nos aupaban para que pudiéramos besar el sagrado símbolo. Una vez que estábamos jugando solos los niños, uno de los más pequeños preguntó por qué nunca venía el Niño Jesús a jugar con nosotros. Como yo era el más listo, le contesté que estaba en la cruz. Fuimos allá y aunque no había nadie que nos pudiera ayudar, intentamos besarla como nuestras madres nos habían enseñado; pero no alcanzábamos, así que nos subimos unos apoyados en los otros, pero en cuanto uno tenía los labios en posición para dar el beso, las fuerzas les abandonaban a los que estaban sujetándolo, y el que iba a dar el beso caía justo cuando su boca iba a tocar al invisible Niño Jesús. Mi madre acertó a pasar por allí en ese mismo instante, y

al ver nuestro juego se detuvo, juntó las manos y exclamó: «¡Sois unos ángeles de Dios! ¡Y tú eres mi ángel particular!», y me dio un beso.

La oí repetir ante la vecina que yo era un ángel inocente, y me agradó mucho oírlo, lo que hizo disminuir mi inocencia: la simiente de la vanidad bebió en ese momento los primeros rayos de sol. La naturaleza me había concedido un temperamento dulce y piadoso, pero mi buena madre hizo que me fijara en él y me hizo ver mis virtudes innatas, aunque sin pensar en ningún momento que a la inocencia de los niños le sucede igual que al basilisco: si se ve a sí mismo, puede morir.

Fra Martino, un monje capuchino, era el confesor de mi madre, quien le contó lo piadoso que era su hijo; y que además me sabía estupendamente las oraciones, aunque no comprendiera nada de lo que decían. El monje me apreciaba mucho y me regaló una estampa de la Madonna que lloraba grandes lágrimas que, como lluvia, caían sobre las ardientes llamas del infierno, donde los condenados alargaban las manos para coger algo de aquel líquido que les refrescaría. También fue él quien me llevó una vez al claustro, una columnata en torno a un huertecito con dos cipreses y un naranjo, que me causó una profunda impresión. Uno junto al otro colgaban en el corredor abierto viejos cuadros con historias de mártires, que contemplé con la misma veneración con la que más tarde observaría las obras maestras de Rafael y Andrea del Sarto.

—¡Qué chico más listo! —dijo el monje—. Ahora te voy a enseñar los muertos.

Dicho esto, abrió una puertecita que daba a una galería, varios escalones más abajo del claustro; descendimos por ella y me vi rodeado entonces por calaveras y más calaveras, colocadas unas junto a otras ocupando las paredes y varias capillas. Había algunos nichos, y en ellos los esqueletos completos de los monjes más principales, envueltos en sus hábitos marrones, el cordón a la cintura y un breviario o una flor marchita entre las manos. Altares, candeleros y adornos estaban hechos con omóplatos y costillas; un bajorrelieve de osamentas humanas, estridente y de dudoso gusto, como la idea misma de aquella cripta. Me apreté contra el monje, que rezó una plegaria y me dijo:

—Aquí dormiré también yo un día. ¿Vendrás a visitarme?

No respondí, me limité a mirarlo espantado, y miré de nuevo a mi alrededor, aquella portentosa y fúnebre composición. Era una locura llevar a un niño como yo a un lugar como ese. Me sentí extrañamente conmovido por la impresión y no estuve tranquilo hasta que me encontré en la celda del monje, donde las deliciosas naranjas casi entraban por la ventana, y vi la multicolor pintura de la Madonna elevada por los ángeles hacia el brillante sol mientras miles de flores llenaban la tumba donde había descansado un momento antes.

Aquella primera visita al convento tuvo ocupada mi fantasía durante mucho tiempo, y permanece aún extrañamente viva. El monje me parecía una persona totalmente distinta a las demás que yo conocía; el que viviera junto a los muertos, que con sus hábitos marrones parecían casi iguales a él, las historias que sabía contar sobre santos y milagros asombrosos, así como la veneración que sentía mi madre por su santidad, me hicieron pensar que, a lo mejor, yo podría llegar ser como él.

Mi madre era viuda, lo único que tenía para vivir era lo que ganaba cosiendo y alquilando una habitación bastante grande en la que habíamos vivido nosotros antes: ahora ocupábamos la pequeña buhardilla mientras que un joven pintor, Federigo, estaba alojado en el salón, que era como llamábamos a aquella estancia. Era un joven alegre, procedente de un lugar muy lejano, tanto que allí no conocían a la Virgen María ni al Niño Jesús, según decía mi madre. Era de Dinamarca. En esos tiempos, yo era incapaz de entender que pudiera existir más de un idioma y, por tanto, cuando no me comprendía bien, creía que era sordo, así que gritaba las palabras con todas mis fuerzas y él se reía de mí. Me regalaba fruta y me dibujaba soldados, caballos y casas, de modo que enseguida nos hicimos amigos; yo le tenía mucho aprecio, y también mi madre solía decir que era una persona muy decente. Una tarde, en esos años, oí una conversación entre mi madre y Fra Martino, que me produjo un sentimiento muy peculiar por el joven artista. Mi madre preguntó si era cierto que el extranjero estaba condenado al infierno para toda la eternidad.

—Porque a fin de cuentas, él, y la mayoría de los extranjeros —dijo mi madre— son gente muy decente, que nunca hacen mal a nadie. Son buenos con los pobres, pagan lo que deben sin discutir; hasta me da por pensar que no cometen los pecados que son tan corrientes entre nosotros.

—Sí —respondió Fra Martino—. En efecto. En su mayoría son personas muy decentes, pero has de saber cuál es el auténtico motivo de esa forma de ser. Mira: el demonio, que es muy sabio, sabe que los herejes le pertenecen, de manera que nunca los tienta; por eso son tan decentes y no les resulta difícil evitar el vicio. En cambio, un buen católico es hijo de Dios y, en consecuencia, el demonio se ve obligado a echar mano de todos sus recursos: nos tienta y nosotros, que somos débiles, caemos en sus redes. En cambio, un hereje, como te acabo de decir, no sufre tentaciones ni de la carne ni del demonio.

Mi madre no supo qué responder a estas palabras y se limitó a dejar escapar un profundo suspiro por el joven. Yo me eché a llorar, porque me daba una pena tremenda que tuviera que arder eternamente, él precisamente, con lo bueno que era y con los dibujos tan bonitos que me hacía.

Una tercera persona que desempeñó un papel de gran importancia durante

mi infancia era el tío Peppo, habitualmente conocido como «Peppo el malo» o también «el rey de la escalinata de España», donde se instalaba todos los días. Había nacido con las piernas inútiles, que llevaba cruzadas debajo del cuerpo, y desde su más tierna infancia adquirió una asombrosa agilidad para correr sobre las manos. En éstas tenía una correa que sujetaba una tabla, y con ellas era capaz de correr casi tanto como cualquier otra persona sobre sus piernas sanas y fuertes. Como ya he dicho, todos los días se aposentaba en la escalinata española y, aunque no mendigaba propiamente hablando, gritaba *buon giorno* con una sonrisita maliciosa a todos los paseantes, incluso después de ponerse el sol. A mi madre no le gustaba demasiado, incluso se avergonzaba del parentesco que los unía, aunque, por mi bien, según solía decirme, procuraba conservar la relación. Peppo tenía su dinerito, por eso era conveniente ir a visitarlo, y si yo mantenía buenas relaciones con él, yo sería su único heredero, a menos que legara el dinero a la iglesia. Además, me tenía algo así como cariño, a su manera, aunque yo jamás me sentía a gusto en su presencia. Una vez fui testigo de una escena que me hizo temerlo, como si lo que había visto reflejara lo que realmente había en su corazón. En uno de los escalones más bajos de la escalinata estaba sentado un anciano mendigo ciego que hacía tintinear una cajita de latón para que la gente le echara un *baiocco*. Algunas personas pasaron delante de mi tío sin que su servil sonrisa ni el blandir su sombrero tuvieran efecto alguno. Con su silencio, el ciego ganaba mucho más que él. Habían pasado ya tres personas, cuando llegó la cuarta y le arrojó un chelín. Peppo no pudo aguantar más, le vi reptar escaleras abajo como una culebra y golpear al ciego en el rostro, haciéndole perder dinero y bastón.

—¡Ladrón! —gritó mi tío—. ¡A mí me vas a robar tú! ¡Ni pensarlo! ¡Tiene un defectillo común y corriente y pretende quitarme el pan de la boca!

Yo no oí ni vi más, eché a correr asustado hacia mi casa con la folleta de vino que había salido a comprar.

En las grandes fiestas tenía que acompañar a mi madre a visitarlo, y en tales ocasiones llevábamos algún regalo, unas uvas o unos tomates, que eran su golosina favorita. Yo tenía que besarle la mano y llamarlo tío, y entonces Peppo reía de una forma muy extraña y me daba medio *baiocco*, aunque añadiendo la advertencia de que tenía que guardarlo y limitarme a mirarlo, en vez de gastármelo en pasteles, pues en cuanto me los comiera no me quedaría nada; en cambio, si guardaba la moneda, siempre tendría algo.

El lugar en que vivía mi tío era oscuro y feo; en una de las estancias no había ventanas y en la otra había una, pero muy arriba, en lo más alto de la pared, con los vidrios sucios y rotos. Tampoco había muebles, aparte de un cajón ancho y largo que utilizaba de cama, y dos barriles en los que guardaba sus ropas. Yo lloraba cada vez que tenía que entrar allí, y sabía perfectamente

que, por mucho que mi madre intentara convencerme de que debía ser amable con él, lo cierto es que ella lo usaba como una especie de hombre del saco cuando se enfadaba conmigo, pues me amenazaba con mandarme a vivir con mi encantador tío, añadiendo que tendría que sentarme a su lado en la escalinata a cantar, y que así haría algo de provecho y me ganaría un baiocco. Naturalmente, yo sabía que jamás haría semejante maldad, pues yo era el niño de su corazón.

En casa del vecino había una pintura de la Madonna, que siempre tenía delante una lamparita encendida. Al atardecer, cuando las campanas llamaban al Avemaría, los hijos del vecino y yo nos instalábamos ante la pintura y cantábamos a la Madre de Dios y al precioso Niño Jesús, que estaban adornados con cintas, perlas y corazones de plata. A la oscilante luz de la lamparita, tuve muchas veces la sensación de que el Niño se movía y nos sonreía; yo cantaba en voz alta y clara, y decían que cantaba muy bien. En cierta ocasión, una familia de ingleses se detuvo a escuchar en silencio; y cuando nos pusimos en pie, el noble caballero me regaló un chelín de plata. Mi madre dijo que había sido por mi preciosa voz... pero ¡cuánto me perturbó aquel suceso! Cuando cantaba ante su imagen, ya no pensaba sólo en la Madonna, qué va, me fijaba en si alguien me escuchaba, y en lo bien que cantaba; pensando en esas cosas sentía enseguida una ardiente furia, me daba miedo que la Madonna se fuera a enfadar conmigo y, con toda mi inocencia, le suplicaba que cuidara del pobrecito de mí.

El canto vespertino era el único momento en que me reunía con los otros niños. Yo vivía tranquilo, totalmente sumergido en mi propio mundo de sueños, que yo mismo me había creado. Podía pasarme horas tumbado de espaldas y con el rostro hacia la ventana abierta, mirando el asombroso, precioso azul del cielo de Italia, el prodigioso juego de colores de la puesta del sol, cuando las nubes cuelgan como un crespón violáceo sobre la tierra dorada. Muchas veces deseé volar por encima del Quirinal y las casas hacia los altos pinos que se erguían como negras sombras en el horizonte, rojo como el fuego. Al otro lado de nuestra estancia, la vista era completamente distinta: allí estaban nuestro jardincito y el de los vecinos, espacios angostos entre las altas casas, casi cerrados arriba por los balcones de madera. En mitad de cada jardincito había un pozo, y el espacio que quedaba entre éstos y las paredes de la casa apenas era suficiente para que pasara una persona. En realidad, lo único que podía ver desde arriba era los profundos pozos, cubiertos por completo por esas plantas tan delicadas que llamamos culantrillos; la parte más honda se perdía en la oscuridad. Era como si pudiera ver las profundidades de la tierra, donde mi fantasía creaba las imágenes más extrañas. Mi madre puso en la ventana una rama para enseñarme los frutos que crecerían de ella, y para impedir que me cayera y me ahogara.

Pero más vale avanzar un poco hasta un suceso que habría podido poner fin al cuento de mi vida antes de llegar a su nudo.

II

Visita a las catacumbas. Me convierto en niño de coro. El precioso niño de los angelitos. El improvisador

Nuestro inquilino, el joven pintor, me llevaba a veces con él en sus paseos fuera de las puertas de la ciudad. Yo procuraba no molestarlo mientras hacía sus bocetos, pero cuando acababa lo entretenía con mis cotilleos, pues ya comprendía bien la lengua. Una vez estuve con él en la Curia Hostilia, en lo más profundo de las oscuras cuevas donde, en la antigüedad, guardaban las fieras salvajes para los juegos, en los que arrojaban inocentes prisioneros a hienas y leones. Los oscuros pasillos, el monje que nos guiaba y que una vez tras otra golpeaba la roja antorcha contra el muro, los profundos estanques de piedra llenos de agua clara como un espejo; más aún, tan clara, que se hacía preciso tocarla con la antorcha para convencerse de que llegaba hasta el mismo borde y no se trataba de un mero hueco vacío, como parecía en su inmensa transparencia. Todo espoleaba mi fantasía, y no sentía miedo porque no era consciente de peligro alguno.

—¿Vamos a las cuevas? —le pregunté al ver, al final de la calle, la parte superior del Coliseo.

—¡No, a un sitio mucho más grande! —respondió—. Lo que vas a ver allí sí que merece la pena. Y allí pienso dibujarte, además, chavalito valiente.

Y seguimos caminando sin detenernos entre las blancas tapias que cerraban los viñedos y las antiguas ruinas de los baños, hasta que nos vimos por fin fuera de Roma. El sol caía a plomo y los labriegos habían construido unos chamizos con ramas verdes encima de sus carros, donde dormían mientras los caballos, dejados a su antojo, paseaban lentamente mordisqueando el saco de heno que llevaban colgando del cuello. Finalmente llegamos a la cueva de Egeria, donde comimos nuestro almuerzo y mezclamos el vino con el agua fresca que brotaba entre los bloques de piedra. Paredes y arcos, toda la gruta estaba cubierta por dentro de espléndida vegetación, como un forro de seda y terciopelo, y en torno a la gran entrada colgaba la hiedra abundante y jugosa, como la parra en los valles de la Calabria. A pocos pasos de la gruta hay una casita, o, mejor dicho, lo que queda de ella, pues es ya una pura ruina completamente arrasada, que se yergue sobre uno de los accesos a las catacumbas. Éstas, como todo el mundo sabe, hacían las veces, en los viejos

tiempos, de red de vías de enlace entre Roma y las localidades vecinas, pero desde entonces se ha hundido una parte de ellas y otras se han tapiado porque servían de guarida a bandoleros y contrabandistas.

Las dos únicas vías de acceso de las que se disponía entonces eran la cripta de la iglesia de San Sebastián y la casa en ruinas donde estábamos; y me siento inclinado a creer que nosotros fuimos los últimos en descender por este acceso, pues poco después de nuestra visita lo cerraron y los viajeros sólo pudieron seguir entrando por la iglesia, guiados por un monje.

Allí abajo, en la yerma tierra de puzolana, serpentean los pasadizos, entrecruzándose unos con otros; su número y el gran parecido entre todos ellos puede confundir hasta al mejor conocedor de las formas de orientarse.

No logré hacerme ni una idea somera de conjunto, aunque el pintor tampoco debía de tenerla muy clara, pues de otro modo no habría tenido la ocurrencia de llevarme allí abajo, siendo como era solamente un niño. Encendió una vela y se guardó otra en el bolsillo, ató firmemente el extremo de un ovillo a la puerta por la que entramos, y comenzó nuestro paseo. A ratos, los túneles eran tan bajos que sólo yo podía caminar erguido, y otras veces se elevaban en altas bóvedas o se ensanchaban en grandes cuadrados que se cruzaban con otros. Atravesamos la rotonda con el pequeño altar de piedra en el medio, el lugar donde los primeros cristianos, perseguidos por los paganos, realizaban en secreto sus misas. Federigo me habló de los catorce papas y miles y miles de mártires que yacían allí enterrados. Acercamos la vela a los huecos de los nichos y vimos en ellos esqueletos amarillentos.

Avanzamos unos pasos más y Federigo se detuvo, porque el ovillo de cuerda había llegado al final. El extremo se lo ató al ojal, colocó la vela entre unas piedras y comenzó a dibujar los profundos corredores; yo me senté a su lado en una piedra, y él me ordenó juntar las manos y mirar a lo alto. La vela estaba casi agotada, pero tenía otra entera y también yesca y pedernal, para poder encenderla de nuevo si se apagaba de pronto.

Mi fantasía creaba miles de objetos extraños en los interminables corredores, que se abrían a los lados dejando ver únicamente una inmensa oscuridad. Estaba enfrascado en mis pensamientos cuando, de repente, me llevé un susto al oír a mi amigo el pintor exhalar un gemido y verlo dar saltos a un lado y otro, aunque siempre en el mismo lugar. Se agachaba una vez tras otra, como para recoger algo; encendió entonces la vela entera y buscó todo a su alrededor. Su forma de comportarse me inspiró temor y me puse en pie llorando.

—¡Por Dios, no te muevas! —exclamó—. ¡Por Dios y por todos los santos! —y volvió a pasar la mano por el suelo.

—¡Quiero subir! —grité llorando—. ¡Ya no quiero estar más aquí abajo!
—le cogí la mano e intenté atraerlo hacia mí.

—¡Anda, niño, sé un niño bueno! Te daré dibujos y bizcochos. ¡Toma, unos chelines! —y sacó la bolsa de dinero y me dio todo lo que contenía. Pero noté que su mano estaba helada y temblorosa. Aumentó aún más mi inquietud y grité llamando a mi madre, pero entonces me sujetó con fuerza por los hombros, me zarandeó y gritó—: ¡Si no te estás tranquilo te daré una paliza!
—y me pasó su pañuelo por el brazo y me sujetó con fuerza, pero al instante se inclinó hacia mí, me dio un beso, me llamó niño mío, me llamó Antonio, y añadió—: ¡Reza a la Madonna!

—¿La cuerda se ha perdido? —pregunté.

—La encontraremos, la encontraremos —respondió, y siguió buscando. Entretanto, la primera vela se había quemado por completo y el espanto del joven pintor fue en aumento según iba consumiéndose la otra, muy deprisa por lo mucho que la movía, y la cera caía caliente sobre su mano. Y es que sin ayuda del cordel sería imposible encontrar el camino, cada paso podía conducirnos a profundidades aún mayores, donde nadie podría salvarnos.

Tras su infructuosa búsqueda se dejó caer sobre la tierra, me abrazó por el cuello y gimió:

—¡Pobre niño! —y yo me eché a llorar desconsolado, pues tenía el presentimiento de que nunca más volvería a ver mi casa.

Federigo me apretó contra él tan fuerte, tumbado como estaba en el suelo, que mi mano se deslizó bajo él; moví los dedos entre las piedras y me encontré con la cuerda entre los dedos.

—¡Está aquí! —grité.

Me cogió la mano y se puso loco de alegría, porque nuestras vidas pendían, en el sentido más literal, de aquel cordel. Estábamos salvados.

¡Qué cálido lucía el sol, qué azul era el cielo, que verdes los árboles cuando regresamos al aire libre! El pobre Federigo me dio otro beso, sacó del bolsillo su elegante reloj de plata y me dijo:

—¡Para ti!

Aquel regalo me alegró de tal manera que olvidé por completo todo lo sucedido. Pero cuando mi madre se enteró de lo que había pasado no se mostró nada dispuesta a olvidarlo, y nunca más volvió a autorizar al joven a que me llevara con él. Fra Martino dijo, además, que si nos habíamos salvado había sido solamente por mí, que era a mí solamente a quien la Madonna había entregado el cordel, a mí y no al hereje de Federigo, y que yo era un niño bueno y piadoso y jamás debería olvidar su clemencia y compasión. Todo esto,

así como las afirmaciones de algunos de que yo había nacido para hombre de iglesia, ya que no sentía el menor aprecio por las damas, con la única excepción de mi madre, parecía indicar que, en efecto, yo debería convertirme en siervo de Dios. Yo no tenía ideas muy claras al respecto, como es natural, pero lo cierto es que la compañía de las damas solía resultarme molesta, molestia que yo confesaba con total ingenuidad y que hacía que se burlaran de mí las mujeres y las muchachas que venían a visitar a mi madre. Todas se empeñaban en besarme. Había sobre todo una muchacha campesina, Mariuccia, que con ese género de bromas lograba con frecuencia que las lágrimas asomaran a mis ojos. Era de lo más vivaracha y petulante, se ganaba la vida trabajando de modelo y vestía siempre bellas ropas de muchos colores, con una cofia blanca cubriendo sus cabellos. Muchas veces posaba para Federigo, pero también venía a visitar a mi madre y entonces decía que era mi novia y que yo era su novio, así que tenía que darle un beso. Yo nunca quería, pero ella me obligaba por la fuerza. Así sucedió una vez, que me dijo lo de siempre y yo lloré tan desconsoladamente como un niño de pecho, según dijo, y entonces pretendió ponerme a mamar como a los pequeñitos; intenté escapar escaleras abajo pero ella me agarró, me puso entre sus rodillas y apretó mi cabeza contra su pecho, y como yo intentaba apartarme, lleno de repugnancia, apretaba cada vez con más fuerza. Arranqué el alfiler de plata de sus cabellos, que se derramaron sobre sus hombros desnudos. Mi madre estaba en un rincón, riendo y animando a Mariuccia, mientras Federigo, que estaba en la puerta de su habitación sin que nadie se percatara de su presencia, pintaba el grupo.

—¡No quiero tener novia, no quiero tener mujer! —le dije a mi madre—. ¡Quiero ser cura, o capuchino como Fra Martino!

La extraña quietud en la que me pasaba tardes enteras le parecían a mi madre otro síntoma de que estaba predestinado para la iglesia. En realidad, yo estaba pensando en los palacios y las iglesias que haría construir cuando fuera mayor y muy rico; en los viajes que haría, igual que los cardenales, en carrozas rojas con muchos lacayos cubiertos de galones dorados. O creaba, para mí solo, una nueva historia de mártires, al estilo de las muchas que nos contaba Fra Martino, pero en las que el héroe, naturalmente, era yo, y gracias a la ayuda de la Madonna nunca sentía dolor pese a los tormentos a que me sometían. Pero sobre todo deseaba viajar a la tierra de Federigo para convertir a aquellas gentes y que también ellos pudieran participar de la Gracia.

Desconozco por completo lo que acordaron mi madre y Fra Martino, pero resulta que, una mañana, mi madre me hizo ponerme hábito y sobrepelliz y me hizo mirarme en el espejo. Desde aquel día sería niño de coro en la iglesia de los capuchinos, llevaría uno de los grandes incensarios y cantaría con los demás ante el altar. Fra Martino me lo enseñaría todo. ¡Oh, qué feliz me

sentía! Al poco me sentía en el pequeño pero acogedor convento tan a gusto como en mi casa, conocía cada una de las cabezas de ángeles del retablo, cada voluta de color de los pilares, y hasta con los ojos cerrados podía ver a San Miguel encima del horrible monstruo, como había querido representarlo el pintor, y me hacía extrañas ideas sobre las calaveras talladas en el suelo, con coronas de hiedra en las sienes.

En la fiesta de Todos los Santos bajé con Fra Martino a las capillas funerarias, adonde me había llevado la primera vez que visité el convento con él. Los monjes cantaban misa de difuntos y yo, junto a otros dos muchachos de mi misma edad, agitaba los incensarios ante el gran altar de calaveras. Habían puesto velas en los candelabros hechos con huesos, habían adornado los esqueletos de los monjes con coronas de flores en las sienes y un ramillete de flores frescas en la mano. Como de costumbre, acudieron muchas personas; todos se arrodillaron y los cantores entonaron el patético miserere. Pasé tan largo rato entre los amarillentos cráneos envuelto en los vapores del incienso, que ascendían adoptando extrañas formas, que todo comenzó a moverse ante mis ojos, como si lo viese todo en medio de un violento chaparrón que silbaba en mis oídos como miles de campanas, y me sentí como arrastrado por una corriente de increíble dulzura y belleza... no recuerdo nada más. La consciencia me abandonó, me había desmayado.

La cargada atmósfera de la aglomeración y mi desbordada fantasía fueron la causa del desvanecimiento. Cuando volví en mí, estaba en el regazo de Fra Martino, bajo el naranjo del huerto conventual. Mi desordenado relato de lo que creí haber visto lo interpretaron, tanto él como los demás hermanos, como una revelación. Las ánimas benditas se habían mostrado a mis ojos, pero no fui capaz de soportar su luz y su gloria.

Esto hizo que al poco empezara a tener sueños de lo más extraños, e incluso inventé algunos, que contaba a mi madre, quien a su vez se los relataba a sus amistades, de modo que mi consideración de criatura de Dios fue afianzándose de día en día.

Entretanto, la Navidad se iba acercando, tocadores de pífano y pastores de las montañas llegaban ataviados con sus capas cortas, cintas en el sombrero puntiagudo, y anunciaban con sus gaitas, ante las casas que tenían una imagen de la Madonna, que iba a nacer el Salvador. Yo me despertaba todas las mañanas con aquellas notas monótonas y melancólicas, y me dedicaba, antes que nada, a leer una vez más mi plática. Porque yo era uno de los pequeños, niños y niñas, que habían sido elegidos para hablar ante la imagen de Jesús en la iglesia de Santa Maria in Aracoeli.

No éramos sólo yo, mi madre y Mariuccia los que estábamos exultantes de alegría porque un muchachito de nueve años fuera a dar una plática allí, sino

también el pintor Federigo, ante quien, sin que lo supiera nadie, ensayé varias veces, de pie sobre una mesa. Pues era una mesa, cubierta con una pequeña alfombra, el lugar en el que colocaban a los niños en la iglesia para recitar ante la congregación las pláticas que llevábamos aprendidas de memoria, y que glosaban el sangrante corazón de la Madonna y la belleza del Niño Jesús. Yo no sentía ningún miedo, era la alegría lo que hizo palpar mi corazón con fuerza cuando me auparon y todos me miraron. Yo fui uno de los que mejor lo hicieron, eso estaba claro, pero después subieron a una niña, con un cuerpecito precioso, un rostro extrañamente luminoso y una voz tan melodiosa, que todos exclamaron a una que era un auténtico angelito de Dios. Incluso mi madre, que con gusto me habría dado a mí el premio, dijo en voz alta que la niña era igual que los ángeles del retablo. ¡Los ojos, asombrosamente oscuros, el cabello negro como el carbón, el rostro infantil e inteligente al mismo tiempo, las preciosas manitas! Bueno, tuve la sensación de que mi madre hablaba demasiado de ella, aunque añadiera que yo también era un angelito de Dios.

Hay una canción acerca de un ruiseñor que, de polluelo, estaba en su nido picoteando las verdes hojas del rosal, sin ver el capullo que empezaba a tomar forma... y meses más tarde, cuando la rosa se abrió, la cantó, quedó preso entre sus espinas y murió desangrado. Muchas veces, ya de mayor, recordé esta canción, pero en aquellos momentos, en la iglesia de Aracoeli, no la conocía aún, mi corazón la ignoraba y mis oídos nunca la habían oído.

En casa tuve que repetir mi plática ante mi madre, Mariuccia y otras amigas, lo que halagó en no escasa medida mi vanidad. Pero resulta que ellas perdieron el interés por oírme antes que yo el interés por repetir una vez más, y para conservar la atención de mi público me dediqué a inventar una plática nueva, aunque en este caso se trataba más bien de la descripción de la fiesta celebrada en la iglesia, y no tanto de una plática navideña. Federigo fue el primero en darse cuenta y, aunque se rio, me alabó diciendo que mi plática nueva no tenía nada que envidiar a la que había aprendido de labios de Fra Martino; añadió que en mi interior aleteaba un poeta. A esto último hube de dedicarle largas reflexiones, pues no acababa de entenderlo, aunque imaginé que lo que aleteaba en mi interior era un ángel bueno, tal vez el mismo que me traía los bellos sueños y las demás cosas preciosas que sucedían mientras dormía. Sólo al llegar el verano se produjo un suceso que me permitió hacerme una idea más precisa de lo que es un poeta, y despertó nuevas ideas en el mundo privado de mi alma.

Sólo muy raramente abandonaba mi madre el barrio en el que vivíamos; por eso fue una auténtica fiesta para mí cuando una tarde me dijo que íbamos al Trastévere a visitar a una amiga suya. Me puse mis ropas de domingo y el retal de seda que solía usar en lugar de chaleco debajo de la chaquetita, y que se sujetaba al pecho mediante unos imperdibles; hice una gran lazada a mi

pañuelo, me puse una gorrita de colores... ¡y quedé realmente precioso!

Cuando regresamos a casa después de la visita era ya bastante tarde pero había una luna preciosa, el cielo estaba limpio y azul, los cipreses y los pinos se alzaban con siluetas nítidas sobre las colinas cercanas. Era una de esas tardes, de las que hay pocas en la vida, que, sin destacarse de las demás por ninguna experiencia vital de especial magnitud, se quedan grabadas en las alas de Psique por su colorido. Desde entonces, cada vez que recuerdo el río Tíber, veo una y otra vez la imagen de aquel atardecer: el agua densa y amarillenta sobre la que brillaba la luna, los grandes pilares del viejo puente derruido, que se erguía sobre la corriente formando grandes sombras y donde rugía la rueda del molino; incluso las alegres muchachas que bailaban el saltarello con la pandereta en la mano. En las calles próximas a Santa Maria della Rotonda todo estaba aún en movimiento; carniceros y fruterías atendían a los clientes detrás de sus mostradores, al aire libre, sus productos expuestos entre guirnaldas de laurel, y con velas encendidas; el fuego llameaba bajo las parrillas de las castañeras, y las conversaciones discurrían entre gritos y un alboroto tal, que un extranjero que no comprendiese el idioma pensaría que se trataba de discusiones sobre algún tema de vida o muerte. Una vieja amiga con quien se topó mi madre en la pescadería se entretuvo charlando con nosotros, hasta el punto de que empezaron a apagar las luces antes de que volviéramos a ponernos en camino y, como mi madre quiso acompañarla hasta la puerta de su casa, todo quedó en completo silencio, incluso en el Corso. Pero cuando giramos por la Piazza di Trevi, donde se encuentra la espléndida fuente, volvimos a sentirnos alegres.

La luna caía de lleno sobre el viejo palacio, de cuyos zócalos brota el agua, entre bloques de piedra que parecen puestos unos encima de otros sin trabazón alguna. Bajo ellos se extiende el gran estanque, y en los escalones que lo rodean había un buen grupo de campesinos retumbados a la luz de la luna. A su lado había grandes sandías, rebosantes de rojo jugo. Un hombre bajo y rechoncho, vestido solamente con una camisa y unos pantalones cortos de cuero, sueltos y desabrochados a la altura de las rodillas, estaba sentado con una guitarra en las manos, tañendo alegremente las cuerdas. Cantaba una estrofa y luego tocaba el instrumento, y los campesinos aplaudían. Mi madre se detuvo y oí entonces una canción que me conmovió de una forma asombrosa, pues no era una canción como cualquier otra, qué va, la que cantó para nosotros, la que pudimos ver y oír. Nosotros mismos estábamos dentro de la canción, en sus versos y en su melodía. Cantó: qué bien podríamos dormir con la cabeza apoyada en una piedra y el cielo azul como manta, mientras sonaban los pífanos. Y señaló entonces los tritones apoyados en sus cuernos, y cómo los campesinos hacían sangrar a sus sandías para brindar por la amada, que ahora dormía, pero que en sueños veía la cúpula de San Pedro y a su amado recién llegado a la ciudad del Papa.

—Quiero brindar por ella, y brindar también por las demás muchachas que duermen, cuyos alfileres no tienen aún abierta la mano. Sí —añadió, pellizcando a mi madre en un costado—, también por las madres, y por la novia que tendrá este muchachito antes de que el bozo haya aparecido sobre su boca.

—¡Bravo, Giacomo, bravo!

En los escalones de la iglesita de la derecha descubrimos, entre tanto, a un conocido, nuestro buen Federigo, que estaba recogiendo con su lápiz aquella parte feliz de la humanidad. Cuando nos fuimos a casa, él y mi madre bromearon sobre el hábil improvisador, pues con este nombre les oí referirse al campesino que había entonado aquella canción tan divertida.

—Antonio —me dijo Federigo—, tú también deberías improvisar. ¡Eres un pequeño poeta, tú también! Tienes que aprender a poner tus pláticas en verso.

Entonces comprendí lo que debía de ser un poeta: una persona que sabía cantar muy bien lo que sentía y lo que veía. Era divertido, y además no me resultaría muy difícil, pensé, bastaría con tener una cítara.

El primer tema para mis canciones fue nada menos que la fiambrería que había delante de nuestra casa. En mi fantasía ya había jugueteado con las extrañas formas de disponer y combinar sus mercancías, que atraían las miradas de los paseantes. Entre bellas guirnaldas de laurel colgaba la blanca mozzarella como un gran huevo de avestruz. Las velas, envueltas en papel dorado, formaban un órgano y las salchichas se mantenían en pie como columnas sosteniendo un queso parmesano, reluciente como amarillo ámbar. Y cuando iluminaban todo por la noche, y la roja lámpara de gas ardía ante la imagen de la Madonna de la pared iluminando salchichas y prosciutto, yo creía estar contemplando un mundo mágico. El gato que solía andar por el mostrador y el joven capuchino que se pasaba ratos charlando con la signora aparecían también en mi poema, que repasé mentalmente tantas veces que pude recitarlo con corrección y alegría ante Federigo, y que, puesto que contó con su aplauso, fue conocido en toda la casa y llegó incluso a oídos de la signora de la fiambrería, que rio y dio palmas afirmando que era un poema prodigioso: como una Divina Commedia di Dante.

Y entonces empecé a cantarlo todo. Y así, vivía entre sueños y fantasías, fuera en la iglesia, mientras movía el incensario al compás del canto de los monjes, o en las calles, entre los traqueteantes carros y los gritos de los vendedores, o en mi camita, bajo la imagen de la Madonna y la pila del agua bendita. Podía pasarme horas enteras, en los crepúsculos invernales, sentado delante de la casa removiendo la llameante fogata de la calle, donde los herreros calentaban al rojo sus hierros y donde se calentaban los campesinos. Y en el rojo fuego veía un mundo que ardía como mi propia fantasía. Me puse

loco de contento cuando, en invierno, la nieve de las montañas nos envió un frío tan intenso que se formó una capa de hielo sobre el tritón de piedra de la plaza; lástima que sucediera tan pocas veces. También los campesinos se alegraron al verlo, pues era señal de un buen año, se cogieron de las manos y danzaron con sus gruesas pellizas de lana alrededor del tritón mientras la lluvia jugueteaba con los largos chorros de agua.

Pero me estoy entreteniendo demasiado con estos recuerdos de mi infancia, que para un extraño nunca podrán tener la misma importancia, la misma extraña emoción, que poseen para mí mismo. Al recordarlos, al detenerme en los detalles, me parece estar reviviéndolo todo.

Mi infancia fue el corazón de mis sueños,
un mar de notas, pleno de cuadros risueños.

Pasaré a narrar un suceso que alzó una muralla de espinas entre el paraíso del hogar y yo, que me arrastró a vivir entre desconocidos y que creó la base de lo que sería mi futuro.

III

La fiesta de las flores en Genzano

Era el mes de junio, se acercaba el día de la famosa fiesta de flores que se celebra anualmente en Genzano. Mi madre y Mariuccia tenían allí una amiga común, que llevaba, con su marido, una casa de huéspedes y comidas. Hacía años que habían decidido participar en la fiesta, pero siempre había surgido algún obstáculo; aquella vez se pudo organizar todo, por fin. Nos pondríamos en camino el día antes de la fiesta, pues era un largo camino; la alegría me impidió dormir la noche de la víspera.

El sol no había salido todavía cuando el cochero se detuvo ante nuestra puerta, y nos pusimos en camino. Nunca había estado en las montañas, y la expectativa y la emoción de la fiesta de la que tanto hablaban me agitaban el alma. Si de mayor pudiera ver la naturaleza y la vida con los mismos sentimientos que entonces y fuera capaz de expresarlos en palabras, el resultado sería un poema inmortal. La profunda quietud de las calles, la puerta de la ciudad, cubierta de hierro, la campiña que se extendía por millas y millas con los solitarios túmulos funerarios, la espesa niebla matinal que ocultaba las faldas de los lejanos montes. Todo parecía misteriosos preparativos para las maravillas que me aguardaban. Incluso las cruces de madera erigidas al borde del camino, con los blancos esqueletos de los bandoleros, que nos indicaban que allí había sido asesinado un inocente pero que el malhechor había sido

castigado, tenían algo atrayente a mis ojos. Primero intenté contar los infinitos canales que conducían el agua desde las montañas hasta Roma; pero me aburrí; luego torturé a los demás con miles de preguntas sobre las grandes fogatas que habían encendido los pastores alrededor de los derruidos túmulos, y pedía explicaciones precisas y exactas acerca de los grandes rebaños de ovejas que los pastores trashumantes reunían en un lugar y rodeaban con una red de pesca, que hacía las veces de valla para encerrar el ganado.

Desde Albano recorreríamos a pie el breve y bonito camino que pasa por Ariccia. Resedas y alhelíes amarillos crecían silvestres en los bordes del camino, los compactos olivares esparcían una sombra deliciosa; podía vislumbrar el mar a lo lejos, y en las faldas de la montaña, en un lugar donde se alzaba una cruz, correteaban alegres muchachas que bailaban, reían y bromeaban, aunque se detenían sin falta, piadosas, a besar la santa cruz. Tomé la alta cúpula de Ariccia por la de San Pedro, colgada por los ángeles en el cielo, en medio de los oscuros olivares. En la calle se apiñaba la gente en torno a un oso que bailaba sobre sus patas traseras mientras el campesino que lo tenía sujeto con una cuerda hacía sonar en su gaita la misma melodía que, en Navidades, tocaron los pífanos para la Madonna. Un mono divertidísimo, vestido de soldado, y al que su dueño llamaba «cabo», lanzaba coles sobre la cabeza y la espalda del oso. ¡Me habría encantado quedarme allí a mirar, en vez de seguir caminando hasta Genzano! Lo cierto es que la fiesta de las flores no se celebraba hasta el día siguiente, pero mi madre tenía prisa, pues quería que llegáramos con tiempo para ayudar a su amiga Angelina a trenzar guirnaldas y preparar alfombras de flores.

El corto camino quedó atrás enseguida y, preguntando, llegamos a casa de Angelina; estaba en el lado de Genzano que da al lago de Nemi; era una casa bien bonita, de cuyos muros brotaba un manantial que se derramaba sobre un estanque de piedra junto al que se apretujaban los asnos para beber.

Entramos en la hostería: ¡vaya ajeteo, vaya ruido! La comida se asaba o se cocía en la chimenea. Una muchedumbre de campesinos y gente de la ciudad estaban sentados a las largas mesas de madera bebiendo vino y comiendo prosciutto. Había unas preciosas rosas en un jarrón azul ante el cuadro de la Madonna, pero la lámpara no acababa de arder del todo bien y humeaba. El gato corría entre los quesos de los estantes, y nosotros casi nos caímos al tropezar con las gallinas que correteaban por el suelo. Angelina nos recibió encantada y subimos por la empinada escalera que había al lado de la chimenea; nos dieron nuestra habitación y una comida digna de un rey: eso creí yo, al menos; todo era estupendo, hasta el frasco del vino estaba adornado, pues su tapón era una rosa abierta. Las tres se besaron, y a mí también me tocó beso y hube de aceptarlo, aunque a regañadientes. Angelina me dijo que era muy lindo y mi madre me dio una palmadita en la mejilla con una mano,

mientras con la otra me ponía aún más guapo, estirándome la chaquetita, que me quedaba demasiado corta, y luego recolocándome el cuello y el pecho, para que todo estuviera como Dios manda.

Después de la comida nos esperaba una auténtica fiesta, pues teníamos que salir a recoger flores y plantas verdes para hacer guirnaldas. A través de una puertecita baja salimos al jardín, que sólo tenía unas pocas varas de largo y que venía a ser, en realidad, una simple enramada. La delicada estructura de madera estaba reforzada con las anchas y firmes hojas del áloe, que crecía silvestre formando un vallado natural. El lago estaba en calma, sin el más mínimo movimiento, ocupando el gran cráter redondo que, mucho tiempo atrás, vomitó su fuego hacia el cielo. Descendimos la ladera, que formaba un anfiteatro, atravesamos los grandes viñedos y el espeso bosque de plátanos de ramas entrelazadas. En la otra pendiente se veía, arriba del todo, el pueblo de Nemi, que se reflejaba en el lago azul. Mientras caminábamos, íbamos trenzando guirnaldas; las oscuras ramas de olivo y las jugosas hojas de la vid se enroscaban en los alhelíes amarillos. El profundo lago azul y el claro cielo que nos cubrían quedaban ocultos a ratos por la espesura de ramas y vides, pero enseguida asomaban de nuevo, como si ambos formaran un único e infinito azul. Hay todavía instantes en que mi memoria da vida a aquellas sensaciones, como si fueran las teselas del mosaico de alguna ciudad enterrada.

El sol quemaba con fuerza y solamente en la orilla del lago, donde los plátanos de antiquísimos troncos crecían al borde mismo del agua, en la que hundían sus raíces y sus ramas envueltas por los sarmientos de las vides, podíamos hallar el frescor necesario para proseguir nuestra tarea. Bellas plantas acuáticas se inclinaban soñolientas bajo las densas sombras; también ellas pasaron a formar parte de nuestras guirnaldas. Al poco, los rayos del sol no alcanzaban ya el lago y se limitaban a jugar con los tejados de Nemi y Genzano, la oscuridad se extendía por todas partes; yo me había alejado un poco de los demás, aunque solamente unos pasos, cuando mi madre empezó a preocuparse por si me caía al lago, que era profundo y de escarpadas orillas. Junto a los escasos restos del antiguo templo de Diana se erguía una higuera desmochada que las hiedras amarraban con fuerza a la tierra. Yo estaba sentado entre las ramas trenzando una guirnalda y cantando una canzonetta:

Ah rossi, rossi fiori

un mazzo di violi!

Un gelsomin d'amore...

cuando, de repente, fui interrumpido por una voz extrañamente susurrante:

... Per dar al mio bene!

Vi allí, de pronto, una mujer muy anciana pero muy erguida, vestida como suelen las campesinas de Frascati. El largo velo blanco que le caía desde la cabeza sobre los hombros contribuía a hacer que su rostro y su cuello parecieran más oscuros, como si fuera mulata, de lo que realmente debían de ser; las arrugas estaban muy juntas, haciendo que la piel pareciese una red arrugada; las negras pupilas de sus ojos parecían llenar la cuenca entera. Rio y me miró por un segundo con expresión seria y rígida, como si fuera una momia que alguien había colocado debajo de un árbol.

—Las flores del romero —dijo— se vuelven más bellas en tus manos. ¡Llevas en los ojos la estrella de la buena fortuna!

La miré asombrado al tiempo que apretaba contra mis labios la guirnalda que estaba trenzando.

—Las bellas hojas del laurel cerezo contienen veneno. Trenza tu guirnalda pero no muerdas las hojas.

—¡Anda, la sabia Fulvia de Frascati! —exclamó Angelina, que salió de entre el ramaje—. ¿También tú estás trenzando guirnaldas para la fiesta? —dijo, y luego, con voz más apagada—: ¿O... se trata de alguna otra cosa con hierbas mientras el sol se pone sobre la campiña?

—¡Listo, muy listo! —prosiguió Fulvia, mirándome extrañada—. El sol atravesaba Tauro cuando nació, y los cuernos de Tauro están llenos de oro y honores.

—Ya —dijo mi madre, que llegó acompañada de Mariuccia—; cuando se ponga la sotana negra y el sombrero de ala ancha, todo dependerá de si se dedica a mover el incensario o a recorrer el sendero de espinas.

La sibila entendió que aquellas palabras anunciaban que yo tomaría los hábitos, pero estaba segura de que las cosas serían muy distintas a lo que nosotros imaginábamos.

—El sombrero ancho —dijo— no dará sombra a su frente cuando se muestre ante la gente, cuando hable más fuerte que la música, más alto que el canto de las monjas detrás de la reja, y más potente que los truenos en los Montes Albanos. El trono de la fortuna es más alto que el Monte Cave cubierto por la nube que da sombra a los rebaños.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró mi madre, un tanto incrédula aunque le agradara un augurio tan favorable—. Es un niño pobre, la Madonna sabe lo que será de él. El carro de la fortuna es más alto que el carro de los labriegos de los Albanos, y la rueda gira sin parar, ¿cómo podrá subir a él un niño pobre?

—¿Has visto cómo giran las dos grandes ruedas del carromato campesino?

El radio llega hasta arriba y vuelve a bajar; cuando está abajo, el campesino pone en él su pie y la rueda, al girar, lo levanta; pero no es raro que haya piedras en el camino, y entonces todo puede parecer un baile.

—¿Y no puedo subir yo también al carro de la fortuna? —dijo mi madre medio en broma, pero en ese mismo instante soltó un grito, pues una enorme ave rapaz descendió hasta tan cerca del lago, que el agua nos salpicó en la cara, por la fuerza con que había golpeado con sus grandes alas la tranquila superficie del agua.

Desde lo alto había descubierto, gracias a su aguda vista, un pez grande que estaba inmóvil como un junco, muy cerca de la superficie; con la velocidad de una flecha se lanzó por su presa y le clavó las afiladas garras en el lomo, y ahora intentaba alzar de nuevo el vuelo con el pez, pero éste, al que podíamos ver pese a la agitación del agua, era de gran tamaño y sus fuerzas parecían casi parejas a las de su enemigo, e intentaba arrastrar al ave hacia las profundidades. Las garras del ave estaban tan clavadas en el lomo del pez que no podía soltar su presa, y comenzó entonces una batalla entre los dos, que hizo alzarse en grandes olas el tranquilo lago. Ora veíamos la reluciente espalda del pez, ora golpeaba el ave sus anchas alas contra el agua y parecía a punto de doblarse. El combate duró varios minutos. Las alas quedaron quietas un instante, extendidas sobre el agua como intentando descansar, de pronto se unieron arriba, se oyó un chasquido y una de las alas se hundió mientras la otra golpeaba el agua haciendo saltar la espuma antes de desaparecer. El pez se sumergió con su enemigo hacia las profundidades donde ambos habrían de perecer en un instante.

Habíamos estado contemplando la escena en total silencio; cuando mi madre se volvió, la sibila había desaparecido. Este suceso, que fue, como se verá, y al igual que otro sucedido muchos años más tarde, decisivo para mi destino y por ello quedó firmemente grabado en mi memoria, hizo que nos apresurásemos a volver a casa, a buen paso y bastante silenciosos. La oscuridad parecía brotar de las apretadas hojas de los árboles, las rojas nubes del atardecer se reflejaban en la superficie del agua y la noria rugía monótona, todo parecía imbuido de algo demoníaco. Mientras caminábamos, Angelina repetía en voz queda cosas extrañas predichas por la anciana, que sabía de preparar venenos y pócimas para el amor, y nos contó la historia de la pobre Teresa de Olevano, que se consumía de día en día, de pena y añoranza por el apuesto Giuseppe, que había tenido que emigrar al norte, al otro lado de las montañas. La anciana coció ciertas hierbas en una marmita de cobre que dejó hervir durante varios días sobre las brasas, y también Giuseppe se vio dominado por la añoranza y se apresuró a regresar, viajando noche y día, sin descanso ni reposo, hasta que llegó adonde hervía la marmita con hierbas sagradas y un mechón de pelo de él y otro de Teresa. Recé en voz baja un

avemaría y no me quedé tranquilo hasta que estuvimos de nuevo a cubierto en casa de Angelina.

Encendieron las cuatro mechas de la lámpara de latón, en la que habíamos colgado una de nuestras guirnaldas, y teníamos esperándonos un plato de mongana al pomodoro y un frasco de vino. Los campesinos del salón de abajo bebían e improvisaban; dos cantaban a dúo y la concurrencia entera entonaba el estribillo, pero cuando canté yo con los otros niños ante el cuadro de la Madonna que colgaba a un lado de la gran chimenea encendida, todos escucharon atentos y alabaron mi bonita voz, haciendo que me olvidara del oscuro bosque y de la anciana Fulvia que había predicho mi destino. Me habría encantado quedarme a improvisar con los campesinos y competir con ellos, pero mi madre cercenó las alas de mi vanidad y mis deseos, al preguntarme si me parecía conveniente que yo, el encargado de mover el incensario en la iglesia, y que tal vez un día proclamaría la palabra de Dios al pueblo, me comportase como un necio. Que aún no habían llegado los carnavales y que no me lo iba a permitir. Pero cuando, entrada ya la noche, nos fuimos a la alcoba y me metí en la ancha cama, mi madre me apretó cariñosa contra su corazón, dijo que yo era su consuelo y su alegría y, como la almohada era muy baja, me invitó a descansar la cabeza en su brazo; y allí soñé hasta que el sol entró con su luz por la ventana y mi madre me despertó para acudir a la maravillosa fiesta de las flores.

¿Cómo expresar mi primera impresión de la calle, de aquel cuadro multicolor, tal y como lo percibí entonces? La calle, que va subiendo en ligera pendiente, estaba completamente alfombrada de flores, en toda su longitud, sobre una base azul. Era como si hubieran arrasado campos y jardines para llevarse flores, todas del mismo color, con las que cubrir la calle de arriba abajo; encima de ellas había una larga franja hecha de grandes hojas verdes con una rosa junto a otra, y a cierta distancia otra franja semejante, y el espacio entre una y otra estaba alfombrado de flores de color rojo oscuro, formando así un ribete en torno a la alfombra. El centro de la alfombra mostraba estrellas y soles, hechos con una enorme cantidad de flores amarillas dispuestas en formas redondas o estrelladas. Debía de haber costado gran esfuerzo hacer monogramas poniendo una flor pegada a la siguiente, una hoja pegada a la otra. El conjunto era una alfombra viva de flores, un suelo de mosaico, de colorido aún más espléndido que los mejores que puedan verse en Pompeya.

No soplaba ni la más leve brisa, las flores estaban firmes como si de pesadas piedras preciosas engarzadas se tratase. En todas las ventanas colgaban grandes tapices hechos con hojas y flores, que representaban imágenes sagradas. Allí estaba José guiando su asno, allá la Madonna con el niño; rosas formaban rostros, piernas y brazos, alhelíes y anémonas azules la

ondeante falda de la Virgen, su corona era de blancas ninfeas sacadas del Lago Nemi. San Miguel luchaba con el dragón, Santa Rosalía arrojaba sus rosas sobre el azul globo terráqueo. Doquiera miraba, las flores me narraban leyendas bíblicas, y todo el mundo a mi alrededor estaba tan feliz como yo mismo. Desde los balcones observaban la fiesta, con sus mejores ropas, los ricos extranjeros llegados de más allá de las montañas, y la muchedumbre se iba desplazando junto a las casas, todos vestidos de punta en blanco, cada uno a su manera. En el estanque de piedra que rodea la monumental fuente donde termina la calle, se había colocado mi madre, y yo delante del sátiro que asoma del agua.

El sol quemaba con fuerza, sonaban todas las campanas y el cortejo avanzaba sobre el precioso suelo de flores. La música y el canto anunciaban su llegada. Los escolanos movían incensarios delante de la custodia y las niñas más bellas de la comarca los seguían con guirnaldas de flores, mientras los niños pobres, con alas en sus hombros desnudos, esperaban en el gran altar mayor, entonando himnos angélicos, la procesión que se acercaba. Los hombres jóvenes llevaban ondeantes cintas en sus sombreros picudos, en los que habían cosido estampas de María; anillos de oro y plata colgaban del cuello sujetos a una cadenita, y bellas chalinas de colores destacaban sobre las chaquetas de negro terciopelo. Las muchachas de Albano y de Frascati llevaban sus negros cabellos cubiertos de ligeros velos sujetos por el alfiler de plata; las de Velletri, en cambio, lucían guirnaldas en el pelo, y sus multicolores pañoletas llegaban hasta la falda resaltando sus hermosos hombros y sus redondos pechos. Desde los Abruzos, desde los pantanos, de todas las comarcas vecinas, acudía la gente con sus ropas regionales, creando de este modo un espectáculo multicolor.

El cardenal, con su púrpura, avanzaba bajo el palio decorado con flores, seguido por monjes de las distintas órdenes, todos con cirios encendidos en la mano. Cuando la procesión llegó delante de la iglesia, la muchedumbre corrió hacia ella; nosotros también nos vimos arrastrados, mi madre me tenía sujeto con fuerza por los hombros para evitar que nos separasen. Y allá fui, mezclado con el gentío, lo único que veía era el cielo azul sobre mi cabeza. De repente se escuchó un violento grito, nos empujaron por todas partes: unos caballos se habían desbocado. No oí nada más, me vi arrojado al suelo, todo se volvió negro ante mis ojos, como si una catarata hubiese arrojado sus aguas sobre mí.

¡Oh, Madre de Dios, qué espanto! Todavía siento un escalofrío al recordarlo. Cuando recuperé el sentido tenía la cabeza en el regazo de Mariuccia, que gemía y lloraba; al lado estaba mi madre, tumbada, y a su alrededor, en estrecho círculo, un grupo de extranjeros. Los caballos espantados habían pasado por encima de nosotros, las ruedas del coche habían aplastado el pecho de mi madre, la sangre brotaba de sus labios, estaba muerta.

Vi cómo cerraban sus ojos castaños y le cruzaban sobre el pecho las manos sin vida, cómo la llevaban al interior del convento. Puesto que yo no había sufrido daño alguno, aparte de una pequeña herida en una mano, Mariuccia me llevó a la hostería, donde tan feliz me había sentido el día anterior, trenzando guirnaldas y durmiendo en brazos de mi madre. Sentía una pena hondísima, aunque no comprendía lo terriblemente solo que me había quedado. Me dieron juguetes, frutas y galletas, me prometieron que vería a mi madre al día siguiente, me dijeron que estaba con la Madonna, donde siempre reinaba la alegría y se celebraban preciosas fiestas de flores, pero también oí otras cosas que dijeron: les oí hablar en susurros de la horrible ave rapaz del día anterior, de Fulvia y de un sueño que había tenido mi madre. Ahora que estaba muerta, todos habían presentido la desgracia.

Entretanto, los caballos desbocados se detuvieron justo a la salida del pueblo, al chocar contra un árbol. Un señor importante, de unos cuarenta años de edad y muerto de miedo, salió del coche ayudado por varias personas. Decían que pertenecía a la familia Borghese, que era el dueño de una villa entre Albano y Frascati, y que era conocido por su rara afición a coleccionar toda clase de plantas y flores; incluso decían que era conocedor de las ciencias ocultas, igual que la sabia Fulvia. Un criado vestido con elegante librea trajo de su parte una bolsa con veinte escudos para el niño que había perdido a su madre.

La tarde siguiente, antes del toque del Avemaría, me llevaron al convento para que viese a mi madre por última vez. Yacía en el estrecho ataúd, vestida de fiesta como el día anterior, el día de la fiesta de las flores. Besé sus manos cruzadas, y las mujeres lloraron conmigo.

Junto a la puerta estaban ya los sepultureros y la comitiva, con sus blancas cogullas cubriéndoles el rostro. Alzaron el ataúd sobre sus hombros, los capuchinos encendieron sus cirios y entonaron el canto de difuntos. Mariuccia iba conmigo al lado del ataúd, el ígneo cielo vespertino iluminaba el rostro de mi madre haciéndola parecer viva. Los otros niños del pueblo corrían felices a mi alrededor, recogiendo en cucuruchos la cera que goteaba de los cirios de los frailes. Recorrimos la calle en la que, tan sólo el día anterior, se había celebrado la festiva procesión; quedaban aún numerosas flores y hojas verdes pero las imágenes, las bellas figuras, estaban destrozadas, igual que la alegría de mi infancia, igual que mis días de felicidad. En el cementerio los vi apartar la gran losa de piedra que cubría la fosa en la que introducían los cuerpos. Vi descender la caja y escuché un débil retumbo cuando chocó con los otros ataúdes que había en aquel lugar. Luego se marcharon todos, pero Mariuccia me hizo arrodillar ante la losa y rezar un Ora pro nobis.

En la clara noche de luna abandonamos Genzano; nos acompañaban Federigo y dos extraños. Espesas nubes se cernían sobre los Montes Albanos.

Miré la fina neblina que, a la luz de la luna, se deslizaba sobre la campiña. Los demás apenas hablaban, y al poco me dormí y soñé con la Madonna, con las flores y con mi madre, que estaba viva, sonreía y hablaba conmigo.

IV

Tío Peppo. Una noche en el Coliseo. Despedida

¿Qué sería de mí ahora? Esa era la pregunta al llegar a Roma y entrar en la casa de mi madre. Fra Martino propuso enviarme al campo con los padres de Mariuccia, dos bondadosos pastores; los veinte escudos serían para ellos todo un capital que me garantizaría un lugar en su casa como si de su propio hijo se tratara. Claro que yo era ya casi un miembro de la iglesia, y si me marchaba a vivir al campo no podría seguir moviendo el incensario en el templo de los capuchinos. También Federigo era de la opinión de que lo mejor sería que permaneciese en Roma, en casa de personas honradas. Dijo que no le agradaba mucho la idea de que acabara convirtiéndome en un vulgar campesino sin educación. Mientras Fra Martino consultaba el asunto en el convento, apareció mi tío Peppo caminando sobre las maderas de sus manos; se había enterado de la muerte de mi madre y de los veinte escudos con los que me habían compensado, y si venía era sobre todo por éstos, aunque también para hacer valer su opinión. Explicó que era él, como único pariente mío en el mundo, quien debía hacerse cargo de mí, que me tenía que ir con él, y que ahora era propiedad suya todo cuanto había en la casa, además de los veinte escudos. Mariuccia afirmó con gran empeño que Fra Martino y ella lo dispondrían todo de la mejor forma posible y añadió que Peppo, inválido y mendigo, ya tenía suficiente consigo mismo y que no tenía nada que hacer en aquel lugar.

Federigo abandonó la habitación y los otros dos proclamaron sin vergüenza alguna los egoístas motivos de su interés por mí. Tío Peppo escupió todo su veneno y Mariuccia se enfrentó a él hecha una Furia: ¡no quería saber nada de él, ni del niño, ni de nada de nada!, y añadió que se me llevara si quería y que me rompiera unas cuantas costillas para tener otro tullido que mendigara para él y le llenara la bolsa. Que podía irse, pero que el dinero se lo quedaba ella hasta que regresara Fra Martino: sus traidores ojos no verían ni un chelín. Peppo la amenazó con abrirla en la cabeza con las maderas de sus manos un agujero tan grande como la Piazza del Popolo. Yo estaba en medio de los dos, llorando. Mariuccia me empujaba apartándome de ella, Peppo tiraba de mí: ¡si tenía que cargar conmigo, también sería suyo el dinero! ¡El Senado de Roma sabría hacer justicia a un hombre honrado! Así que, muy contra mis deseos, me sacó a rastras por la puerta, ante la cual esperaba un

muchacho harapiento que sujetaba a un asno por el ronzal; pues cuando mi tío había de hacer recorridos largos o tenía que ir deprisa a algún sitio, guardaba las maderas y ataba sus inútiles piernas a los costados de un burro, de tal modo que ambos formaban un solo cuerpo. Me sentó delante de él, a lomos del pollino, el muchacho le dio un empujón y allá salimos a todo galope mientras Peppo me hacía carantoñas a su manera.

—¡Fíjate, hijito mío —decía— qué burro tan estupendo! Vuela como un caballo de carreras por el Corso. ¡Ya verás lo bien que lo pasarás conmigo, eres un angelito del Señor, mi hijito querido! —y añadió miles de insultos y maldiciones contra Mariuccia.

—¿Dónde has robado ese niño tan guapo? —le preguntaban sus conocidos cuando pasábamos ante ellos, y en cada esquina tuvo que contar y volver a contar mi historia. La mujer que vendía agua con cáscaras de limón nos regaló un vaso para los dos, en agradecimiento por el largo relato, y además me regaló una piña, aprovechando que no quedaba ni un solo piñón. El sol ya se había puesto cuando llegamos a su casa. Yo no dije nada, me limité a apretarme el rostro con las manos y llorar. Me señaló una alcobita al lado de la habitación grande, indicándome un montón de hojas o, más exactamente, vainas de maíz, que había en un rincón. Era allí donde dormiría, hambre no debía de tener, me dijo, ni sed tampoco, porque ya nos habíamos bebido aquel estupendo vaso de agua de limón. Me dio unas palmaditas en la mejilla y puso aquella horrible sonrisa que siempre me había espantado. Me preguntó entonces cuántas piezas de plata había en la bolsa, si Mariuccia las había usado para pagar el transporte, y lo que había dicho el lacayo que me llevó el dinero. Pero yo no supe darle razón de lo sucedido y pregunté llorando si me tendría que quedar a vivir allí para siempre, si podría volver a mi casa al día siguiente.

—¡Claro que sí, claro que sí! —respondió—. Ahora duerme, pero sin olvidarte de rezar tu avemaría. ¡Cuando las personas duermen, el diablo vela! Haz la señal de la Cruz, es una muralla de hierro que ni un león rugiente puede atravesar. Reza con devoción y pide a la Madonna que castigue con víboras y culebras a esa hipócrita de Mariuccia, que sólo quiere tu mal, pobrecito mío. Que nos engaña a los dos para quedarse con lo que es tuyo. Duerme tranquilo, dejaré abierto el ventanuco para que entre el aire mientras cenamos. No tengas miedo de los murciélagos, nunca entran, aunque pasen volando por delante, ¡pobres bichos! ¡Dulces sueños, niño mío! —y se fue dejando la puerta entornada.

Estuvo un buen rato trasteando en la otra habitación, luego oí varias voces y por la rendija de la puerta vi arder el candil. Me levanté muy despacio, porque las secas hojas de maíz crujían mucho y tenía miedo de que me oyera y volviese a entrar. Vi por la rendija que estaban encendidas las dos mechas del

candil, que sobre la mesa había pan y nabos y que el frasco de vino pasaba de mano en mano. Eran los otros mendigos, los tullidos, no me fue difícil reconocerlos aunque ahora sus rostros mostraban una expresión muy distinta a la que estaba acostumbrado a ver. El calenturoso Lorenzo, siempre a punto de expirar, estaba ahora tan contento, haciendo bulla, hablando sin parar, aunque durante el día siempre lo había visto tumbado en la hierba en el Monte Pincio, con la cabeza vendada apoyada en el tronco de un árbol, moviendo los labios casi moribundo mientras la mujer mostraba a los paseantes a su marido, enfermo de fiebres. Francia, que no tenía dedos en las manos, tamborileaba con sus muñones sobre los hombros de la ciega Catarina, mientras canturreaba a media voz la canción del Cavaliere Torchino. Dos o tres más estaban sentados más cerca de la puerta, pero en la oscuridad, de modo que no pude reconocerlos. Mi corazón palpitaba con fuerza por el miedo que me embargaba. Me di cuenta de que hablaban de mí.

—¿Y ese chaval sirve para algo? —preguntó uno—. ¿Tiene alguna tara?

—¡Qué va, la Madonna no le ha hecho ese favor! —respondió Peppo—: es esbelto y bien formado, igualito que un niño de la nobleza.

—¡Menuda desgracia! —exclamaron todos.

La ciega Catarina añadió que le podían romper alguna cosilla, así podría ganarse el pan en este mundo hasta que la Madonna le regalara el otro, el celestial.

—Sí —dijo Peppo—; si mi sobrina hubiera sido una pizca razonable, el chico habría podido convertirse en su fortuna. Voz sí que tiene, vaya, el angelito. ¡Que ni pintiparado para la capilla del Papa! ¡Sería un castrato estupendo!

Hablaron de mi edad y de lo que podía suceder todavía y de lo que era necesario hacer para mi mejor provecho. Yo no entendía lo que pretendían hacer conmigo, pero intuía perfectamente que sus planes no escondían nada bueno, y empecé a temblar de miedo. Pero ¿cómo escapar? No pensaba ya en otra cosa. ¿Y adónde? Bueno, eso ni siquiera lo pensaba. Fui a gatas hasta la trampilla, que estaba abierta; con ayuda de un pedazo de madera conseguí auparme: no se veía a nadie en la calle, las puertas estaban todas cerradas. Para bajar a la calle tenía que dar un buen salto, pero no me atrevía. En ese momento sentí que alguien abría la puerta, ¡venían a por mí! Me encogí de terror y me dejé caer. El golpe fue duro, pero caí sobre tierra y hierba.

Me levanté al momento y eché a correr, sin saber adónde, a través de las angostas y sinuosas calles. Un hombre que cantaba a voz en cuello mientras golpeaba con su bastón la acera de adoquines, fue la única persona que encontré. Finalmente me encontré en una vieja plaza, era un lugar que ya

conocía, el forum romanum, el «campo de vacas», como solíamos llamarlo.

La luna iluminaba la parte trasera del Capitolio que, como una pared vertical de roca, parecía separar la zona más estrecha de la más amplia. En la alta escalinata que llevaba al arco de Septimio Severo había unos mendigos durmiendo envueltos en sus grandes capas. Las altas columnas de los antiguos templos que aún se mantenían en pie arrojaban largas sombras. Yo nunca había estado allí después de la puesta del sol; todo tenía para mí algo de fantasmagórico, y tropecé con un capitel de mármol caído entre las altas hierbas. Me levanté y miré las ruinas de la ciudad imperial; la espesa yedra hacía más lóbregos aún los muros, los negros cipreses se erguían tan enormes y demoníacos hacia el cielo que me hicieron sentir aún más aterrado. En la hierba, entre columnas derruidas y cascotes de mármol, paseaban algunas vacas, un mulo pastaba también por allí, y aquellas bestias me sirvieron de triste consuelo, al menos había algo vivo que no deseaba causarme daño alguno.

La luz de la luna hacía que casi pareciese de día, podía ver todo lo que me rodeaba. Oí acercarse a alguien. ¿Me estarían buscando? Empujado por el pánico me refugié en el inmenso Coliseo, que se alzaba ante mí como una auténtica montaña. Me encontraba en el doble corredor de arquería que, en perfecto estado, como si lo hubieran terminado ayer mismo, ocupa la mitad del edificio; reinaba una oscuridad total y hacía un frío helador. Avancé unos pasos entre los arcos, pero despacio, muy despacio, pues el ruido de mis propios pasos me producía aún más miedo; vi una hoguera encendida y ante ella reconocí la silueta de tres figuras humanas. ¿Serían campesinos que se habían instalado allí a pasar la noche, a fin de no tener que atravesar en la oscuridad la vacía campiña? ¿Serían tal vez soldados haciendo guardia en el Coliseo, o, a lo mejor, unos bandidos? Me pareció oír el sonido metálico de las armas y retrocedí hasta otra arcada muy distinta, formada ésta por arbustos y plantas trepadoras que crecían sobre los altos pilares. La luna proyectaba extrañas sombras sobre los elevados muros; sillares desplazados de su lugar y cubiertos ahora de verde parecían estar a punto de precipitarse hacia el suelo, daban la impresión de estar sujetos solamente por las espesas ramas.

Más arriba, en la arcada central, vi algunas personas, seguramente viajeros que habían querido contemplar las espléndidas ruinas a la luz de la luna; entre ellos había una señora vestida de blanco. Aún tengo claramente ante mis ojos aquella extraña imagen, pues aparecían y desaparecían y volvían a verse al pasar entre los pilares, a la luz de la luna y la roja antorcha. El cielo era un infinito azul oscuro, los matorrales y las matas parecían del más negro terciopelo; las hojas respiraban noche. Mis ojos siguieron a los forasteros. Aun después de perderlos de vista, seguí percibiendo el rojo resplandor de la antorcha, pero también éste desapareció y todo a mi alrededor quedó envuelto

en un silencio sepulcral.

Detrás de uno de los numerosos altares de madera que ocupan el interior de la gran ruina y muestran el Viacrucis, me senté sobre un capitel roto que yacía entre la hierba. La piedra estaba fría como el hielo, la cabeza me ardía, la fiebre había entrado en mi sangre. Era incapaz de dormirme y me vino entonces a la memoria lo que me habían contado sobre aquella antigua edificación, los judíos prisioneros que habían sido forzados a levantar los grandes bloques de piedra para el poderoso emperador romano; los animales salvajes que luchaban allí dentro, unos contra otros, y muchas veces contra seres humanos; recordé que la gente se sentaba en las gradas de piedra que iban elevándose como una escalinata, hasta llegar a la gradería superior.

Sonó un crujido en los matorrales, por encima de mí, y creí ver algo que se movía. ¡Sí!: mi fantasía me hacía ver figuras pálidas y de tez oscura que construían paredes y golpeaban maderas. Oía con claridad los latigazos, veía a los escuálidos judíos de negra barba arrancar hierbas y arbustos y colocar piedra sobre piedra, hasta que el inmenso edificio quedó reconstruido por completo. Ahora estaba repleto por una inmensa muchedumbre, cabeza con cabeza, y todo parecía muchísimo más grande, el gigantesco cuerpo vivo de un titán. Veía a las vestales en sus largos vestidos blancos, el lujoso palco imperial, los gladiadores desnudos, sangrantes. Oí gritos y rugidos en las galerías inferiores y vi salir por varios sitios a la vez manadas enteras de tigres y hienas que pasaban corriendo junto al lugar donde me encontraba, sentí su ardiente aliento, vi la roja mirada de sus ígneos ojos y me encogí en la piedra en que estaba sentado, mientras suplicaba protección a la Madonna. El estruendo a mi alrededor se hizo aún más terrible, pero en ese momento, en medio de aquella tremenda barahúnda, pude ver la sagrada Cruz que siempre me detenía a besar, devoto, cuando pasaba por allí. Me esforcé todo lo que pude para llegar hasta ella, y sentí claramente que la rodeaba con los brazos, pero todo se derrumbó a mi alrededor: muros, personas, animales. La consciencia me abandonó y no sentí nada más, dejé de sentir.

Cuando volví a abrir los ojos, mi fiebre había desaparecido, me encontraba exhausto, derrotado por el agotamiento. Estaba tumbado sobre las gradas del alto crucifijo de madera. Miré a mi alrededor y comprobé que no había nada de terrorífico. Todo estaba nimbado de majestuosidad, un ruiseñor cantaba en un matorral que coronaba el muro. Pensé en mi amado Niño Jesús, cuya Madre también era mi madre, ahora que no tenía ya ninguna, abracé la cruz con fuerza, apoyé la cabeza en ella y enseguida me dormí con un sueño tranquilo y reparador.

Debieron de transcurrir varias horas, y desperté con el canto de los salmos. El sol brillaba sobre la parte superior del muro, los capuchinos caminaban de altar en altar con cirios encendidos, cantando el Kyrie eleison en la hermosa

mañana. Llegaron junto a la cruz, donde estaba yo... y vi a Fra Martino inclinándose sobre mí. Mi semblante trastornado, mi palidez y el simple hecho de que me encontrase allí a aquellas horas lo intranquilizaron. No sé cómo me expliqué, pero mi miedo a Peppo y mi estado de abandono le parecieron suficientemente evidentes. Me agarré a su hábito marrón, le supliqué que no me abandonara, y fue como si todos los hermanos compartiesen mis desgracias, porque todos ellos me conocían, había estado con ellos en sus celdas y había cantado con ellos ante el sagrado altar.

Cuán alegre me sentí cuando Fra Martino me condujo con ellos al convento. Olvidé por completo mis desdichas en cuanto me vi en su pequeña celda, con los viejos grabados en las paredes y el naranjo que casi introducía por la ventana sus verdes ramas perfumadas. Fra Martino me prometió que no volvería con Peppo:

—No podemos entregar el muchacho —le oí decirles a los demás— a un pordiosero, a un mendigo inválido que está siempre tumbado en la calle pidiendo limosna.

Hacia mediodía me trajo coles, pan y vino, y dijo con tal solemnidad que hizo estremecerse mi corazón:

—¡Pobre muchacho! Si tu madre viviera, no habríamos tenido que separarnos, la Iglesia se habría hecho cargo de ti y habrías crecido en su paz y a su amparo. Ahora has de arrojarte al proceloso mar en una mísera balsa, pero piensa en tu Redentor ensangrentado y en la Virgen celestial. Mantente firme a su lado, en este mundo no tendrás a nadie más que a Ellos.

—¿Adónde iré? —pregunté. Y me explicó entonces que iría al campo, con los padres de Mariuccia, me encareció a honrarlos como si fueran mi padre y mi madre, a obedecerles en todo cuanto me ordenaran y a no olvidar jamás mis oraciones y todo lo que él me había enseñado.

Esa tarde, Mariuccia apareció, acompañada de su padre, ante la puerta del convento; venían a recogerme, y Fra Martino me condujo ante ellos. A juzgar por sus ropas, Peppo casi parecía elegante en comparación con aquellos pastores a cuyo cargo me dejaban. Las desgarradas botas de cuero cubiertas de polvo, las rodillas desnudas y el sombrero puntiagudo con una flor de brezo prendida en él, fue lo primero que se ofreció a mis ojos. El hombre inclinó la rodilla, besó la mano de Fra Martino y le dijo que yo era un chico guapo y que él y su mujer compartirían conmigo todo lo que poseían. Mariuccia le dio entonces la bolsa con aquel dinero que era mi única posesión, y los cuatro entramos en la iglesia. Oraron todos en silencio, yo también me arrodillé pero fui incapaz de rezar, mis ojos buscaban las conocidas imágenes, buscaban a Jesús navegando en un barco sobre la puerta de la iglesia, al ángel del retablo y al precioso San Miguel. En mi despedida vi incluso las calaveras con verdes

guirnaldas de hiedra en las sienes. Fra Martino puso sus manos sobre mi cabeza y al decir adiós me regaló un librito de grabados: *Modo di servire la sancta messa*. Nos fuimos. Al pasar por Piazza Barberini no pude evitar dirigir una mirada a la casa de mi madre; las ventanas estaban abiertas, las habitaciones esperaban a sus nuevos moradores.

V

La campiña

Y a partir de aquel instante, mi hogar fue la vasta llanura que rodea Roma. El extranjero transalpino que, lleno de entusiasmo por el arte y la antigüedad, se acerca a la ciudad del Tíber, descubre en este páramo reseco una impresionante página del mundo; los montículos son sagradas cifras, capítulos enteros de la historia universal. El pintor esboza el solitario arco de un acueducto derruido, al pastor sentado junto a su rebaño de ovejas, y en primer plano un dorado cardo, y la gente dirá: ¡qué estampa tan bonita! Con qué sentimientos tan diferentes contemplábamos la gran llanura mi guía y yo. La hierba marchita, el malsano aire del verano que acarrea a los habitantes de la campiña fiebres y malignas enfermedades, eran para él las sombras a las que estaba acostumbrado; para mí, en cambio, era algo nuevo, me alegraban las hermosas montañas que en diferentes variaciones del color lila abrazaban un lado de la llanura, los búfalos y el amarillento Tíber, donde los bueyes de largos cuernos caminaban bajo el yugo arrastrando los barcos corriente arriba. Nosotros íbamos en la misma dirección.

A nuestro alrededor no había sino hierba rala y altos cardos medio marchitos. Pasamos delante de una cruz, levantada allí para recordar que alguien había sido asesinado en aquel lugar; sentí miedo, que se acrecentó al acercarnos a la que sería mi casa. Esta no era otra cosa que una de las antiguas tumbas derruidas, que tanto abundan allí desde tiempos antiguos. Muchos pastores se habían instalado en ellas, pues allí tenían todo lo necesario para vivir, e incluso hallaban a veces ciertas comodidades. Llenaban algunos huecos, tapiaban agujeros, colocaban un tejado de cañas y la vivienda estaba lista. Aquélla se encontraba en un altozano y tenía dos plantas. Las dos columnas corintias que flanqueaban la estrecha puerta eran testimonio de la antigüedad del edificio, y los tres anchos pilares de mampostería hablaban de una reforma posterior: tal vez en la edad media fuera habilitada como castillo. Un agujero en el muro, por encima de la puerta, hacía las veces de ventana. La mitad del tejado estaba cubierta de cañas y ramas, la otra mitad, de maleza viva de la que colgaba abundante madreselva sobre el muro resquebrajado.

—¡Bueno, ya estamos! —dijo Benedetto, aquellas eran las primeras palabras que me dirigía desde que salimos de Roma.

—¿Vivimos aquí? —pregunté, dirigiendo mis ojos, ora a la lóbrega casa, ora hacia atrás, al salteador despedazado. Sin responderme, llamó a su mujer a gritos:

—¡Domenica, Domenica! —y vi entonces a una mujer, ya un tanto anciana, cuya única vestimenta consistía en una grosera camisola que dejaba desnudos brazos y piernas; llevaba los cabellos desgreñados. Me agobió a besos y carantoñas, y si papá Benedetto parecía mudo, era ella parlanchina a más no poder. Me llamó su pequeño Ismael, enviado al desierto donde crece el silvestre cardo.

—¡Pero con nosotros no languidecerás! —dijo—. La vieja Domenica será una buena madre para ti, sustituirá a la que está en el cielo, rezando por ti. Ya te tengo preparada la cama y he cocido las alubias, y te sentarás ahora mismo a la mesa con mi viejo Benedetto. ¿Y Mariuccia no ha venido con vosotros? ¿Y has visto al Santo Padre? Pero ya veo que no olvidaste el prosciutto ni los corchetes de latón, ni la estampa nueva de la Madonna para pegarla en la puerta al lado de la vieja, que ya la tenemos negra de tanto beso. ¡Buena memoria sí que tienes, y sabes pensar, mi queridísimo Benedetto!

Y sin interrumpir su cascada de palabras nos condujo al estrecho espacio que llamaban salón, y que más tarde llegaría a parecerme tan grande como las salas del Vaticano. A decir verdad, creo que aquel hogar ejerció una gran influencia sobre mi temperamento poético, aquel lugar pequeño y angosto fue para mi fantasía como el peso que ponen en la palmera joven, pues cuanto más oprimida esté, tanto más crecerá. Como ya he dicho, aquella casa fue en la antigüedad un mausoleo familiar, consistente en una cámara grande con muchos nichos pequeños, situados uno junto al otro y en dos filas superpuestas, todos ellos con artísticas composiciones en mosaico. Ahora tenían usos muy diferentes, un hueco servía de comedor, otro hacía las veces de armario para ollas y pucheros, un tercero era el fogón en el que se hervían las alubias. Domenica preparó la mesa y Benedetto bendijo los alimentos. Después de cenar, mi anciana madre me hizo subir por la escalera, a través de una bóveda derruida, hasta el segundo piso, donde dormiríamos en dos grandes nichos, que en otro tiempo fueron tumbas. El del fondo estaba dispuesto para mí, y allí había dos postes cruzados de los que colgaba una especie de hamaca; era la cuna de un niño pequeño, supongo que hijo de Mariuccia; estaba de lo más calladito y tranquilo. Me acosté, una piedra del muro estaba desplazada y por el hueco se veía el cielo azul y la oscura hiedra que se agitaba con el viento y parecía un pájaro. Cuando me estaba acostando, pasó una reluciente lagartija multicolor por el muro, pero Domenica me quitó el miedo asegurando que la pobre estaba mucho más asustada de mí que yo de

ella, y que no me quería hacer daño alguno. Luego rezó un avemaría y se llevó la cuna al otro nicho, donde dormían Benedetto y ella. Me santigué, pensé en mi madre, en la Madonna, en mis nuevos padres y en las manos y los pies ensangrentados del bandolero ajusticiado que había visto cerca de la casa, y todos ellos recorrieron los sueños de mi primera noche.

Al día siguiente comenzaron las lluvias, que duraron toda la semana y nos obligaron a permanecer en el estrecho salón, donde reinaba la penumbra aunque estuviera abierta la puerta, por la que penetraba el viento. Mi ocupación era acunar al bebé de la cuna de lona mientras Domenica hilaba en su huso, me hablaba de los bandoleros de la campiña, que a ellos nunca les hacían daño alguno, me cantaba canciones devotas, me enseñaba oraciones nuevas y me contaba la vida de santos de los que yo nunca había oído hablar. Pan y cebolla eran nuestro alimento habitual, y me gustaban. Pero me aburría encerrado en aquel angosto espacio; Domenica abría entonces un canalillo delante de la puerta, un pequeño Tíber serpenteante cuya agua fluía lenta y amarilla. Agujas y cañas me servían para montar mi propio camino de sirga y hacía navegar mis barcos hasta más allá de Roma, a Ostia. Pero si el aguacero era demasiado fuerte había que cerrar la puerta y nos quedábamos casi a oscuras. Domenica hilaba y yo pensaba en las bellas imágenes de la iglesia conventual, imaginaba a Jesús en la barca, meciéndose ante mis ojos, y a la Madonna en su nube, llevada en volandas por los ángeles, y las lápidas con las calaveras coronadas.

Cuando acabaron las lluvias, el cielo permaneció meses enteros ataviado de inmutable azul; me daban permiso para corretear por el campo, aunque sin alejarme demasiado, ni acercarme demasiado al río, pues las blandas márgenes podían hundirse y arrastrarme con ellas, decía Domenica. Allí pastaban también muchos búfalos, que eran salvajes y peligrosos, lo que les otorgaba, precisamente, un especial atractivo para mí. Lo demoníaco de la mirada del búfalo, el extraño fuego rojo de sus pupilas, despertaban en mí una sensación semejante a la que arrastra al ave a las fauces de la serpiente. Su veloz carrera, más rápida que la del caballo, su lucha, el choque de fuerza contra fuerza, atraían toda mi atención. Y también dibujaba en la arena figuras que intentaban reproducir lo que había visto, y para hacer el parecido aún más evidente, lo cantaba con mis propias palabras y mi propia música, para gran alegría de la anciana Domenica, que decía que yo era un niño muy listo y que cantaba muy bien, como los ángeles al lado de Dios Padre.

El sol calentaba más cada día, sus rayos eran un mar de fuego que se derramaba sobre la campiña. Las aguas apestosas emponzoñaban el aire, y sólo por la mañana y por la noche podíamos salir al exterior, algo que yo nunca había experimentado en el aireado Monte Pincio. Aún recuerdo la canícula, cuando los mendigos pedían un chelín, no para pan, sino para un

vaso de agua helada. Recordaba sobre todo las jugosas sandías apiladas, partidas en dos mostrando su carne púrpura con negras pepitas. El sol ardía, sus rayos caían verticales, y yo tenía la sensación de que mi sombra quería protegerse del sol escondiéndose bajo mis pies. Los búfalos eran como moles muertas en la hierba marchita o, a veces, dominados por la furia, galopaban veloces como una flecha, describiendo grandes círculos. Entonces, mi alma se construía una imagen de los sufrimientos del explorador en el ardiente desierto africano.

Durante dos meses fuimos como náufragos en un barco a la deriva por el mar del mundo. Ni un ser vivo nos visitaba. Todo sucedía por la noche o a primeras horas de la mañana; el aire insano y el ardiente calor derramaban fuego febril en mi sangre, no había ni una gota de frescor para apagar la sed, las ciénagas estaban secas. Una tibia agua amarillenta se deslizaba somnolienta por el cauce del Tíber, el jugo de la sandía estaba caliente, hasta el vino, aunque lo guardábamos a la sombra, entre piedras y cascotes, tenía un sabor agrio y recocado; por el horizonte no asomaba ni una nube. Día y noche, siempre el mismo azul infinito. Cada mañana y cada tarde rezábamos para que llegara la lluvia o una brisa fresca; cada noche y cada mañana Domenica observaba las montañas, por si allí se movía alguna nube; pero sólo la noche nos traía sombra, la sombra sofocante de la noche, sólo el siroco agitaba sus oleadas de aire caliente. Así durante dos largos, larguísimos meses.

Sólo entonces, aunque nada más que durante la aurora y el ocaso, volvió a soplar la brisa. Pero todo mi ser estaba sumido en la indolencia, en una lasitud de muerte, producida por aquel calor de suplicio y por el más absoluto aburrimiento. Moscas e insectos molestos de toda clase, que con el calor parecían haber desaparecido, se agitaban con fuerzas redobladas, y a millones nos acometían con venenosas picadas. Los búfalos parecían a veces envueltos en un zumbante hervidero, que se precipitaba sobre ellos como si fueran carroña, y los animales, enloquecidos por aquella tortura, se arrojaban al Tíber para revolcarse en sus aguas amarillentas. El romano, que en los cálidos días del verano camina como un sonámbulo por las calles casi desiertas, pegado a las paredes de las casas como queriendo beber la sombra que sólo existe al lado mismo del muro, no tiene ni idea de los sufrimientos que se padecen en la campiña, donde cada inspiración es fuego azufroso, emponzoñado, donde insectos y sabandijas, como demonios torturadores, martirizan a los condenados a vivir en aquel mar de llamas.

Septiembre trajo días más clementes, y una tarde llevó hasta nuestra casa a Federigo, que venía a dibujar la naturaleza requemada. Esbozó nuestra extraña casa, el patíbulo y los búfalos salvajes, me dio papel y lápiz para que yo también pudiera garabatear mis estampas, y prometió que cuando volviera me llevaría un día a Roma para visitar a Fra Martino, y a Mariuccia y a mis

amigos, que parecían haberse olvidado de mí por completo. Y eso sucedió también con Federigo.

Estábamos ya en noviembre, pero aquella fue la época más bella que viví en aquel lugar. Llegaba la brisa desde las montañas, y cada atardecer veía en las nubes ese espléndido juego de colores que es exclusivo del sur, y que el pintor es incapaz de plasmar en sus cuadros, ni siquiera se atreve a intentarlo. Las extrañas nubes de color verde oliva sobre un fondo de color gamuza eran para mí olas agitadas del mar del Edén; en cambio, las de tonos azul oscuro que colgaban como piñas de un cielo que parecía dorado al fuego, se me hacían montañas de la Gloria, en cuyos valles jugueteaban los preciosos ángeles que agitaban la brisa con sus blancas alas.

Un atardecer en que, como de costumbre, estaba sumido en mis ensoñaciones, se me ocurrió mirar directamente al sol a través de una hoja agujereada. Domenica me advirtió que eso me dañaría los ojos y, para impedir el juego, cerró la puerta. El tiempo se me hacía larguísimo, pedí permiso para salir y, en cuanto me lo concedió, me levanté de un salto y abrí, pero en ese mismo instante entró precipitadamente un hombre, haciéndome caer al suelo; el recién llegado cerró la puerta de golpe, vi su rostro pálido y espantado, le oí exclamar en un suspiro el nombre de la Madonna, y entonces un golpe violento desgarró la puerta, rompiendo sus tablones, que cayeron hacia dentro. El hueco quedó enteramente tapado por la cabeza de un búfalo que mostraba sus ojos ardientes y perversos.

Domenica soltó un grito, me agarró del brazo y subió de un salto un escalón de la escalera que llevaba a la cámara superior. El forastero, pálido como un muerto, recorrió la estancia con la mirada y descubrió la escopeta de chispa de Benedetto, que estaba siempre cargada en una pared, por si se producía un asalto nocturno; la cogió al momento, oí el estampido y en medio del humo de pólvora lo vi golpear al animal en la frente con la culata. La bestia estaba inmóvil, atascada en el estrecho hueco de la puerta, no podía moverse adelante ni atrás.

—¡Pero por todos los santos del cielo! —fue lo primero que exclamó Domenica—. ¡Pero si ha matado al pobre animal!

—¡Gracias sean dadas a la Madonna! —respondió el forastero—. Me ha salvado la vida, y tú fuiste mi ángel de la guarda —me dijo a mí, levantándose en brazos—. Tú me abriste la puerta de la salvación —aún estaba pálido y tenía la frente perlada de gotas de sudor frío.

Por su forma de hablar comprendimos que no era extranjero, supusimos que sería un noble romano. Nos contó que era aficionado a coleccionar flores y plantas de toda clase, que había dejado su coche en Ponte Molle y había ido paseando junto al Tíber. Justo allí se encontró con los búfalos, y uno de ellos

se lanzó contra él; se salvó gracias a que nuestra casa estaba cerca y a que la puerta se abrió milagrosamente.

—¡Santa María, ruega por nosotros! —exclamó Domenica—. ¡Sí, es ella quien os ha salvado, la Santísima Madre de Dios! Y mi pequeño Antonio fue el instrumento que escogió; y es que el niño la quiere mucho. Sua Eccellenza no sabe qué niño tan bueno es, sabe leerlo todo, lo impreso y lo escrito a mano; y dibuja de una forma tan natural que se distingue perfectamente lo que es. La cúpula de San Pedro, los búfalos, hasta al gordo del Padre Ambrosio ha dibujado; ¡y además, tiene una voz! Sua Eccellenza tendría que oírlo cantar, los cantores del Papa no le pillarían ni en una sola nota, y encima es un niño obediente, mejor que ninguno. Y no lo alabo más porque me está escuchando, porque eso no es bueno para los niños. ¡Pero él se lo merece!

—¿Así que no es hijo suyo? —preguntó el forastero—. Es muy pequeño todavía.

—¡Y yo soy muy vieja! —repuso ella—. ¡No, una higuera vieja no da brotes nuevos! La pobre criatura no tiene padre ni madre en este mundo, sólo nos tiene a mí y a mi Benedetto. Pero no queremos que se marche, aunque ya no le quede ni un chelín de esos que tenía. Pero ¡santísima Virgen! —exclamó, agarrando las astas del búfalo, desde cuya cabeza caía la sangre hasta el suelo del salón—. ¡No podremos quitar de aquí a este animal! No deja ni entrar ni salir. ¡Vaya, qué atascado está! No podremos salir hasta que llegue Benedetto. ¡Eso sí, daño no nos hará, porque el animal está bien muerto!

—¡Tranquilícese, buena mujer! —rogó el forastero—. Yo me haré cargo de todo. Supongo que habrá oído hablar de los Borghese, ¿no?

—¡Oh, señor príncipe! —exclamó Domenica besándole los faldones de la levita; pero él le apretó la mano, tomó también la mía entre las suyas al tiempo que le encomendaba que me llevase al día siguiente a Roma, vivía en el Palazzo Borghese, a cuya estirpe pertenecía. A mi anciana madre adoptiva le saltaron las lágrimas a los ojos por la gran merced que le hacía, así se expresó. Sacó entonces mis dibujos en pedazos de papel, los guardaba muy celosamente, como si se tratara de dibujos del mismísimo Miguel Ángel. Sua Eccellenza tuvo que ver todas aquellas cosas que a ella la llenaban de alegría, y yo me sentí muy orgulloso, pues el caballero sonrió, me dio una palmadita en la mejilla y dijo que yo era un pequeño Salvatore Rossa.

—Sí —respondió Domenica—. ¿No es increíble que sea sólo un niño, y que todo le salga tan natural que se pueda ver exactamente lo que significa cada cosa? ¡Los búfalos, las barcas, nuestra casita! Todo es igualito; menos el color, pero ése no se puede dibujar con el lápiz. ¡Canta para Sua Eccellenza! —me pidió—. Canta como tú sabes, lo que quieras. Bueno, es que sabe componer historias y sermones, como un fraile de verdad. ¡Venga, canta! Sua

Eccellenza es un caballero generoso, él te lo manda y tú sabes cantar muy bien.

El forastero sonrió, divertido. Es evidente que improvisé algo y que a Domenica le pareció magistral, pero no recuerdo en absoluto qué dije ni cómo lo dije, aunque sé que el núcleo eran la Madonna, Sua Eccellenza y el búfalo, de eso sí que me acuerdo perfectamente. Sua Eccellenza permaneció en silencio, y en él leyó Domenica que se había quedado asombrado de mi genio.

—Traiga al muchacho —fueron las primeras palabras que pronunció—; los espero mañana temprano. ¡Ay, no! Vengan por la tarde, una hora antes del Avemaría. Cuando lleguen, mi gente estará ya avisada para que los hagan entrar de inmediato. Pero ¿cómo salgo yo ahora? ¿No hay más salida que la puerta donde está atascado el animal? ¿Y cómo puedo llegar sin peligro hasta mi coche, en Ponte Molle, con todos esos búfalos que andan por ahí?

—Bueno, ¿cómo salir? —respondió Domenica—. Para Sua Eccellenza, es imposible. Claro, yo sí podría, y el niño también, pero para un señor tan alto como usted, es imposible. Arriba hay un agujero por el que se puede salir a gatas, luego hay que dejarse caer junto al muro. ¡Hasta yo puedo hacerlo, a pesar de mi edad! Pero como le digo, no se lo puedo recomendar a los forasteros, y menos todavía a un caballero tan distinguido como usted.

Sua Eccellenza, mientras Domenica hablaba, subió por la estrecha escalera, sacó la cabeza por el agujero de la pared, se aseguró de que cabía, y, bueno, aquello era casi como las escaleras del Capitolio. Los búfalos estaban congregados junto al Tíber y por el camino, no lejos de nuestra casa, había un grupo de campesinos soñolientos que iban lentamente, en dirección hacia la carretera principal. Pensó en unirse a ellos, detrás de sus carros cargados de haces de cañas estaría seguro por si había alguna otra acometida de los búfalos. Una vez más repitió a Domenica que fuéramos a su casa al día siguiente, una hora antes del Avemaría; luego le dio la mano para que se la besara, a mí me dio una palmadita en la mejilla y se descolgó por el muro sujetándose a la espesa hiedra. Lo vimos acercarse a los carros y desaparecer tras ellos.

VI

Visita al Palazzo Borghese. Concluye la historia de mi infancia

Benedetto y unos cuantos pastores sacaron, más tarde, al animal de la puerta. Contaron cosas, charlaron, pero lo único que recuerdo con claridad es que al día siguiente me desperté antes del amanecer y me levanté para ir a la

ciudad con Domenica al caer la tarde... Mis ropas de domingo, que durante meses habían estado guardadas bajo llave, salieron ahora a relucir, y mi sombrero fue adornado con una bonita rosa. Los zapatos eran la parte más débil de mi indumentaria, lo que no sería nada fácil de solucionar, porque no había forma de saber si lo que tenía eran zapatillas o sandalias al antiguo estilo romano.

Pero ¡qué larga era la campiña, y cómo quemaba el sol! Nunca me ha sabido tan bien el vino de Falerno o de Chipre como el agua que brota de los pétreos leones que hay junto al obelisco de Piazza del Popolo. Apreté mi ardiente mejilla a las fauces del león y dejé que el agua corriera sobre mi cabeza, para tremendo espanto de Domenica, porque al hacerlo se me mojaron las ropas y mi cabello perdió sus ondas, tan bien repeinadas. Seguimos por Via Ripetta hasta el soberbio palacio de los Borghese. Yo había estado allí delante muchas veces, y Domenica no menos que yo, la de veces que habríamos pasado ante aquel edificio sin mirarlo de modo distinto a como mirábamos cualquier otra cosa sin especial importancia. Ahora, en cambio, lo contemplábamos en respetuoso silencio; todo nos parecía enorme, precioso y espléndido, sobre todo las largas cortinas de seda que se veían en las ventanas. Conocíamos a Sua Eccellenza, que vivía allí, y que la tarde anterior había estado en nuestra casa, y ahora éramos nosotros los que íbamos a la suya, lo que lo convertía todo en algo singular. Jamás olvidaré el extraño estremecimiento que me recorrió ante la magnificencia del patio y de las estancias. Con Sua Eccellenza me había sentido cómodo, a fin de cuentas era una persona igual que nosotros; pero aquel lujo... ¡vaya, ahora sí que me daba cuenta de la diferencia entre el príncipe y el simple ser humano! En el interior del palacio nos recibió un soportal cuadrado, muy alto, encalado, con bustos y estatuas, y un pequeño jardín. Áloes y cactus crecían junto a las columnas, y los limoneros mostraban sus frutos aún no dorados por el sol. Dos bacantes sostenían en el aire cuencos de los que se derramaba el agua sobre sus hombros; plantas acuáticas dejaban colgar sus jugosas hojas verdes por los bordes. Qué fresco, verde y aromático era todo, qué distinto de nuestra casa, en medio de la dorada, ardiente, requemada campiña.

Subimos la amplia escalinata de mármol. En los nichos había preciosas estatuas, Domenica se arrodilló ante una de ellas con devoción e hizo la señal de la cruz, creyendo que se trataba de la Madonna. Más tarde me enteraría de que era Vesta, otra de las santas vírgenes del género humano. Nos recibieron unos criados ataviados con exquisita librea; nos saludaron con tanta amabilidad que mi aprensión comenzó a desaparecer; ojalá los salones no hubieran sido tan grandes ni tan lujosos. Los suelos eran de espejeante mármol y, por si fuera poco, las paredes eran de espejos, con ángeles pintados volando con guirnaldas y coronas de flores en las manos. Aves multicolores extendían sus anchas alas y picoteaban frutas rojas y doradas. Jamás había visto nada tan

maravilloso.

Hubimos de esperar un momento, y Sua Eccellenza hizo su aparición; una bella mujer vestida de blanco, con grandes ojos vivaces, que dirigió ágil hacia nosotros, lo acompañaba. La señora me observó con una mirada extraña y firme, aunque cariñosa, me acarició la frente para apartar el cabello, y dijo a Sua Eccellenza:

—Es justo lo que le dije, quien lo salvó era un ángel. Apuesto a que lleva las alas escondidas debajo de esas ropas tan horribles que, además, le quedan estrechas.

—No —respondió el caballero—, en sus sonrosadas mejillas puedo leer que el Tíber habrá arrojado muchas olas al mar antes de que le crezcan las alas. Y su anciana madre tampoco querrá que eche a volar y se marche, ¿no es cierto? ¿No lo echaría de menos?

—¡Vaya que sí! ¡Sería como cerrar a cal y canto la puerta y las ventanas de mi chocita! ¡Qué oscura y qué triste se quedaría! No, no quiero que se marche mi dulce niño.

—Pero ¿y si es sólo por esta tarde? —dijo la señora—; puede quedarse unas horas con nosotros, luego lo recoge usted, hay una luna preciosa para haceros compañía por el camino, y supongo que no tendrá miedo de los ladrones, ¿o me equivoco?

—Bueno, el chico puede quedarse unas horas, y entretanto usted puede ir a comprar lo que necesiten en casa —dijo Sua Eccellenza, poniendo una bolsita en la mano de Domenica. Yo no oí nada más, pues la señora me condujo al salón y dejó solos al príncipe y a mi anciana madre.

El lujo, la noble compañía me deslumbraron; miraba, ora a los sonrientes angelitos que asomaban entre las verdes parras pintadas en las paredes, ora a los senadores de calzas violetas y a los cardenales de rojas medias, que siempre me habían parecido semidioses, pero en cuyo círculo parecía ser ahora admitido. Pero observé sobre todo al bello Amor que, como un lindo niño, cabalgaba sobre un feo delfín que arrojaba a lo alto dos chorros de agua que volvían a caer en el estanque en el que nadaban, y que estaba en el centro mismo del salón.

Los nobles invitados, incluso cardenales y senadores, nos saludaron con un «buenas tardes», y un hombre joven y apuesto, vestido de oficial de la guardia papal, me dio la mano cuando la joven señora me presentó como el ángel bueno de su tío. Me hicieron miles de preguntas, que respondí con bastante desparpajo, y al pronto sonaron risas y aplausos. Sua Eccellenza entró y dijo que tenía que cantarles una canción, y lo hice bien gustoso. El joven oficial me ofreció vino espumoso, pero la señora dijo que no con la cabeza y me quitó la

copa antes de que hubiera podido vaciarla. El vino había entrado en mi sangre como llameante fuego. El oficial dijo que tenía que cantar algo sobre la hermosa dama que tenía a mi lado, sonriente, y me apresuré a satisfacer sus deseos; el cielo sabrá lo que inventé, pero el torrente de mis palabras sustituyó a la elocuencia, y mi osadía a la sabiduría, y el hecho de que yo no fuera sino un niño pobre de la campiña añadió al conjunto el adorno del genio. Todos me aplaudieron y el oficial incluso le quitó la corona de laurel al busto del rincón y me la colocó sonriente en la cabeza. Todo era una broma, pero yo creí ver en aquello una total seriedad y un homenaje, que me hicieron feliz, me proporcionaron los mejores momentos de mi vida. Canté para ellos las tonadas que me habían enseñado Mariuccia y Domenica, les hablé de los perversos ojos de los búfalos, de nuestro saloncito, en las ruinas de un túmulo. Demasiado rápido transcurrió el tiempo, llegó la hora de volver a casa, acompañado de mi anciana madre adoptiva.

Íbamos cargados de pasteles, frutas y relucientes monedas de plata; ella estaba feliz y contenta, igual que yo, pues había hecho numerosas compras: prendas de vestir, utensilios de cocina y dos grandes frascos de vino. El atardecer era de una belleza infinita. La noche se adormecía sobre árboles y arbustos, pero arriba del todo colgaba la luna llena, como una preciosa barca dorada, en medio del inmenso cielo azul oscuro, que derramaba frescor sobre la quemada campiña.

Pensé en las espléndidas salas, en la amable señora y en los aplausos, soñé despierto, y también durmiendo, los mismos bellos sueños que pronto se convertirían en realidad, en bella realidad.

Más de una vez me hicieron ir a Roma, pues la bella y amable señora gustaba de mi presencia; tenía que contarle cosas, simple charla, igual que con la anciana Domenica. A ella le encantaba, y me alababa ante Sua Eccellenza. También él era bueno conmigo, y más incluso, pues había sido él la causa inocente de la muerte de mi madre; era él quien iba en el coche cuyos caballos desbocados saltaron sobre nuestras cabezas. La bella dama se llamaba Francesca; me llevaba con frecuencia a la espléndida galería de pinturas del Palacio Borghese. Mis ingenuas preguntas y mis comentarios ante los magníficos cuadros la hacían reír, se los contaba a los demás y todos reían con ella. Por las mañanas, las salas estaban llenas de forasteros llegados de más allá de las montañas, y los pintores se instalaban a copiar las obras. Pero por la tarde las pinturas recuperaban la soledad y era entonces cuando íbamos Francesca y yo, y ella me contaba historias a las que daban ocasión los cuadros que veíamos.

Las Estaciones de Francesco Albani era uno de mis cuadros favoritos; me dijo que aquellos preciosos angelitos felices se llamaban Amoretti, parecían surgidos de mis propios sueños. Qué bonito es verlos retozar en La Primavera:

un grupo afila sus flechas, otro hace girar la gran amoladora sobre la que arrojan agua otros dos que revolotean por encima. En El Verano vuelan entre las ramas de los árboles cargados de fruta; nadan en las frescas aguas y juegan en ellas. El Otoño trae las alegrías de la caza, Amor lleva una especie de escopeta en la mano, va sentado en un cochecito que arrastran dos de sus compañeros, mientras la amada indica al ágil cazador un lugar donde podrán descansar los dos juntos. El Invierno los tiene a todos adormecidos, duermen por acá y por allá. Las ninfas les roban sus aljabas y sus flechas para arrojarlas al fuego, que enseguida devora tan peligrosas armas.

¿Por qué se llamaban Amoretti aquellos ángeles, por qué disparaban flechas? Había muchas cosas que quería saber y que Francesca no me podía explicar con suficiente detalle.

—Puedes leerlo tú mismo —me dijo—, hay muchas cosas que puedes aprender tú solo, pero los comienzos nunca son fáciles. Tendrás que pasarte el día entero con tu libro, sentado en tu pupitre, no podrás jugar con las cabras en el campo, ni ir a visitar a tus amiguitos. ¿Qué prefieres, acompañar con yelmo y sable la carroza del Santo Padre, y llevar una armadura de la cabeza a los pies, como la que viste a Fabiani, o comprender todos esos preciosos cuadros, conocer el mundo entero que te rodea, saber miles de historias, mucho más bellas que las que yo te haya podido contar?

—Pero ¿ya no podré venir a tu casa? —pregunté—. ¿No podré seguir viviendo nunca más con la buena de Domenica?

—Seguramente te acordarás de tu madre y del hogar en que vivíais. Seguramente, entonces no querías moverte nunca de allí, no existíamos Domenica ni yo, que somos ahora tus allegadas más cercanas. Dentro de poco, las cosas pueden haber cambiado de nuevo. Así sucede siempre en la vida.

—¡Pero vosotras no moriréis como mi madre! —protesté, con lágrimas en los ojos.

—¡Todos hemos de morir y separarnos! Llegará un momento en que no podremos continuar juntos como hasta ahora, y en ese momento me gustaría que fueses feliz.

Un torrente de lágrimas fue mi respuesta, me sentía muy desdichado, aunque ni yo mismo llegaba a comprender los motivos. Francesca me dio una palmadita en la mejilla y dijo que era demasiado blando, lo que no era nada bueno en este mundo. Llegó entonces Sua Eccellenza con el joven oficial que me había puesto la corona en la cabeza la primera vez que improvisé para ellos. Se llamaba Fabiani, y él también me apreciaba mucho.

¡Hay boda en Villa Borghese, una boda deslumbrante! La noticia llegó unos días después hasta la casucha de Domenica, en la campiña; Francesca era

novia de Fabiani y en pocos días se iría con él a la hacienda que poseía cerca de Florencia. Los esponsales tendrían lugar muy cerca de Roma, en la Villa de la familia Borghese, en el bello y espeso bosque de encinas y laureles donde esbeltos pinos yerguen sus altas copas, verano e invierno, frente al cielo azul. Entonces, igual que ahora, ese bosque servía de lugar de esparcimiento para romanos y forasteros; ricos carruajes circulaban por los estrechos senderos entre encinas, blancos cisnes nadaban en lagunas perfectamente calmas donde se reflejaban los sauces llorones y una cascada artificial se precipitaba sobre bloques de piedra. Romanas de altos senos y ojos de fuego se dirigían a los esponsales y miraban orgullosas a las alegres muchachas campesinas que bailaban por el camino tocando la pandereta. La anciana Domenica recorrió a pie, conmigo, el largo camino por la campiña, pues también nosotros podríamos asistir a la boda de nuestros benefactores. En el jardín, donde las altas alamedas tienen sus árboles plantados en espaldera junto a las blancas tapias, estábamos nosotros viendo el parpadeo de las luces por las ventanas. Francesca y Fabiani habían recibido el sacramento del matrimonio. Desde el salón llegaba hasta nosotros el sonido de la música; y desde la verde explanada en la que se había dispuesto un anfiteatro, ascendían cohetes y preciosos peces de fuego que jugueteaban en el cielo azul. Las sombras de una dama y un caballero se deslizaron frente a la alta ventana.

—¡Son ellos! —dijo Domenica. Las sombras se inclinaron una hacia la otra en la penumbra de la ventana, y un beso unió a los novios. Vi a mi anciana madre adoptiva juntar las manos y rezar, y yo me arrodillé frente a los negros cipreses y oré por mi bondadosa Signora. Domenica se arrodilló a mi lado—. ¡Que sean muy felices! —y el fuego cayó del cielo como miles de estrellas fugaces precipitándose desde las alturas. Pero mi buena anciana seguía llorando, lloraba ahora por mí, pues pronto habríamos de separarnos. Sua Eccellenza había reservado una plaza para mí en el Colegio de los Jesuitas, donde me formaría con otros niños para que mi vida pudiera ser mejor que la que podrían ofrecerme la vieja Domenica y la campiña.

—Esta es probablemente —dijo mi anciana madre— la última vez que volvamos juntos los dos por la campiña, mientras mis ojos estén aún abiertos. Tus pies pisarán suelos resplandecientes y alfombras multicolores, algo que la vieja Domenica jamás pudo hacer; pero siempre has sido un niño bueno y seguirás siéndolo y nunca te olvidarás de mí, ni del pobre Benedetto. ¡Dios mío, un plato de castañas asadas aún será capaz de hacerte feliz! Siéntate a soplar las cañas, y mientras arden y se asan las pobres castañas, podré ver en tus ojos a los ángeles de Dios. Nunca más serás tan feliz con un regalo tan insignificante. Los cardos del campo tienen flores rojas, pero en los suelos deslumbrantes del poderoso no crece ni una mala hierba, y son tan lisos que no es difícil resbalar y caer. No olvides jamás que eres un niño pobre, mi pequeño Antonio. ¡Recuerda que deberás ver sin ver, oír sin oír! De este modo saldrás

adelante en este mundo. Y cuando nuestro Señor nos libere a Benedetto y a mí, cuando el niño que acunabas vaya por la vida entre los pobres del campo, tal vez, un día, tú pasarás en tu propio coche, o a lomos de un precioso caballo, y te detendrás en la salita de la antigua tumba en la que dormiste, donde jugabas y vivías con nosotros. Encontrarás personas desconocidas que te harán grandes reverencias. No seas altanero entonces, piensa en los viejos tiempos, piensa en la vieja Domenica, verás el lugar donde asábamos las castañas y el sitio donde acunabas a la criatura. Y pensarás en tu infancia de niño pobre, ¡alma bendita! —y me dio un beso muy fuerte, bañado en lágrimas. Era como si mi corazón estuviera a punto de romperse. El regreso a casa y sus palabras me fueron más difíciles de soportar que la despedida propiamente dicha, pues ese día no habló, se limitó a llorar y, cuando estábamos ya fuera, salió corriendo y cogió de la pared la vieja estampa de la Madonna, casi oscurecida por el humo, que teníamos pegada al lado de la puerta, y me la dio. Yo la había besado tantas veces... y no tenía otra cosa que darme.

VII

Vida de colegial. Habbas Dahdah. La Divina Commedia. El sobrino del senador

La Signora se había marchado con su esposo, yo era colegial en la escuela de los jesuitas; nuevas ocupaciones llenaban mi mente, surgieron nuevas amistades, comenzaba ahora la parte dramática de mi vida. Aquí, los años se confunden unos con otros, cada hora rebosante de cambios, hay todo un ciclo de imágenes que ahora, al verlas desde lejos, se funden en un único gran cuadro: mi vida en la escuela. El mundo de mi espíritu se iba manifestando, progresando y creciendo igual que le sucede al forastero que por primera vez asciende a las montañas y, desde arriba, ve a sus pies un mar de nubes y brumas, que poco a poco van alzándose o abriéndose, hasta el momento en que asoma la cima de una montaña, luego aldeas, o la solana de un valle. Tierras y ciudades, con las que jamás había siquiera soñado, nacían detrás de las montañas que cerraban la campiña, la historia hacía que el más mínimo lugarejo apareciese poblado de gente, me cantaba extrañas leyendas y raros cuentos; cada flor, cada planta, adquiriría significado, pero lo que más bello me parecía era mi tierra patria, la maravillosa Italia. Me sentía orgulloso de ser romano, cada lugar de mi ciudad natal me resultaba entrañable y apasionante, los capiteles caídos, aprovechados para rematar las esquinas de las estrechas calles, eran para mí santas reliquias, columnas de Memnón que cantaban a mi corazón. Los juncos del Tíber me susurraban historias sobre Rómulo y Remo, arcos de triunfo, columnas y estatuas me grababan en lo más hondo la historia

de mi patria; yo vivía la Edad Clásica, y mi presente, es decir, los maestros y la historia, me alababan y honraban por ello.

Cada grupo de personas, trátase del mundo político o del eclesiástico, las reuniones de taberna o el aristocrático círculo que se reúne en torno a las mesas de juego, todos tienen su Arlequín, con camisa de retales, cachiporra al cinto y adornos en el gorro, y una escuela no puede ser menos. Las jóvenes miradas descubrían fácilmente al que habría de convertirse en blanco de sus burlas; y es que nosotros también teníamos nuestra sociedad, tan buena como cualquier otra, y nuestro arlequín era el más serio, el más gruñón, el más protestón y el más sermoneador, de modo que era el mejor de todos: el abate Habbas Dahdah, un individuo de raíces árabes, trasplantado en su infancia a los territorios papales, donde creció, y que ahora hacía las veces de guía y preceptor de nuestros gustos en la escuela de los jesuitas, incluso era la cabeza estética de la Accademia Tiberina.

Ya de mayor, he pensado muchas veces en la poesía, ese extraño impulso divino. Para mí es como el preciado oro de la mina; la formación y la educación son los hábiles mineros que saben cómo extraerlo; en ocasiones podemos encontrar pepitas de total pureza: las improvisaciones líricas del poeta natural. Una veta lleva oro, otra, plata, pero también hay estaño y metales inferiores, a los que no debemos despreciar, pues muchas veces, a base de pulirlos y abrillantarlos, pueden acabar pareciendo oro y plata auténticos; de acuerdo con los diferentes metales, clasifico a mis poetas en gentes de oro, plata, cobre y hierro. Pero ahora se añade un grupo nuevo, aquellos que solamente trabajan con simple arcilla de ceramista, los no poetas, que estarían encantados de ser considerados parte de la categoría. Habbas Dahdah era uno de éstos, y había llegado justo al punto de saber fabricar cierto tipo de cacerola que vaciaba sobre la gente con algo así como libertad poética, aunque ni por la profundidad de su sensibilidad ni por su estro poético mostraba asomo alguno de poesía. Versos ligeros y ágiles, artísticas construcciones a partir de los mismos que formaban algo así como floreros, corazones y cosas semejantes, eran lo que más gozaba de su aplauso y su admiración. Era quizá la asombrosa melodía de los sonetos de Petrarca lo que lo entusiasmaba de este poeta, aunque también podía tratarse simplemente de la moda, o de una idea fija, un instante de luz en la endeblez de sus intuiciones, pues Petrarca y Habbas Dahdah eran dos seres total y absolutamente diferentes. Él nos hizo aprender casi una cuarta parte del largo poema épico *África*, de modo que los Escipiones se vieron premiados con saladas lágrimas y buenas palizas. Diariamente se nos ponía de relieve la profundidad de Petrarca; «los poetas superficiales», decía él, «esos que sólo pintan con acuarela, los hijos de la fantasía, ¡son los alevines de la degradación! Incluso el más grande de todos, Dante, capaz de poner en movimiento cielo, tierra e infierno, en un intento de alcanzar una inmortalidad

que Petrarca consigue con un pequeño soneto, me resulta difícilmente soportable. Ojalá hubiera seguido su plan original de no escribir sino en latín, pues entonces haría al menos un buen objeto de estudio, pero le resultó demasiado difícil y escribió en ese volgare que aún seguimos usando. Y escribió un río entero, al decir de Boccaccio, por el que podría nadar un león y pasear un cordero; yo no encuentro semejante profundidad y simpleza. Carecía de cimientos realmente firmes, siempre oscilando entre la antigüedad y los tiempos modernos. En cambio, Petrarca, ese apóstol de la verdad, no se limitaba a usar la pluma para arrojar al infierno a un papa o un emperador muertos; él era de su tiempo y como el coro de la tragedia griega, o como una Casandra masculina, se alzaba para amonestar y acusar a papas y príncipes. Hablando cara a cara con Carlos IV se atreve a decirle: “¡Eres claro ejemplo de que las virtudes no se heredan!”. Con la más noble conciencia, animó a sus contemporáneos a decidir si era digno, o no, de ser coronado como poeta, cuando Roma y París quisieron ofrecerle la corona. Durante tres días se hizo examinar por ellos, como si fuera un simple patán como vosotros, antes de ascender al Capitolio, donde el rey de Nápoles lo envolvió en el manto de púrpura y el senado de Roma le entregó la corona de laurel, que Dante jamás pudo conseguir».

Así eran todos sus discursos, sólo para ensalzar a Petrarca y rebajar a Dante, aunque las cosas bellas deben estar juntas, como el aromático dompedro y el florido rosal. Teníamos que aprender de memoria todos los sonetos, pero de Dante no leíamos ni una palabra, aunque las críticas de Habbas Dahdah me permitieron saber que se movía por el paraíso, el purgatorio y el infierno, tres cosas que me atraían muchísimo y me produjeron un ardiente deseo de conocer esa obra, aunque había de ser en secreto, pues Habbas Dahdah no me habría permitido nunca tocar la fruta prohibida.

Un día, cuando paseaba por Piazza Navona entre los montones de naranjas y de chatarra de toda clase, dispuestos sin orden ni concierto sobre el suelo, además de ropas viejas y toda la quincalla, más propia de un trastero, que se ofrece en la plaza, encontré una mesa con libros y estampas antiguos. Había allí caricaturas de devoradores de macarrones, madonnas con la espada atravesando su corazón sangrante, y cosas así, en enorme variedad. Un volumen del Metastasio atrajo mi atención. Llevaba un paolo en el bolsillo. Una auténtica fortuna para mí, y los últimos restos de los scudi que Sua Eccellenza me había regalado seis meses antes para mis gastos. Algunos baiocchi quería gastarlos en Metastasio, pero no podía perder todo el paolo. El trato casi había acabado, cuando mis ojos fueron a dar a una portada: Divina Commedia di Dante. ¡La prohibida fruta del conocimiento del bien y del mal! Dejé a Metastasio y cogí el otro, pero su precio era demasiado elevado para mí, sólo lo venderían por tres paoli; le estuve dando vueltas en la mano a mi dinero hasta que empezó a quemarme como el fuego, pero se negaba a

multiplicarse por dos, y sólo hasta ese precio podría regatear con el vendedor, pues era el mejor libro de Italia, la primera obra poética del mundo, dijo, y un auténtico río de alabanzas a Dante, al mismo Dante que tanto criticaba Habbas Dahdah, brotó de los labios de aquel hombre.

—Cada una de sus páginas —dijo—, es tan buena como una homilía entera. Es un profeta de Dios, de cuya mano atraviesa los fuegos del infierno camino del paraíso eterno. Usted no lo conoce, joven. De otro modo se lo llevaría al momento, aunque le pidiera un scudo. Para su vida entera tendrá usted el libro más bello de la patria, y por sólo dos miserables paoli.

¡Ay, cómo me habría gustado poder darle incluso tres, de haberlos tenido, pero en ese momento, como la zorra ante las uvas verdes, a fin de mostrar que yo también tenía mis trucos, eché mano de los discursos de Habbas Dahdah contra Dante, y alabé a Petrarca!

—Sí, sí —dijo el librero, que defendió a su poeta con gran entusiasmo y no menor vehemencia—: usted es demasiado joven y yo soy demasiado lego para juzgar a personas así. ¡Que cada uno valga para lo suyo! ¡Usted no lo ha leído! ¡Usted no sabe de lo que habla! ¡Sangre joven y caliente no puede sustentar semejantes barbaridades contra tamaño profeta de la humanidad!

Cuando le confesé, con toda sinceridad, que mi juicio estaba basado única y exclusivamente en las afirmaciones de mi maestro, cogió el libro, lleno de admiración por su poeta, y me lo entregó, pidiéndome solamente, a cambio del paolo que faltaba, que lo leyese antes de criticar al orgullo de Italia, a su querido y celestial Dante.

¡Oh, qué feliz me sentí con aquel libro! Ahora era mío, de mi propiedad. Siempre había albergado dudas sobre los duros juicios de Habbas Dahdah; mi curiosidad y el entusiasmo del librero me habían creado enormes expectativas y casi era incapaz de esperar el momento en que, lejos de todas las miradas, podría comenzar la lectura de aquel libro.

¡Prometía crearme una vida nueva! Mi fantasía halló en Dante una América aún ignota, una naturaleza más grande y fértil que la que hasta entonces había conocido; campos más espléndidos, colores más ricos. Yo vivía todo aquello en mi caminar de mano del inmortal cantor. La inscripción en la puerta del infierno sonaba a mis oídos como las campanas del juicio final en mi peregrinaje a su lado por el Averno.

Por mí se va hasta la ciudad doliente,

Por mí se va al eterno sufrimiento,

Por mí se va a la gente condenada.

La justicia movió a mi alto arquitecto.

Hízome la divina potestad,

El saber sumo y el amor primero.

Yo veía aquel cielo, siempre negro, como la arena del desierto que se alza en remolinos durante la tormenta, la casa de Adán caer como hojas en otoño mientras almas gimientes aullaban en el huracán. Las lágrimas brotaban de los ojos a la vista de los grandes nobles que, al no participar de la fe cristiana, tenían allí su obligada residencia: Sócrates, Bruto, Virgilio y otros muchos de los mejores y más nobles de la antigüedad, alejados para siempre del Paraíso. Para mí no bastaba con que Dante hubiera hecho aquel lugar todo lo bueno y acogedor que podía llegar a ser el infierno, pues la existencia era allí un padecer sin tormentos, un ansia sin esperanza; pero pertenecían al reino de los condenados, su territorio estaba rodeado por los profundos pantanos del infierno, donde los condenados bebían ponzoña y respiraban vapores pestíferos. ¿Por qué no pudo Cristo, cuando bajó a los infiernos y salió de ellos para estar a la diestra del Padre, llevar consigo a todos los que habitaban aquel valle de la nostalgia? ¿Podía el amor elegir entre quienes son igual de desdichados?... Olvidaba que no era más que un poema. Hasta mi corazón llegaban los hondos suspiros desde el hirviente mar de brea; lo vi, vi el ejército de los simonistas intentando salir y los demonios que les clavaban afilados tridentes. Las vívidas descripciones se grabaron profundamente en mi alma, aparecían en mis ideas durante el día, en mis sueños durante la noche. Muchas veces, mientras dormía, me oían gritar: «¡Papé Satán, Papé Satán, aleppe!» y creían que estaba siendo atacado por el demonio, pero no se trataba sino de reminiscencias de lo que había leído, y que repetía. Durante las horas de clase estaba distraído, miles de ideas se acumulaban en mi interior. No podía apartarlas ni con mi mejor voluntad.

—¿Adónde te has ido, Antonio? —preguntaban, y me veía sometido a burlas y bromas, y yo sabía bien a qué se debían, pero me resultaba imposible abandonar a Dante sin concluir el peregrinaje.

El día me resultaba largo y tedioso como el dorado manto de plomo que los hipócritas habían de vestir en el infierno dantesco. Con corazón intranquilo me escondía para enfrascarme en mi fruto prohibido y absorber imágenes horribles que me castigaban por el pecado original. Sentía en mis carnes la picadura de la serpiente del abismo, que muerde y se enrosca en una llama de la que surgen sus crías, como el ave fénix, para arrojar también ellas sus venenos.

Los otros alumnos que dormían en la habitación conmigo se despertaban a menudo durante la noche con mis gritos, y me hablaban de mis extraños e incoherentes relatos sobre el infierno y los condenados. El viejo custode vio con espanto, una mañana, que me incorporaba en la cama con los ojos

abiertos, aunque seguía dormido, nombraba a Lucifer y combatía contra él hasta que me dejaba caer de nuevo en el lecho, exhausto.

Era opinión general que yo sufría acometidas del maligno; purificaron mi cama con agua bendita, me recomendaron rezar cierta oración con recogimiento antes de dormir; pero nada podía resultar más perjudicial para mi recuperación, precisamente, que aquella forma de proceder conmigo, pues hacía que mi sangre se agitara aún más y yo mismo me viera sometido a una tensión aún más angustiosa, pues sabía perfectamente el motivo de todo y me daba cuenta de que estaba desvelando mi secreto. Finalmente llegué a un punto de transición, salí de la tormenta y hallé algo así como un mar encalmado.

Entre todos los colegiales no había ninguno superior, por cabeza o cuna, a Bernardo, al más que feliz Bernardo. Su broma cotidiana consistía en cabalgar sobre un alero del tejado, por encima del cuarto piso, y guardar el equilibrio sobre una tabla colocada entre las dos ventanas esquineras del último piso. Existía la creencia de que todos los trastornos que experimentaba nuestro Estado Escolar se debían a él, y por regla general era así, efectivamente. Intentaban hacernos a todos nosotros, y al edificio entero, partícipes del silencio y la placidez del convento, pero Bernardo hacía de duende travieso, aunque sus intenciones no fueran nunca perversas, pues sólo en sus tratos con el pedante Habbas Dahdah llegaba a aproximarse a ese punto, lo que hacía que la relación entre ambos fuera siempre bastante tensa; pero a Bernardo no le causaba temor alguno: era sobrino del senador de Roma, poseía grandes riquezas y un espléndido porvenir, «pues la fortuna», decía Habbas Dahdah, «arroja sus perlas a los alcornoques y pasa de largo ante los erguidos pinos».

Bernardo tenía una opinión firme sobre todas las cosas, y cuando no conseguía imponerla entre sus camaradas mediante la palabra, siempre podía recurrir a las manos, a fin de incrustarles en los lomos sus espléndidas ideas; de modo que siempre era él quien mandaba. Totalmente diferentes como éramos en nuestra respectiva forma de ser, entre él y yo reinó siempre una magnífica relación. Claro que yo era siempre el subordinado, pero incluso esta situación le proporcionaba motivo suficiente para embromarme.

—¡Antonio! —me decía—. Te daría una paliza si supiera que eso te iba a volver aunque sólo fuera un poquitín loco. ¡Ojalá demostraras carácter por una vez! ¡Si me dieras un puñetazo en la cara cuando te estoy tomando el pelo, sería tu amigo más incondicional, pero ya he perdido todas las esperanzas contigo!

Una mañana que estábamos los dos solos en el salón, se sentó en la mesa delante de mí, me miró sonriente a los ojos y dijo:

—¡Pero si tú eres mucho más bribón que yo! ¡Eres un actor estupendo! En

casos como este le dan la vuelta a la cama y ahúman bien a la persona, para dejarlo todo bien limpio. ¿Te crees que no lo sé? ¡Estás leyendo la Commedia de Dante!

Me quedé rojo como la sangre y le pregunté si era capaz de reprocharme algo así.

—Pero si esta noche misma me describiste al demonio tal como se pinta en la Divina Commedia. ¿Te cuento la historia? Tú tienes mucha fantasía, desde luego, y sabes disfrutar de esas descripciones. En el infierno no hay solamente mares de fuego y ciénagas pestíferas, como sabes perfectamente por Dante, sino que también hay grandes estanques congelados, y allí hay almas en perenne estado de congelación; más allá de éstas, se llega al más profundo de todos los abismos, donde están los que han traicionado a sus bienhechores, y donde está también Lucifer, como traidor a Dios, que es nuestro máximo bienhechor. Está enterrado en el hielo hasta el pecho, abiertas las fauces de las que cuelgan Bruto y Casio; Judas Iscariote tiene la cabeza metida en las fauces, mientras el horrible Lucifer agita sus inmensas alas de murciélago. Ya ves, hijo mío, una vez que se ha visto a ese tipo, no se le olvida tan fácilmente. Yo lo conocí en el infierno de Dante y tú lo describiste con pelos y señales esta noche, en sueños; entonces te lo dije igual que ahora: ¡Has leído a Dante! Pero entonces fuiste más sincero que ahora, me hiciste callar y mencionaste a nuestro estimado Habbas Dahdah. ¡Reconócelo también ahora que estás despierto! ¡No tengo intención alguna de desvelar tu secreto! ¡Por fin haces algo que valga la pena! Bueno, desde luego, siempre he tenido esperanzas de que un día lo hicieras. Pero ¿dónde conseguiste el libro? Podrías habérmelo pedido a mí; yo lo compré el primer día: como Habbas Dahdah decía pestes de él, me di perfecta cuenta de que valía la pena leerlo. Daba un poco de susto al principio por lo grueso que es, pero lo compré para fastidiarlo a él, y ya es la tercera vez que lo leo. ¿No es espléndido el infierno? ¿Adónde crees que irá Habbas Dahdah? ¡Le vendría bien el infierno caliente, pero tampoco le vendría mal el frío!

Mi secreto había sido descubierto, pero podía confiar en el silencio de Bernardo. Entre nosotros se creó una relación de mayor confianza todavía; nuestras conversaciones, cuando estábamos solos, giraban en torno a la Divina Commedia; esta obra me llenaba y entusiasmaba, y ahora podía expresar lo que ocupaba mi alma y mis pensamientos: Dante y su obra inmortal se convirtieron así en el primer poema que yo garrapateaba en el papel.

Aquella edición de la Divina Commedia incluía una biografía, ciertamente un simple esbozo, pero suficiente para permitirme construir un cuadro propio de la vida de Dante. Yo cantaba, en Beatrice y él, el puro amor espiritual, esbozaba su sufrimiento en la lucha entre Negros y Blancos en Florencia, el difícil peregrinaje del exilio hasta más allá de las montañas, y su muerte entre

extranjeros. Con ardor expresé la huida del alma liberada, que va dejando su sombra sobre la tierra y las profundidades: todo estaba tomado a grandes rasgos de su inmortal poema. El purgatorio que él mismo había cantado volvía a abrirse; la palma ostentaba espléndidos frutos en sus ramas combadas, húmedas por el salpicar de una cascada que murmuraba sin fin. Iba en la barca en la que el ángel utilizaba como velas sus enormes alas blancas, mientras los montes a su alrededor se estremecían al ascender el alma purificada hacia el paraíso, donde el sol y los ángeles todos, como un espejo, reflejaban los rayos que llegaban hasta ellos desde el eterno Dios, donde todo era éxtasis; el más bajo de los peldaños, al igual que el más alto, parecían igualmente grandes pues que todo corazón podía albergarlo.

Bernardo escuchó mi poema y le pareció magistral.

—Antonio —me dijo—. ¡Tienes que presentarlo en el festival! ¡Enfadará sin duda a Habbas Dahdah! ¡Es magnífico! ¡Sí, eso es lo que deberás presentar, ninguna otra cosa!

Negué con un gesto.

—¿Qué? —exclamó escandalizado—. ¿Qué no quieres? ¡Pues lo haré yo! ¡Lo torturaré con el inmortal Dante! ¡Pero algo así escapa a mis fuerzas! ¿No te gustaría desprenderte de tus bellas plumas para herir a la grajilla? ¡Eres demasiado complaciente, aunque ese es un hermoso rasgo de tu personalidad! ¿Me dirás que sí?

Cuánto me habría gustado complacerle, con qué gusto habría gastado semejante burla; así que no eran precisos muchos argumentos para convencerme.

Por entonces, era costumbre en la escuela de los jesuitas, igual que sucede ahora en el Collegium de propaganda fide en la Piazza di Spagna, que el 13 de enero, in onore dei sancti re magi, los alumnos, en su mayor parte, interviniesen como declamadores, cada uno con un poema en alguna de las diferentes lenguas que allí se practicaban o que habían recibido en su nacimiento y su hogar; nosotros mismos podíamos elegir el tema, y la composición era sometida a la censura de nuestros maestros y luego se nos devolvía corregida.

—Y usted, Bernardo —dijo Habbas Dahdah el día en que habíamos de presentar nuestros temas—. Usted, Bernardo, ¿no ha elegido nada? ¡Usted no pertenece a la estirpe de las aves canoras, podemos pasar de usted!

—Oh, no —fue la respuesta—. Esta vez sí que me atreveré. He pensado en cantar a uno de los poetas. Claro que no al más grande de ellos, ciertamente, aún no tengo valor para tal cosa, pero he pensado en uno de los menores, en Dante.

—¡Ay, ay, ay! —respondió Habbas Dahdah—. ¡Pero si quiere intervenir, y nada menos que con Dante! ¡Será una obra maestra! ¡Eso tengo que oírlo! Pero como asistirán todos los cardenales y viajeros del mundo entero, lo mejor será dejar la broma para los carnavales —y siguió sin prestarle mayor atención, pero Bernardo no se dejó ningunear de semejante forma y solicitó la autorización a los otros profesores. Ahora tenía cada uno su tema, pues yo opté por la belleza de Italia.

Desde luego, habría que trabajar muy duro, pero no había métodos sencillos para derrotar a Habbas Dahdah y hacer surgir en su rostro tormentoso una especie de sol, dándole el poema para que lo repasara, y pidiéndole consejo y ayuda. Por regla general solía rehacer el poema entero, remendando y zurciendo aquí y allá, para que siguiera siendo como antes, pero distinto; si se daba el caso de que algún forastero alababa el poema, siempre podía decir que, claro, tenía un toque de su propia sabiduría, que él había sabido pulir lo más grosero, etc., etc.

No tuvo ocasión de ver mi poema sobre Dante, que Bernardo presentaría como suyo propio.

Por fin llegó el día. Desde todas partes llegaban los carruajes hasta el portón; los viejos cardenales con sus rojas capas de larga cola entraban y tomaban asiento en los adornados butacones. Se distribuyeron carteles con nuestros nombres y las lenguas en las que leería su poema cada uno de nosotros. Habbas Dahdah pronunció el discurso de apertura y a continuación fueron llegando poemas en siríaco, caldeo, copto, incluso en sánscrito, en inglés y otras lenguas extrañas, y cuanto más exótico y raro sonaba un idioma, tanto mayor era la ovación, y bravos y aplausos se alzaban entre cordialísimas risas.

Con corazón palpitante subí al estrado y recité las pocas estrofas dedicadas a mi Italia. Repetidos gritos de «¡bravo!» me saludaron desde la audiencia entera, los ancianos cardenales me dedicaron su ovación y Habbas Dahdah sonrió con toda la amabilidad de que era capaz, moviendo la corona entre sus manos, con aire profético, pues entre los de lengua italiana solamente quedaba Bernardo, y no podía esperarse que el poema inglés que se presentaría tras él pudiera ganar laurel alguno. Y Bernardo ocupó el estrado. Mis ojos y mis oídos lo siguieron intranquilos. Con audacia y orgullo recitó mi poema sobre Dante; un profundo silencio se hizo en la sala. Todos parecían impresionados por la extraña fuerza que desprendía. Y aunque, naturalmente, yo conocía cada una de las palabras que en él había, a mis oídos sonaba como el canto del poeta que ha alcanzado las alas de la música. Su final fue recibido con la más unánime ovación. Los cardenales se pusieron en pie. Era como si todo hubiese concluido, la corona era de Bernardo; sólo por guardar las formas se escuchó el siguiente poema, que también recibió sus aplausos, pero al momento

volvieron todos al entusiasmo por el poema sobre Dante.

Mis mejillas ardían como el fuego, mi pecho se ensanchaba, sentía una infinita felicidad sin nombre, mi alma entera absorbía el incienso que ofrecían a Bernardo; lo miré, estaba totalmente distinto a como lo había visto siempre; pálido como un cadáver, la mirada clavada en el suelo, parecía un delincuente; él, que siempre miraba a todos directamente a los ojos. Habbas Dahdah tenía un aspecto no muy diferente, y parecía arder en deseos de destrozar la corona; pero uno de los cardenales la cogió y la puso sobre las sienes de Bernardo, quien hincó la rodilla mientras se cubría el rostro con las manos. Concluida la fiesta, fui en busca de Bernardo.

—¡Mañana! —dijo soltándose de mi abrazo.

Al día siguiente me percaté de que me evitaba, lo que me entristeció, pues mi corazón sentía gran apego por él, necesitaba un alma compañera en este mundo y lo había elegido a él.

Pasaron dos días; y entonces se colgó de mi pecho, me apretó la mano y dijo:

—¡Antonio! He de hablar contigo, no puedo seguir callándolo. Cuando colocaron la corona sobre mi cabeza la sentí como si fuera de miles de espinas. ¡La gloria la sentí como burla! ¡Era a ti a quien se debía aquel honor! Vi la alegría en tus ojos, y ¿puedes imaginarlo? ¡Te odié! Sí, ya no eres para mí como antes, es un sentimiento perverso por el que solicito tu perdón, pero hemos de separarnos, este no es mi hogar. ¡Quiero irme! No quiero convertirme el año que viene en objeto de burla de todos, cuando descubran que ya no tengo las robadas alas. Mi tío se encargará de mí, se lo he contado todo. Siento una acritud hacia ti que me duele, me duele hasta lo más hondo del alma. Sólo podremos seguir siendo amigos en una relación nueva. ¡Y lo seguiremos siendo, prométemelo, Antonio!

—Eres injusto conmigo —le respondí—, e injusto contigo mismo. No pensemos más en ese estúpido poema, olvidemos toda esta historia. Dame la mano, Bernardo, y no me apenes con tus absurdas palabras.

—¡Seremos siempre amigos! —dijo, y se marchó. No volvió al dormitorio hasta muy tarde, y a la mañana siguiente se supo que abandonaba el colegio para seguir un camino nuevo.

—¡Pasó como una estrella fugaz! —dijo irónico Habbas Dahdah—. Desapareció nada más mostrar su resplandor. Todo ha sido una chiquillada, incluyendo el poema. Lo he guardado yo, porque un tesoro semejante no puede perderse. ¡Virgen Santa! ¡Si se mira en detalle, lo que se ve!... ¡Y a eso llaman poesía! Se mire por donde se mire, carece de forma o figura; al principio creí que sería un jarrón, luego una copa francesa de vino o un bisturí,

pero cuantas más vueltas le daba, más claramente se iba poniendo de manifiesto que es una forma sin significado ninguno. ¡En tres lugares tiene un pie de más, asoman hiatos espantosos! Y veinticinco veces aparece la palabra divina, como si el poema se volviese divino a base de repetir la palabra. ¡Sentimientos y más sentimientos! No es eso lo que convierte a alguien en poeta, en absoluto. ¡Ni toda esa historia de la fantasía, ahora estamos aquí, luego estamos allí! Tampoco es el pensamiento lo importante, qué va, es la ponderación, la ponderación áurea. El poeta no debe dejarse arrastrar por su tema. Ha de ser frío, frío como el hielo, ha de despedazar al hijo de su corazón y analizar cada una de sus partes: sólo entonces surge una auténtica obra de arte. ¡No con ese ímpetu y sensiblerías por el estilo! ¡Y le dieron la corona a un tipo así! ¡Palos es lo que habría que haberle dado, por sus errores históricos, por sus hiatos, por su falta de toda ponderación! ¡He acabado por enfadarme! ¡Y mi constitución no lo permite!... ¡Ese asqueroso Bernardo!

Este fue, poco más o menos, el encomio de Habbas Dahdah.

VIII

Un encuentro desagradable y otro agradable. La pequeña abadesa. El anciano judío

Todos echábamos de menos al salvaje y exagerado Bernardo, y nadie lo añoraba más que yo; tenía la sensación de que se había creado un vacío a nuestro alrededor; mis libros no me satisfacían, en mi alma resonaban disonancias que ni yo mismo era capaz de solucionar, solamente la música me aportaba armonía por un instante; tan sólo en el mundo de las notas comenzaron mi alma y mi entero afán a hallar alguna claridad, aquí encontraba más de lo que ningún poeta, incluido Dante, era capaz de expresar, aquí no sólo el sentimiento se llenaba de felices imágenes, también el oído, esa parte tan veraz de nuestro cuerpo, absorbía con ellas su feliz existencia. Cada tarde, ante la imagen de la Madonna que había en la pared, las voces infantiles me cantaban el recuerdo de mi propia infancia, que resonaba como una canción de cuna desde la melancólica gaita, pues volvía a oír en ellas la monótona salmodia del cortejo fúnebre que acompañó al ataúd de mi madre. Empecé a pensar en lo ya pasado y en lo que estaba aún por venir; con el ánimo extrañamente sobrecogido sentía en mi corazón lo que me veía capaz de cantar, viejas melodías sonaban en mis oídos y hacían brotar las palabras hasta que llegaban a mis labios, incluso con fuerza excesiva, pues llegué a molestar a Habbas Dahdah, que estaba a varias habitaciones de distancia, y me mandó decir que aquel lugar no era un teatro de la ópera ni una escuela de canto, que

los únicos trémolos que podía haber en la escuela de los jesuitas eran los que entonaban loas a la Madonna. Silencioso apoyé la cabeza contra el cristal de la ventana, mi mirada vuelta hacia el jardín, y la mente hacia mí mismo.

—¡Felicissima notte, Antonio! —llegó hasta mis oídos. Un precioso, orgulloso corcel hacía cabriolas ante la ventana y se alejaba luego con su orgulloso jinete. Era un oficial del Papa; con juvenil agilidad se alzaba en el caballo, saludando una y otra vez hasta perderse de vista, pero yo había conseguido reconocerlo: ¡era Bernardo, el alegre Bernardo! ¡Qué diferentes, su vida y la mía! No, mejor no pensar en ello, me calé el sombrero hasta las cejas y, como acosado por un espíritu maligno, me alejé hacia donde quisiera llevarme el viento. Ni se me pasó por la cabeza que existía una ley por la cual el colegial de una escuela jesuítica, de la Propaganda de la Fe o de cualquier otra institución de los Estados Papales, debía ser acompañado por un condiscípulo mayor o de igual edad, y que no podía ausentarse sin permiso especial. Nunca se me había grabado en la memoria una ley tan estúpida. Así que no pensaba que mi libertad estuviera limitada, y me escapé tranquilamente. El viejo custode pensó que tendría permiso para ausentarme.

El Corso estaba rebosante de carruajes, una fila de coches ocupados por romanos y forasteros iba subiendo por él, y otra bajaba; daban su paseo vespertino; la gente formaba corros ante los grabados expuestos en las galerías de arte y los mendigos buscaban el mejor lugar para conseguir un chelín; se hacía difícil avanzar sin meterse entre los coches; yo había acabado de pasar, precisamente, cuando una mano me sujetó por la chaqueta y oí una fea voz, bien conocida, que me susurraba: «¡Buon giorno, Antonio!»; miré hacia abajo: allí estaba mi tío, el feo Peppo, con sus inútiles piernas dobladas a los lados, e instalado sobre la tabla de madera. Hacía años que no coincidíamos a tan escasa distancia; siempre había conseguido esquivarlo dando rodeos en vez de pasar por la escalinata de España en la que se instalaba, y si tenía que pasar delante de él en alguna procesión, acompañado por mis compañeros, hacía todo lo posible por ocultar el rostro.

—¡Antonio! ¡Sangre de mi sangre! —dijo, agarrándome por la levita—. ¿Es que ya no conoces al hermano de tu madre, al pobre Peppo? Cada vez que pienses en San José recordarás mi nombre. ¡Ya eres grande y viril!

—¡Suéltame! —grité, pues la gente a nuestro alrededor estaba mirándonos.

—¡Antonio! —dijo—. ¿Te acuerdas de cuando fuimos los dos montados en el burrito? ¡Mi querido niño! Ahora cabalgas en mejores monturas y no quieres reconocer a tu pobre tío. Nunca vienes a verme a la escalinata. Pero en otro tiempo me besaste la mano y dormiste en mi mísera paja. ¡No seas tan ingrato, Antonio...!

—¡Suéltame de una vez! —grité, arranqué de sus manos mi levita, me metí

entre los coches que se cruzaban, y entré en una callejuela; mi corazón palpitaba de miedo, de... cómo llamarlo, orgullo herido: me sentía humillado ante todas las personas que nos habían visto; pero aquel sentimiento dominó solamente unos instantes, y entonces despertó otro, mucho más amargo. Todas las palabras que me había dicho eran ciertas, yo era ciertamente el único hijo de su hermana. Me di cuenta de la crueldad de mi conducta, me avergoncé ante Dios y ante mí mismo, la vergüenza ardía en mi corazón como si de fuego se tratase; si hubiese estado solo con Peppo habría besado sus horribles manos y le habría pedido perdón. Me sentí conmovido en lo más hondo.

Sonaron las campanadas del Avemaría en la iglesia de San Agustín; mi pecado pesaba en mi alma, y entré a implorar el perdón de la madre de Dios. Bajo las altas bóvedas, todo estaba oscuro y vacío, los cirios de los altares ardían despacio y con luz mate, sin rayos, como los fuegos fatuos en la noche, cuando sopla el húmedo siroco. Mi alma bebió consuelo y perdón.

—¡Signore Antonio! —dijo una voz, justo a mi lado—. ¡Están aquí Sua Eccellenza y la bella Signora! Han venido desde Florencia, y han traído a su angelito del cielo. ¿No quiere pasar a visitarlos y saludarlos?

Era la anciana Fenella, la mujer del portero del Palazzo Borghese. Mi bienhechora estaba allí con su marido y su hijo, no los había visto desde hacía varios años. Mi alma se llenó de gozo, eché a correr y, al poco, sus queridos y amables rostros me dieron la bienvenida.

Fabiani se mostró amable e indulgente, Francesca dejó traslucir maternal alegría; hizo que me trajeran a su hija Flaminia, una niña preciosa de ojos increíblemente claros; enseguida puso la boquita para darme un beso, se vino conmigo encantada y durante dos minutos fuimos viejos amigos. Dejó que la tomara en mis brazos y rio de alegría cuando me puse a bailar con ella por la sala cantando mis alegres canciones de otros tiempos.

—¡No vayas a convertir a mi pequeña abadesa en una niña del mundo! —dijo Fabiani sonriendo—. ¿No ves que ya lleva el símbolo de su dignidad? —y me indicó una crucecita de plata que colgaba de una cadenita sobre su pecho y en la que se veía al Redentor en el madero—. Se la ha regalado el Santo Padre, ya lleva junto a su corazón al novio de su alma.

En la felicidad de su amor habían prometido a la iglesia entregarle su primer hijo, y el Papa regaló a la criatura el sagrado símbolo cuando aún estaba en la cuna; como descendiente de la poderosa familia de los Borghese, tenía reservado para ella el lugar de honor en los conventos de monjas de Roma, por lo que todos quienes la rodeaban la llamaban ya por su nombre de honor: la pequeña abadesa. Todo cuento, todo juguete, iba destinado a proporcionarle una idea del mundo para el que realmente existía, para la felicidad que la esperaba.

Me mostró su Niño Jesús, sus monjitas vestidas de blanco que iban a misa todos los días, las colocaba en filas sobre la mesa como le había enseñado su nodriza y me explicaba lo bien que cantaban y recibían al precioso Niño Jesús. Yo le dibujaba alegres campesinos que bailaban, ataviados con sus largos trajes de lana, en torno al tritón de piedra, polichinelas sentados unos en las jorobas de otros, y aquellas nuevas estampas divertían enormemente a la pequeña. Las besó muchas veces, pero con tanta insistencia las rompió que tuve que estar haciendo nuevos dibujos hasta que nos separamos, pues la nodriza llamó a la pequeña abadesa porque ya era hora de irse a la cama, había pasado la hora en que habitualmente estaba ya dormida.

Fabiani y Francesca me preguntaron por el Colegio de los Jesuitas, por mi salud y mi estado de ánimo, prometieron que siempre serían buenos conmigo y me desearon la mejor de las suertes.

—Podemos vernos todos los días —dijo ella—. Ven siempre que te apetezca, mientras estamos aquí.

También me preguntó por la anciana Domenica, que seguía en el campo, y le conté lo feliz que era cuando iba a verla aunque sólo fuera una sola vez, en otoño o primavera, cómo me asaba castañas y parecía rejuvenecer hablando de los días en que vivíamos juntos; y todas las veces volvía a mostrarme el rinconcito en que dormía yo, y los dibujos que había hecho, y que ella conservaba junto a su corona de rosas benditas y el viejo misal.

—Qué divertidas reverencias hace —dijo Francesca a Fabiani cuando los saludé como despedida—. Es estupendo educar el espíritu, pero tampoco hay que dejar de lado al cuerpo, también tiene su importancia en este mundo. Pero todo llegará, ¿verdad, Antonio? —y con una sonrisa en los labios me ofreció su mano para que la besara.

Sólo quedaban unas horas para la noche cerrada cuando salí a la calle para volver al colegio, pero todo estaba ya oscuro como boca de lobo. Por entonces aún no se utilizaban lámparas en Roma: como es sabido, son cosa de estos últimos decenios; la lámpara que había ante la imagen de la Madonna era la única luz en las serpenteantes y angostas callejas. Había que andar con cuidado para no tropezar, de modo que avanzaba con lentitud, con la mente ocupada con los sucesos de aquella tarde.

Según iba caminando, mi mano tropezó con un objeto.

—¡Demonios! —exclamó una voz conocida—. No me saques los ojos, porque si lo haces veré aún menos.

—¡Bernardo! —exclamé yo, feliz—. ¡Por fin nos encontramos!

—¡Antonio, mi querido Antonio! —gritó cogiéndome por el brazo—.

¡Vaya si estás alegre! ¿De dónde vienes? ¿Alguna aventurita? No esperaba de ti una cosa así. Pero vas a oscuras. ¿Dónde está tu carabina, tu cicerón, o como llames tú a tu fiel acompañante?

—Estoy solo —dije.

—¡Solo! —repitió él—. Si en el fondo es que eres un tipo osado. Deberías entrar en la guardia papal, a lo mejor podríamos ponerte derecho, por fin.

Le conté en pocas palabras la llegada de Sua Eccellenza y la Signora, y le expresé mi alegría por nuestro encuentro. Su alegría no era menor que la mía, ni siquiera pensamos en la oscuridad y caminamos lentamente sin pensar hacia dónde, ni por dónde.

—Pues mira, Antonio —dijo—. Sólo ahora he comprendido lo que es la vida. ¡Tú no tienes ni idea! Es demasiado divertida como para dejarla de lado y sentarse en el duro pupitre a escuchar las torpes peroratas de Habbas Dahdah. Sé hacer cabriolas con mi caballo, ¿me viste antes? Y las bellas signore dirigen hacia mí sus miradas, ¡y vaya si son ardientes! Y es que soy un tipo de lo más apuesto, y el uniforme me sienta muy bien. Vaya oscuridad que hay aquí. Ni siquiera puedes verme bien. Mis nuevos camaradas me lo enseñan todo, no se limitan a chupar pupitre, como vosotros. Vaciamos nuestras copas en honor de los Estados Pontificios, pero también tenemos nuestras aventurillas, aunque tu santidad no querrá saber nada de ellas. ¡Pero qué malo eres! Fíjate, Antonio, en estos pocos meses he adquirido la experiencia de diez años. Ahora sí que soy consciente de mi juventud, me arde en la sangre, se arremolina en mi corazón y la disfruto, la disfruto a grandes tragos mientras mis labios siguen ardiendo, y noto una sed insaciable.

—Tus compañías no son buenas, Bernardo —dije yo.

—¡Que no son buenas! —exclamó él—. ¡No me vengas con sermones! ¿Qué tienes en contra de mis amigos? Mis camaradas son auténticos romanos, de la más pura sangre patricia. Somos la guardia de honor del Santo Padre, su bendición limpia nuestros pecadillos. Durante los primeros días, recién salido del colegio, yo también tenía esas preocupaciones conventuales, pero fui suficientemente listo para evitar que mis nuevos camaradas las notaran, hice lo mismo que ellos, la totalidad de mi verdadero Yo temblaba de alegría de vivir y satisfacía ese fuerte impulso. Pero también sentí una voz fea y perversa dentro de mí, era la disciplina conventual y las últimas migajas de la niñez, que me decían: ¡Ya no eres inocente como un niño! Desde que empecé a reírme de esa voz, lo comprendo todo mucho mejor. Soy un hombre, el niño ya no existe. Era el que lloraba, el que renunciaba a sus propios deseos... Pero estamos en frente de Chiavica, la mejor osteria, donde se reúnen los artistas; ven conmigo, beberemos a la salud de nuestro encuentro. ¡Ven! ¡El lugar es muy divertido!

—¡Pero en qué estás pensando! —repuse—. ¡Si en el colegio se enteran de que he estado ahí con un oficial de la guardia papal!

—¡Ay, sí, qué cosa tan terrible! Beber un vaso de vino y oír a los artistas extranjeros cantar sus melodías en su propia lengua, alemán, francés, inglés y Dios sabe qué idiomas más. ¡Ya verás lo divertido que es!

—Lo que es adecuado para ti es ilegal para mí, no intentes convencerme y... —me interrumpí al oír risas y bravos que llegaban de la callejuela vecina, prefería continuar nuestra conversación en otro sitio—. ¡Allí hay mucha gente! ¿Qué pasará? Creo que hay una función delante justo de la imagen de la Madonna —y lo arrastré conmigo hacia allá.

Hombres y muchachos de la más baja clase habían cerrado la calle; formaban una especie de círculo en torno a un viejo judío al que, por lo que oímos, querían obligar a saltar sobre un palo sostenido por uno de los hombres, si quería salir de la calle.

Sabido es que en Roma, la primera ciudad de la Cristiandad, los judíos sólo están autorizados a vivir en el barrio de la ciudad que les está asignado, el angosto y sucio gueto; cada noche se cierra el portón y los soldados montan guardia para que nadie pueda salir ni entrar a escondidas. Una vez al año, los más ancianos han de ir hasta el Capitolio a pedir permiso, hincados de rodillas, para permanecer un año más en Roma, ofreciéndose a pagar los gastos de las carreras de carnaval y prometiendo que todos, una vez al año, en el día estipulado para ello, irían a una iglesia católica a escuchar la prédica de la conversión.

El anciano al que allí veíamos había pasado solo por la calle donde se entretenían los muchachos mientras los adultos jugaban a la morra.

—¡Mirad ese judío! —gritó uno, y empezaron a burlarse del anciano; y como éste, sin decir nada, intentó seguir su camino, cerraron la calle. Uno de los hombres, un individuo grueso y de anchos hombros, sacó un largo bastón y gritó:

—¡Venga, judío, arriba esas piernas! El gueto está cerrado, esta noche no entras. ¡Enséñanos lo que tienes en las piernas!

—¡Salta, judío! —chillaron los muchachos—. ¡El Dios de Abraham te ayudará, seguro!

—¿Qué mal os he hecho? —dijo él—. Dejad a este pobre anciano seguir su camino, no hagáis chanza de sus canas ante la Señora a la que pedís gracia —y señaló con el dedo la imagen de la Madonna.

—¿Te crees tú que la Madonna se va a preocupar de un judío? ¡Salta, perro! —y se acercó más a él, y los muchachos estrecharon el círculo.

En ese momento, Bernardo avanzó de un salto, empujó a un lado al más cercano, arrancó el bastón de las manos del hombre, blandió su sable por encima de la cabeza y el bastón delante del hombre al que se lo había arrebatado, y gritó con fuerte voz varonil:

—¡Salta tú, o te corto la cabeza! ¡Sin tardanza! ¡Por todos los santos, que te rajaré la frente si no saltas!

El hombre parecía atónito, en medio de la muchedumbre asombrada. Las atronadoras palabras, el sable desenvainado y el uniforme de oficial del Papa, todo lo tenía como electrizado y, sin pronunciar una sola palabra, dio un salto sobre el bastón que un momento antes había sostenido ante el pobre judío. Toda la concurrencia estaba igual de atónita, nadie se atrevió a pronunciar una sola palabra, se limitaban a contemplar en petrificado silencio lo que sucedía. El hombre no había hecho más que saltar, cuando Bernardo lo agarró por los hombros y le dio un golpe en la mejilla con la hoja de la espada.

—¡Bravo, perro! ¡Muy bien! Repítelo y creeré que ya sabes hacer el perro perfectamente.

El hombre tuvo que saltar y la concurrencia, que se había pasado al lado divertido del asunto, aplaudió y gritó bravo.

—¿Adónde vas, judío? —preguntó Bernardo—. Venga, te acompañaré —pero ya se había ido. Nadie respondió.

—Vámonos —dije cuando habíamos salido de entre aquella turbamulta—. Venga, que digan lo que quieran, beberé un frasco de vino contigo. ¡Beberé a tu salud! Seguiremos siendo amigos para siempre, pase lo que pase en nuestras vidas.

—¡Estás loco, Antonio! —respondió—. Y, en el fondo, yo también, por haberme enfadado con ese patán. Me parece que por una temporada no hará saltar a nadie más.

Entramos en la hostería, ninguno de cuyos alegres clientes nos prestó la menor atención. En un rincón había una mesita; allá hicimos llevar una folleta de vino y chocamos nuestros vasos por nuestro feliz encuentro y nuestra amistad eterna; luego nos despedimos. Yo fui al colegio de los jesuitas, donde el viejo custode, mi protector, me abrió la puerta, que estaba cerrada con llave, de forma que nadie se dio cuenta, y al poco dormí soñando con las muchas aventuras de aquella tarde.

IX

La muchacha judía

Más tarde me sentí angustiado al pensar que había pasado la tarde fuera y que incluso había estado bebiendo con Bernardo en una hostería, pero el caso no tuvo consecuencias negativas, había tenido suerte: nadie me había echado en falta, o bien, como el viejo custode, pensaron que disponía de permiso; lo cierto es que se me consideraba una persona de lo más tranquila y consciente. Los días discurrían apacibles y se convertían en semanas; estudiaba con aplicación y de vez en cuando visitaba a mi noble bienhechora, lo que representaba mi mayor placer; su pequeña abadesa me resultaba de día en día más y más querida; llevaba a la niña dibujos que había hecho yo mismo de pequeño, pero en cuanto jugaba con ellos unos momentos, los dejaba desparramados en pedazos por el suelo; yo recogía los pedazos y los guardaba.

Por entonces estaba leyendo a Virgilio; el sexto libro, donde la sibila de Cumas conduce a Eneas hasta el Averno, me interesó mucho por su relación con Dante; pensé entonces en mi poema, y ese pensamiento me condujo a Bernardo, a quien no había vuelto a ver en bastante tiempo; lo echaba mucho de menos. Era precisamente uno de los días de la semana en que estaban abiertas las galerías vaticanas; pedí permiso de salida para ver los espléndidos dioses de mármol y los magníficos cuadros, aunque lo que realmente deseaba era encontrar a mi querido Bernardo.

Me encontraba ya en la gran arquería abierta donde se halla el más bello busto de Rafael, y donde el techo entero es la Biblia en espléndidas pinturas, esbozadas por el gran maestro y realizadas por sus alumnos. Los extraños arabescos de las paredes, la legión de ángeles, que aparecen arrodillados y volando con sus grandes alas hacia la eternidad, no eran nuevos para mí; sin embargo, permanecí allí un largo rato contemplándolos, aunque en realidad esperaba que una feliz casualidad trajera a Bernardo entre las salas. Me apoyé contra la cancela y contemplé la preciosa formación montañosa, las orgullosas ondulaciones de la campiña, con un ojo puesto al mismo tiempo en la guardia vaticana, por si se trataba de Bernardo, cada vez que se oía chirriar un sable contra las losas de piedra. Pero no apareció.

Inútilmente paseé por las estancias, visité el Grupo del Nilo y el Laocoonte, pero lo que veía no acababa de satisfacerme y acabé poniéndome de mal humor; pues no había manera de encontrar a Bernardo; de ahí que el camino de vuelta me pareciese tan interesante como el Torso o el espléndido Antínoo.

Surgió entonces una figura grácil con penacho y espuelas que resonaban en el pasillo, y la seguí: era Bernardo; su alegría no fue menor que la mía, e insistió en que lo acompañara, pues tenía miles de cosas que contarme, según dijo:

—No sabes lo que he sufrido y lo que sigo sufriendo. ¡Tendrás que ser mi médico! Sólo tú puedes ayudarme con tus yerbas mágicas —y me condujo a través de la gran sala donde montaban guardia los suizos del Papa, y hasta la gran estancia dispuesta para los oficiales.

—¿No estarás enfermo? —pregunté—. ¡Imposible! ¡Tus ojos y tus mejillas tienen un color estupendo!

—¡Color, color! De fuego, porque ardo de la cabeza a los pies. Pero ahora todo está bien. Tú eres mi estrella de la felicidad, traes estupendas aventuras y buenas ideas, ¡tienes que ayudarme! Pero siéntate. No tienes ni idea de todo lo sucedido desde la última vez que nos vimos; te lo confiaré todo, pues eres un amigo fiel, y podrás participar de la aventura.

No me permitió hablar, tuve que limitarme a escuchar lo que tan emocionado lo tenía.

—¿Recuerdas al judío? —preguntó—. El anciano judío al que los muchachos intentaban obligar a saltar, y que salió corriendo sin dar las gracias por mi caballerosa ayuda, ¿recuerdas? No me olvidé de él ni de la historia. Pocos días después paso por la puerta del gueto; no me fijé hasta que el soldado que estaba de centinela en la puerta me presentó armas, porque yo soy de éstos con elevada graduación; respondo a su saludo y veo allí mismo, al otro lado de la puerta, un grupito delicioso de niñas de ojos negros, de raza judía, e imagínate, me dieron ganas de pasear por aquellas estrechas y sucias callejas. Allí dentro hay hasta una sinagoga, las casas pegadas unas a otras y hacia el cielo, en todas las ventanas ponía: Bereshit bara Elohim! Estaban todos apiñados, como cuando cruzaron el Mar Rojo. Alrededor colgaban ropas viejas, paraguas y todas esas cosas que se guardan en los trasteros; caminaba evitando chatarras, carteles y barro natural, y además había un chillerío y un griterío invitándome a comerciar, comprar o vender, que apenas me dejaban tiempo ni para mirar a un par de muchachitas de ojos negros que me sonreían desde las puertas. Menudo paseo, créeme, Dante habría debido describirlo. De repente se me viene encima un anciano judío, se inclina ante mí como si yo fuera el Santo Padre. «¡Eccellenza!», me dice; «mi noble bienhechor, salvador de mi vida, bendita sea la hora en que puedo saludarlo; no piense que el anciano Hanoch es un desagradecido» y muchas cosas más que no entendí ni tampoco recuerdo; en ese momento lo reconocí, era el viejo hebreo al que querían hacer saltar. «Aquí está mi pobre casa, pero mi umbral es demasiado bajo para que usted pueda entrar por él», y me besó las manos y las faldas de la levita; intenté marcharme, pues toda la vecindad se dedicaba a observarnos, pero miré casualmente la casa y vi la más preciosa cabecita que haya visto nunca, una Venus de mármol con sangre caliente en las mejillas y unos ojos como los de una hija de Arabia... así que ya ves, seguí al judío que me había invitado a su casa. Ciertamente, la entrada era sombría y estrecha, como si se

tratase del acceso a la tumba de los Escipiones, y la escalera de piedra y la bonita galería de madera... sí, todo ello era especialmente adecuado para aprender a tener paso firme y la más exquisita precaución hasta la punta de los dedos. Pero en el interior de la casa no se estaba tan mal, solamente faltaba la niña, ¡y la de cosas que había que ver! Tuve que digerir un largo discurso de agradecimiento, en el que abundaban las metáforas orientales, que seguramente habrían agradado a tu sentido poético. Lo dejé ir, pensando en que la chica acabaría por aparecer. Pero no fue así. En cambio, el judío tuvo una idea que en otra ocasión habría podido ser especialmente buena; me indicó que yo, como hombre joven que era y estaba en el mundo, sabría gastar el dinero pero que también necesitaría más en algún momento, y entonces tendría que recurrir a espíritus compasivos que supieran mostrarme caridad cristiana al veinte o incluso treinta por ciento... pero que él, lo que resultaba un auténtico milagro en el mundo de los judíos, estaría dispuesto a prestarme sin intereses. ¿Tú? ¿Sin intereses?... Yo era un joven aristócrata y él confiaba en mi honorabilidad. Yo había protegido a una rama del tronco de Israel, y su tocón no iba a desgarrar mis ropas. Como yo no precisaba dinero, no tomé ninguno prestado, pero entonces me preguntó si estaría dispuesto a rebajarme degustando su vino, la única botella que tenía; no sé lo que respondí, lo que sí sé es que apareció en la estancia la más bella muchacha de estirpe oriental, qué formas y qué colores, el cabello relucía tan negro como el ébano. Escanció un delicioso vino chipriota para mí, y la majestuosa sangre salomónica le subió a las mejillas cuando vacié el vaso a su salud. Debías haberla oído hablar, haberla oído darme las gracias por ayudar a su padre, no merecía el esfuerzo. Todo aquello sonó como música a mis oídos. ¡No era una criatura normal y corriente! Y volvió a desaparecer, sólo quedó el anciano.

—Es todo un poema lo que me cuentas —exclamé—. Quedaría precioso, puesto en verso.

—No sabes cómo sufro desde entonces, la de planes que construí en mi cabeza y que luego destruí, para poder ver de nuevo a mi bella hija de Sión. Imagínate, decidí ir a tomar un préstamo que no necesitaba en absoluto. Tomé prestados veinte escudos a ocho días, pero no conseguí verla. Los devolví tres días después, sin tocarlos, y el viejo sonrió y se frotó las manos, pues su confianza en mi tan alabada honorabilidad no era tan grande como había dicho. Alabé su vino de Chipre, pero ella volvió a decepcionarme, fue él quien me lo sirvió con sus flacas manos temblorosas. Mis ojos escudriñaron hasta el último rincón, pero no estaba allí. No se dejó ver; sólo cuando iba ya bajando las escaleras me pareció ver que la cortina de la ventana abierta se movía; tenía que ser ella: «¡Adiós, signora!» grité, pero todo continuó en silencio, como un muro, no apareció nadie. Aún no he conseguido progresar en mi aventura. Aconséjame. ¡No quiero ni puedo renunciar a ella! ¿Qué puedo hacer? ¡Ten alguna idea brillante, muchachito! Sé para mí Saturnia y Venus,

que conducen a Eneas y a la hija de Libia hasta las secretas grutas.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¡No tengo ni idea de qué podría hacer en algo así!

—¡Tú podrás hacer todo lo que te propongas! El hebreo es una lengua preciosa, un mundo poético de imágenes, tienes que aprenderla, busca un judío que te la enseñe. ¡Yo lo pagaré todo! Eliges al viejo Hanoch, porque he hecho mis averiguaciones y pertenece al grupo de los ilustrados del gueto; cuando tu leal criatura se lo haya ganado, conocerás también a su hija, y entonces te ocuparás de mis cosas, pero al galope, al galope tendido; tengo en mi sangre un veneno ardiente, el ardiente veneno del amor. ¡Ve hoy mismo a ver al judío!

—¡No puedo hacer eso! —respondí—. No tienes en cuenta mi situación, el papel que tendría que desempeñar; y ¿cómo, mi querido Bernardo, se te ocurre rebajarte a una aventura amorosa con una muchacha judía?...

—¡No comprendes nada! —me interrumpió—. Judía o no, eso no importa lo más mínimo si la mercancía es buena. ¡Venga, bendito muchacho! ¡Mi espléndido Antonio! ¡Dedícate a aprender hebreo; lo estudiaremos los dos, aunque de formas distintas! Sé razonable y piensa en lo que puedes hacer por mi felicidad.

—Sabes bien —repuse— lo dentro de mi corazón que te llevo. Sabes cómo tu poderosa fuerza se apodera de mis pensamientos, de mi voluntad entera. Si fueras perverso me pervertirías... ¡Entraré en tu círculo mágico! No juzgo tus ideas de la vida comparándolas con las mías, cada cual ha de seguir su propio natural. Tampoco creo que sea pecado la forma en que buscas el placer, pues así eres de naturaleza, yo soy completamente diferente. No me convenzas para participar en una aventura que, aunque resulte bien, jamás redundará en tu verdadera felicidad.

—¡Bien, bien! —me interrumpió, y vi aquella extraña mirada orgullosa que tantas veces había dirigido a Habbas Dahdah cuando sus posiciones resultaban irrefutables—. ¡Bien, Antonio! ¡En realidad todo era una broma! No tendrás que ir al confesonario por mi culpa. Pero ¿qué mal puede haber en que tú aprendas un poco de hebreo y precisamente de mi judío? Eso sí que no lo entiendo. ¡Pero ni una palabra más! Gracias por la visita. ¿Quieres comer algo, beber algo? Aquí se te puede servir.

Me sentí incómodo. El tono en que me hablaba, toda su forma de comportarse era como insultante. Un frío gélido y una cortesía puramente formal respondieron a mi apretón de manos. Triste y preocupado abandoné enseguida su compañía.

Tenía la clara sensación de que él no tenía razón alguna, de que yo me había comportado como debía, pero hubo instantes en que sentía que había

sido malo con él. En mi lucha conmigo mismo recorrí el barrio judío con la esperanza de que mi buena estrella me proporcionara una aventura que beneficiase a mi querido Bernardo, pero ni siquiera vi al anciano judío; rostros desconocidos me observaban desde puertas y ventanas; niños sucios paseaban por las aceras en medio de toda clase de desechos de hierro y ropa, y el incesante griterío de si quería comprar o vender me atontaba. Algunas niñas jugaban, de ventana en ventana, tirándose una pelotita de un lado a otro de la calle; una de aquellas niñas era realmente bonita... ¿sería la amada de Bernardo? Sin querer me quité el sombrero, pero me avergoncé al momento y me pasé la mano por la frente, como si hubiera sido el calor y no la muchacha lo que me hizo desnudar mi cabeza.

X

Un año después. El carnaval romano. La cantante

Si he de seguir sin interrupción el hilo del amor de Bernardo y de mi peregrinar por el gueto, tendré que pasar por alto un año entero de mi vida; pero ese año, con todos sus altibajos, me trajo mucho más que el simple aumento de mi edad en doce meses. Fue una especie de entreacto en el drama de mi vida.

Veía a Bernardo tan sólo raras veces, y cuando nos encontrábamos seguía siendo siempre el mismo mozo alegre y ocurrente de siempre, aunque ya no parecía, en absoluto, tan dado a las confidencias conmigo; su fría y noble mirada me observaba detrás de la máscara de la amistad; ¡aquello me apenaba y entristecía! Nunca tuve valor de preguntarle cómo iban sus amores.

Acudía con bastante frecuencia al Palacio Borghese y al lado de Sua Eccellenza, de Fabiani y Francesca, encontraba un auténtico hogar, aunque muchas veces también un motivo de profundo dolor. Mi alma estaba llena de agradecimiento por todo cuanto les debía a todos ellos, pero cualquier mirada hosca proyectaba de inmediato una sombra sobre mi alegría de vivir. Francesca alababa mis buenas cualidades, pero al mismo tiempo pretendía corregirme: mi actitud, mis formas de expresarme, merecían sus críticas, que eran severas, incluso demasiado severas; no pocas veces me hacían saltar lágrimas a los ojos, aunque yo era ya toda una persona de dieciséis años. Su anciana Eccellenza, que me había sacado de la cabaña de Domenica y me había llevado a su espléndido hogar, seguía siendo bondadoso conmigo, ciertamente, como lo había sido desde nuestro primer encuentro, pero también él tenía las mismas objeciones de la Signora ante mi forma de ser. Yo no compartía su gran afición por las plantas y las hierbas más extrañas, y él lo

consideraba una falta de interés por el trabajo escrupuloso. Mi propio Yo, pensaba el anciano, me tenía demasiado ocupado; yo no salía suficientemente de mí mismo, no dejaba que los rayos del espíritu cortaran el gran círculo del mundo.

—Recuerda, hijo mío —proseguía— que la hoja que se limita a enrollarse sobre sí misma acaba marchitándose.

Pero después de cada uno de aquellos discursos me daba una palmadita en la mejilla y me consolaba irónicamente diciendo que vivíamos en un mundo perverso y que era preciso meternos en la prensa de secar flores para que la Madonna pudiera encontrar al menos algún buen ejemplar de nuestra especie. Fabiani se lo tomaba todo por el lado divertido, se reía de sus lecciones bien intencionadas, asegurando que yo nunca llegaría a ser erudito como Sua Eccellenza ni tan puntilloso como Francesca, sino un temperamento distinto a los dos, eso es parte de la vida, y tampoco es un temperamento que haya que rechazar. Entonces llamaba a su pequeña abadesa, y con ella olvidaba enseguida mis pequeños disgustos.

El año siguiente tenían intención de vivir en el norte de Italia, pasando los cálidos meses de verano en Génova y el invierno en Milán; en esa misma época se presentaba ante mí el gran salto: una especie de examen para aspirar al grado de abate y alcanzar así una posición más elevada que la que poseía por el momento.

Antes de la marcha de la familia se celebró un gran baile en el Palacio Borghese, al que yo también fui invitado. En el exterior ardían coronas de brea y todas las antorchas que precedían a los carruajes se colocaron en los candeleros del muro, que parecía, así, una cascada de fuego. Soldados pontificios a caballo hacían guardia frente al portón. El jardincito estaba decorado con multicolores farolas de papel, la escalera de mármol estaba bellamente iluminada y se aspiraba el aroma de las flores, pues en cada escalón, al lado de la pared, había jarrones de flores y pequeños naranjos. Los soldados montaban guardia hombro con hombro junto a la puerta; por todas partes, criados elegantemente ataviados. Francesca estaba deslumbrantemente bella; la costosa pluma que llevaba, de un ave del paraíso, y los ricos encajes le sentaban maravillosamente, pero el que me ofreciera su mano... ¡eso me pareció aún más hermoso! En dos salas, cada una con una orquesta completa, se deslizaban los danzantes. Entre ellos estaba Bernardo, muy apuesto; el uniforme rojo con bordados en oro, las ceñidas calzas blancas, todo servía para poner de relieve sus bellas formas; bailaba con la más hermosa, que le sonreía cariñosa y confiada. Me irritó no saber bailar; tampoco nadie se percató realmente de mi presencia. En mi único hogar me sentía el más forastero entre los forasteros; pero Bernardo me extendió su mano y todo mi desánimo desapareció. Detrás de las largas cortinas rojas, junto a la ventana abierta,

bebimos espumeante champán, él chocó confiado su copa contra la mía, hermosas melodías penetraban en nuestros corazones desde los oídos, y desapareció cualquier idea de ruina de nuestra amistad, como habíamos empezado a temer en días anteriores. Incluso me atreví a mencionar a la bella muchacha judía, y él rio y pareció perfectamente recuperado de la profunda herida.

—Tengo ya otro gorrioncito —respondió—. Es más manso y su canto me ha hecho olvidar mis antojos. ¡Dejemos volar a la otra avecilla! Y a decir verdad se ha marchado, ha escapado del barrio judío, incluso de Roma, si he de creer a mi gente.

Una vez más chocamos nuestras copas, el champán y la alegre música derramaban doble vida en nuestra sangre. Bernardo estaba otra vez en medio del baile, yo me quedé solo pero con esa mirada perdida que asoma cuando el alma se siente feliz, cuando uno se ve capaz de absorber el mundo entero. Abajo en la calle los niños pobres estaban felices y contentos con las chispas que saltaban de las coronas de brea; pensé en mi propia infancia de niño pobre, en cómo jugaba yo también con las chispas, y que ahora estaba en lo que ya consideraba mi hogar, en la espléndida sala de baile, entre las más importantes familias de Roma. El agradecimiento y el amor a la Madre de Dios, que me había conducido tan cariñosamente por el mundo, inundaban mi alma, mis rodillas se doblaron en una oración; las largas y espesas cortinas me ocultaban a la vista de los demás. Era inmensamente feliz.

La noche pasó; dos días más, y la familia entera abandonó Roma. Habbas Dahdah estaba constantemente machacando con lo que me traería aquel año, el nombre y dignidad de abate. Yo estudiaba con aplicación, casi nunca veía a Bernardo ni a otros conocidos; pasaron semanas, que se convirtieron en meses, y éstos trajeron el día que, una vez concluido el examen, me proporcionó la hopalanda negra y la corta capa de seda.

¡Todo cantaba mi victoria! Los altos pinos y las anémonas recién abiertas, los gritos en las calles y las ligeras nubes que se deslizaban por el cielo azul. Con la negra capa abacial de seda me sentía una persona nueva y más feliz. Además, Francesca me había enviado una libranza de cien scudi para gastos y gustos. En mi alegría subí a la carrera la escalinata española, le arrojé un scudo reluciente a mi tío Peppo y me marché sin oír nada más que «¡Eccellenza, Eccellenza Antonio!».

Eran los primeros días de febrero, los almendros estaban en flor, los naranjos amarilleaban más y más, el alegre carnaval se aproximaba, como si se tratara de una fiesta en honor de mi entrada en el estado abacial, los heraldos a caballo, con trompetas y magníficos palios de terciopelo, ya habían anunciado su llegada. Nunca antes había podido gozar plenamente de aquellas

diversiones, ni había contemplado con tranquilidad aquella imagen de felicidad: liberarse de todas las ataduras. Cuando era niño, mi madre tenía miedo de que pudiera recibir algún daño en aquellas aglomeraciones; por eso sólo veía algunos momentos de toda aquella maravilla, pues se colocaba junto a mí, siempre en una determinada esquina de la calle; como colegial de los jesuitas lo había visto siempre de la misma forma, pues, juntamente con una sección de los demás alumnos, se me autorizaba a subir al tejado plano del edificio anexo, el Palazzo del Doria. Pero participar realmente, poder correr yo sólo de un extremo de la calle al otro, llegar al Capitolio y al Trastevere, en pocas palabras, ir adonde me apeteciera y detenerme donde quisiera, tal cosa no era posible ni pensarla. Nada más natural, en consecuencia, que me sumergiera en la salvaje corriente y disfrutara con todo aquello como un niño. Nunca había pensado ni por asomo en que la aventura más seria de mi vida estuviera a punto de empezar, que un suceso que un cierto momento me ocupó la mente de modo tan absoluto como absoluto fue más tarde mi olvido, y ahora surgiera de nuevo con fuerza y viveza; que la vieja simiente, olvidada y nunca más vista, se mostraría ya como verde y perfumada planta que se enroscaba firmemente al árbol de mi propia vida.

El carnaval era lo único en que pensaba. Visité la Piazza del Popolo, a primeras horas de la mañana, para observar los preparativos del concurso, por la tarde subí y bajé por el Corso contemplando los multicolores disfraces de carnaval, que estaban allí expuestos, y las figuras con máscara y disfraz completo. Alquilé un traje de abogado, que se consideraba uno de los personajes más cómicos, y casi no dormí en toda la noche; tenía que reflexionar bien y estudiar a fondo mi papel.

El día siguiente me parecía una fiesta sagrada; era feliz como un niño. Alrededor, por las callejuelas laterales, los vendedores de confetti instalaban sus mesas y sus bandejas y exponían bien a la vista sus coloristas mercancías; habían barrido a fondo el Corso y en todas las ventanas colgaban tapices multicolores. Hacia las tres, según el modo francés de contar las horas, yo estaba en el Capitolio para disfrutar por primera vez del comienzo de la fiesta. Los balcones estaban repletos de forasteros de importancia; el senador estaba sentado con sus ropajes púrpuras en un trono de terciopelo, y preciosos pajecitos, con plumas y gorritos de terciopelo, se situaban a izquierda y derecha, delante de la pontificia Guardia Suiza. Apareció entonces una multitud de los judíos más ancianos; con la cabeza descubierta se arrodillaron ante el senador. Reconocí al que iba en el centro, era Hanoch, el anciano judío cuya hija había interesado tantísimo a Bernardo. El anciano llevaba la voz cantante, hizo una especie de discurso en el que, siguiendo una antiquísima tradición, solicitó autorización para que él y su gente pudieran permanecer un año más en Roma, en el barrio a ellos asignado; prometió acudir una vez a la iglesia católica y solicitó que, en lugar de correr ellos, según establecían las

antiguas costumbres, por el Corso para júbilo de los romanos, se les permitiera pagar los costes de la carrera hípica, junto con los premios prometidos y los multicolores palios de terciopelo. El senador asintió con un gesto benévolo (la antigua usanza de poner el pie sobre los hombros del suplicante ya se había abolido), y a continuación descendió la escalera en procesión, con acompañamiento completo de música, hasta su hermoso carruaje, en el cual se instalaron también los pajes, iniciando de este modo el carnaval. Las grandes campanas del Capitolio repicaron llamando a la alegría, yo eché a correr hacia mi casa para embutirme a toda prisa el disfraz de abogado. Con él me sentía una persona completamente distinta. Con una especie de satisfacción conmigo mismo recorrí la calle, donde ya me saludó un buen puñado de máscaras. Eran trabajadores pobres, que en aquellos días compartían ocupación con los más ricos aristócratas. Sus atavíos eran de lo más original, y al mismo tiempo baratísimos. Sobre sus ropas habituales llevaban una basta túnica cubierta de cáscaras de limón cosidas, que habían de semejar grandes botones, mientras sobre los hombros y los zapatos llevaban lechugas verdes y una peluca de hinojos, además de grandes gafas, recortadas en cáscaras de naranja.

Amenacé a todos con emprender procesos contra ellos, les enseñé en mi libro pasajes legales que prohibían disfraces del elevado precio de los suyos y después, ovacionado por todos, seguí dando brincos por el largo Corso, transformado de calle en salón de baile. En todas las ventanas, balcones y miradores colgaban tapices de colores, junto a las paredes de las casas había una fila interminable de sillas, «espléndidos lugares para observar», como aseguraba el anunciante. Un carruaje seguía al otro, en su mayor parte llenos de personas disfrazadas, formando dos largas filas, una iba calle arriba y otra calle abajo; algunos incluso llevaban las ruedas envueltas en ramas de laurel, sus coches parecían cenadores móviles, y entre ellos se agitaba la alegre muchedumbre. Todas las ventanas estaban repletas de espectadores. Preciosas romanas vestidas de oficiales, con bigote sobre sus finas boquitas, arrojaban confetti a los conocidos que pasaban por la calle. Les dirigí todo un discurso, las cité ante el juzgado porque no se limitaban a arrojar confeti al rostro, sino también miradas ardientes a los corazones; pero una lluvia de flores premió mi discurso.

Encontré una abuelita toda emperejilada, guiada por su cicisbeo; durante unos instantes, el camino se nos cerró a causa de una pelea entre un grupo de polichinelas, y la buena señora no tuvo más remedio que aguantar mi elocuencia.

—Signora —le dije—; ¿es eso, acaso, cumplir vuestra promesa? ¿Es eso mantener una costumbre romana, católica, como hacer debéis? Ay, Lucretia, Tarqvini Collatini, ¿dó son ahora las amas de hogar? Vos y otras damas de Roma expulsáis a vuestros beneméritos esposos durante los carnavales, los

hacéis marchar a los Exercitia con los monjes del Trastévere. Juráis llevar vida tranquila y religiosa en vuestro hogar mientras el esposo mortifica sus carnes en tiempos de gozo, orando y laborando día y noche entre los muros del convento. ¡Tenéis vos entonces vía libre, y salís con vuestros galanes al Corso y al Festino! ¡Ah, Signora! Os acusaré ante el tribunal de acuerdo con la ley 27, el día 16.

Un enérgico golpe con su abanico en plena cara fue su respuesta pero, a juzgar por lo concienzudo del castigo, es posible que yo hubiera acertado plenamente con la verdad.

—¡Estás loco, Antonio! —me musitó su acompañante, y se largaron en medio de esbirros, griegos y pastorcillas. Aquellas pocas palabras me habían permitido reconocerle, era Bernardo. Pero ¿quién podría ser la señora?

—¡Luoghi, luoghi, patroni! —gritaban los que alquilaban asientos, mi pensamiento estaba alterado, pero quién iba a querer pensar en un día de carnaval. Un grupo de arlequines, con cascabeles en los hombros y los zapatos, bailó a mi alrededor, y un nuevo abogado sobre zancos del tamaño de una persona nos gritaba a todos; cuando descubrió en mí a un colega se burló de la inferioridad de mis posiciones y aseguró que sólo él sería capaz de ganar un caso; en el suelo por donde me arrastraba no existía la justicia; ésta sólo se hallaba en lo más alto, y señaló el elevado espacio en el que se encontraba, y siguió paseando. En la Piazza Colonna había un coro musical; alegres doctores y pastorcillas danzaban felices, incluso en torno a los escasos grupos de soldados que, para mantener el orden, caminaban mecánicamente calle arriba y calle abajo entre los carruajes y la muchedumbre; allí comencé un nuevo discurso, pero llegó un escribano y se acabó, pues su pendolista, que iba por delante con la gran campana, me atronó los oídos de tal forma que no conseguía ni oír mis propias palabras; y en ese momento, además, sonó el cañonazo que indicaba que todos los carruajes debían abandonar la calle, pues por hoy acababa el carnaval.

Me senté en uno de los andamios. A mis pies bullía la muchedumbre, que no hacía caso alguno a los soldados, que exigían que se hiciera espacio para los caballos, que enseguida empezarán a correr por la calle, en la que no había tabiques que delimitaran un camino especial para ellos.

Al final de la calle, en la Piazza del Popolo, situaron a los caballos ante la barrera. Parecían todos medio salvajes. En el lomo les habían adherido una esponja de yesca ardiendo, pequeños cohetes detrás de las orejas y en los costados placas sueltas de hierro, que al correr los agujoneaban hasta hacerles sangrar. Los mozos de caballos apenas conseguían retenerlos, sonó entonces el cañonazo, cayó la cuerda que hacía de barrera y echaron a correr como un vendaval, pasaron delante de mí Corso arriba. El chisporroteo crepitaba, las

crines y las cintas de colores revoloteaban al aire, las chispas centelleaban por el suelo, toda la muchedumbre gritaba violentamente, y en un abrir y cerrar de ojos habían pasado y la masa volvía a inundar el pasillo, igual que el mar que se cierra tras la quilla del navío.

Por hoy, la fiesta había terminado. Volví de prisa a casa para quitarme el disfraz, y en la habitación encontré a Bernardo, que me estaba esperando.

—¡Tú aquí! —exclamé—. ¿Y tu damisela, en qué lugar del mundo la has abandonado?

—¡Silencio! —dijo, amenazándome en broma con el dedo—. No convirtamos esto en una causa de honor entre tú y yo... ¡Cómo pudiste tener la absurda ocurrencia de decir lo que dijiste!... Pero demos la absolución y un acto de contrición. Esta noche vienes conmigo al Teatro Alibert, dan la ópera Dido, ¡dicen que es una música divina! Y asistirán bellezas de primera categoría, y además hay una cantante extranjera que hará el papel de protagonista, parece que ha prendido fuego a Nápoles entero; dicen que tiene una voz, una expresión y una forma de actuar que ni imaginar podemos, y además es guapa, guapísima, según dicen. Tienes que llevarte un lápiz; porque si corresponde con la descripción que me han dado, te entusiasmarás tanto que compondrás magníficos sonetos. He guardado los últimos ramos de violetas del carnaval para ofrecérselos, si me gusta tanto como imagino.

Yo estaba encantado de acompañarlo, estaba dispuesto a apurar hasta la última gota del alegre carnaval. Fue una gran velada para ambos. En mi ejemplar del Diario Romano, la fecha del 3 de febrero está subrayada dos veces. Bernardo podía tener motivos para hacer lo mismo.

Fue en el Teatro Alibert, el primer teatro de la ópera de Roma; fuimos a ver a la nueva cantante interpretar a Dido. El magnífico techo donde vuelan las musas, el telón con el Olimpo entero y los dorados arabescos de los palcos eran completamente nuevos. Todo estaba repleto de gente, desde la platea hasta el quinto piso; en cada uno de los palcos ardían velas en candelabros, todo lucía deslumbrante como un mar de luz. Bernardo dirigía mi mirada hacia cada nueva beldad que entraba en un palco y decía una docena de maldades sobre las feas.

Comenzó la obertura. Era, en notas, la escena de introducción a la obra. La salvaje tormenta soplaba sobre el mar y empujaba a Eneas hasta las costas de Libia. El torbellino de la tormenta se disolvió en mansos himnos que se fueron elevando hasta convertirse en júbilo, y con las suaves notas de la flauta me soñé en el despertar del amor, un sentimiento que aún desconocía. El corno resonó, la tormenta se elevó de nuevo y yo me reuní con los amantes en la misteriosa gruta donde una viola tañía el amor, una fuerte pasión sonora que se rompía en profunda disonancia, momento en el que se alzó el telón. Eneas

quería marcharse, ganar el reino de Hespéride para Ascanio, abandonar a Dido, que lo había acogido, siendo como era un simple extranjero, que había sacrificado ante él su honor y su paz; ella aún no lo sabe, «pero pronto romperá el trueno», dice él, «pronto, cuando el ejército de Teucro se acerque a la playa, cargado de botín, como las negras turbas de las ciénagas».

Entonces aparece Dido. En el momento mismo en que entró en escena se hizo un profundo silencio en todo el público; todo su ser, su porte majestuoso y al tiempo deliciosamente ligero, conmovieron a todos, también a mí, y sin embargo ella no era como yo había imaginado a Dido. Allí estaba, una criatura tierna y deliciosa, infinitamente bella y espiritual, como Rafael habría imaginado una mujer. Negros como el ébano se derramaban sus cabellos sobre la hermosa y curva frente, los ojos oscuros, llenos de expresión. Una enorme ovación se alzó del teatro, era la belleza lo que aplaudían, sólo la belleza, pues aún no había cantado ni una nota. Vi claramente el rubor volando sobre su frente, hizo una reverencia a la muchedumbre asombrada, que en profundo silencio siguió un instante después su recitativo de sin igual belleza.

—¡Antonio! —exclamó Bernardo casi en voz alta, agitándome por el brazo—, ¡es ella! O he perdido la razón o es ella, ¡miavecilla huida! ¡Sí, sí, no puedo equivocarme, la voz es también suya! ¡La recuerdo demasiado bien!

—¿A quién te refieres? —pregunté.

—¡La muchacha judía del gueto! —me respondió—. ¡Pero parece imposible, totalmente imposible! ¡No puede ser la misma!

Se quedó mudo, extasiado en la contemplación de aquel ser silfídico de asombrosa belleza. Ella cantaba la felicidad de su amor; era un corazón que exhalaba notas musicales, el puro y profundo sentimiento que en las alas de la música se despegaba del pecho humano. Una extraña melancolía se adueñó de mi alma, como si aquellas notas quisieran evocar los más hondos recuerdos terrenales, y yo también exclamé, como Bernardo: ¡Es ella! Sí, la persona en la que nunca había pensado durante años y años, con la que jamás había soñado siquiera, se hallaba ahora ante mis ojos, asombrosamente viva, como en mi niñez, cuando prediqué una Navidad en la iglesia de Aracoeli, aquella niña de constitución extrañamente delicada y con aquella voz extrañamente sonora, que había ganado el premio por delante de mí; pensé en ella, y cuanto más vi y oí aquella noche, tanto mayor era la seguridad de mi mente: «¡Es ella, ella, no puede ser nadie sino ella!».

Más tarde, Eneas le confiesa que se marcha, pues no están casados, él nunca le ofreció las nupciales teas. De qué forma tan magistral supo ella expresar el cambio acaecido en su alma, la sorpresa, el dolor, la furia; y ahora cantó su gran aria; ¡parecían olas surgidas de las profundidades, que golpeaban las nubes! ¿Cómo podría yo expresar todo aquel mundo de notas que allí se

manifestó? Mi mente buscaba una imagen corpórea para aquellas notas, que no parecían surgidas de un pecho humano, y vi al cisne exhalando su vida en un canto: ora golpeaba con sus alas las elevadas corrientes del éter, ora se hundía en el profundo mar y desgarraba con sus garras la espuma, para alzarse de nuevo. Un unánime ¡bravo! resonó en todo el edificio. «¡Annunziata! ¡Annunziata!», gritaban, y la cantante tuvo que salir una y otra vez ante la multitud entusiasmada.

Y sin embargo aquella aria no fue nada en comparación con el dúo del segundo acto, donde suplica a Eneas que no se marche todavía, que no la abandone así; a ella, que por él ultrajó a las tribus de Libia, «a los príncipes de África, su honor y fama». «¡Yo no envié mis naves contra Troya, ni perturbé los manes ni las cenizas de Anquises!» Su expresión entera estaba llena de verdad y de dolor, me hizo saltar lágrimas a los ojos, y el profundo silencio a mi alrededor dejaba ver que todos los corazones sentían lo mismo.

Eneas la abandona y por un instante queda pálida, fría como el mármol, como una Niobe, pero enseguida vuelve a correr la sangre por sus venas, ya no es Dido, la amorosa, cálida Dido, la esposa abandonada, ahora es una furia, su belleza respira muerte y veneno; Annunziata supo cambiar su expresión toda, helar de miedo a todos los presentes, nadie podía evitar el respirar y padecer con ella.

Leonardo da Vinci pintó una cabeza de Medusa, está en la Galería de Florencia. Todos se sienten sobrecogidos al verla, y nadie puede dejar de mirarla. Es como la espumeante ola del abismo en las más bellas formas, la profundidad que con víboras y ponzoña ha creado una Venus de Médicis. La mirada, incluso la posición de la boca, respiran muerte, igual que Dido en aquel momento para nosotros.

Se veía la pira que había erigido su hermana Ana, el jardín cubierto de negras coronas mortuorias, a lo lejos navega el bajel de Eneas sobre el mar agitado. Dido tiene el arma que Eneas olvidó, su canto es grave y pesado y vuelve a adquirir altura y fuerza, como el lamento del ángel caído. La pira se inflamó en llamas, el corazón rompió en notas.

La ovación atronó como una tempestad cuando cayó el telón. Todos estábamos fuera de sí, llenos de admiración por aquella suprema artista, su belleza y su voz indescriptiblemente hermosa.

«¡Annunziata! ¡Annunziata!», sonó desde la platea y desde los palcos, y se levantó el telón y allí estaba ella, tímida y bellísima, sus ojos llenos de amor y dulzura. Sobre ella llovían las flores, las damas agitaban sus pañuelos blancos y los caballeros gritaban entusiasmados su nombre; bajó el telón pero la ovación pareció redoblarse, hubo de salir de nuevo, dando la mano al intérprete de Eneas, pero una y otra vez seguía sonando el mismo grito:

«¡Annunziata!»; apareció con toda la compañía que había contribuido a su triunfo, mas de nuevo gritó la audiencia su nombre, y la cuarta vez apareció sola y agradeció con unas pocas palabras cordiales el estímulo que se concedía a su talento. En mi entusiasmo, yo había escrito algunas líneas en un papel; entre flores y coronas llegaron volando hasta sus pies.

El telón no se volvió a levantar, pero el mismo griterío continuaba sin cesar; todos querían volver a verla, seguir rindiéndole homenaje. Apareció entonces por un extremo del telón, fue caminando junto a las bambalinas y enviando besos y gracias a la muchedumbre entusiasmada. La alegría brillaba en sus ojos y todo su semblante dejaba apreciar una felicidad que me siento incapaz de describir, aquél era sin duda uno de los instantes más felices de su vida. ¿Pero no sucedía tal vez lo mismo en mi propio semblante? Yo compartía con ella la alegría, igual que compartía con todos aquella aclamación; mis ojos, mi alma entera, bebían su imagen; yo no veía ni pensaba en nada; sólo existía Annunziata.

La muchedumbre abandonó el teatro, yo me vi arrastrado por la corriente que se movió dando vuelta a la esquina, hasta donde se encontraba el carruaje de la cantante; me aplastaban contra la pared. Todos querían verla una vez más. Todos se quitaron el sombrero. Yo también grité con ellos, y mi corazón se sintió henchido al hacerlo. Bernardo había conseguido acercarse a empujones hasta la puerta del coche y la abrió para que ella entrase. Vi cómo en un abrir y cerrar de ojos soltaron los caballos, y los entusiasmados jóvenes agarraron el mástil para arrastrar el coche ellos mismos; ella les dio las gracias y con voz temblorosa les pidió que lo dejaran, pero sólo su nombre, en inmenso júbilo, resonaba en la calle. Bernardo subió al estribo del coche y la tranquilizó, yo también agarré el mástil y me sentí tan feliz como los demás. Pero demasiado pronto acabó todo, como en un bello sueño.

Tuve la gran suerte de toparme con Bernardo; él había podido hablar con ella, había estado muy cerca de ella.

—Bueno, ¿qué dices ahora, Antonio? Si no sientes aún conmovido tu corazón y si no ardes hasta la médula de tus huesos, es que no mereces que se te llame hombre. ¿Comprendes ahora que la amase desde la primera vez que la vi? ¿Entiendes ahora, cuando tú mismo has sido iluminado por su luz, que yo quisiera llevarte hasta su casa, y que valiese la pena aprender hebreo para poder estar al lado de una criatura como ella? Sí, Antonio, no tengo la menor duda, por muy incomprensible que pueda parecer todo, ¡ella es mi muchacha judía! Fue ella la que vi hace un año en casa del viejo Hanoch, fue ella la que me sirvió el vino de Chipre y desapareció. La tengo otra vez, está aquí, como una espléndida Ave Fénix surgida de su nido: el horrible gueto.

—Eso es imposible, Bernardo —respondí—. También en mí despierta

recuerdos que hacen imposible que sea judía. Ciertamente, pertenece a la única iglesia redentora. Si la hubieras observado bien, como hice yo, habrías visto que no son hebreas sus formas ni sus rasgos, no tienen la marca de Caín de esa maldita e infeliz nación. La lengua misma, esas notas, no, no podían brotar de labios judíos. ¡Oh, Bernardo, me siento tan feliz, tan lleno del mundo de la música, ella ha penetrado hasta el fondo de mi alma...! Pero ¿qué dijo? ¡Hablaste con ella! ¡Estuviste al lado mismo del coche! ¿Se sentía realmente feliz, con esa felicidad que nos ha hecho sentir a todos?

—¡Vaya si estás entusiasmado, Antonio! —exclamó él. ¡Se está evaporando la astucia adquirida en la escuela jesuítica!... ¿Qué dijo? Estaba atemorizada y orgullosa a un tiempo de que vosotros, pobres chavalillos, quisierais arrastrar su coche por toda la calle. Se cubrió el rostro con el velo y se acurrucó en un rincón del carruaje; yo la tranquilicé y le dije todo lo que mi corazón habría podido decir a la reina de la belleza y la inocencia; pero ni siquiera aceptó mi mano cuando quise ayudarla a salir.

—¿Pero cómo pudiste hacer tal cosa, si no la conoces? ¡Yo jamás habría sido capaz de tamaña insolencia!

—Bueno, tú no conoces el mundo, ni a las mujeres. ¡Ella se fijó en mí, lo que ya es algo!

Tuve que recitarle el poemita que le dediqué; le pareció espléndido, había que publicarlo en el Diario di Roma. Chocamos nuestras copas y bebimos a la salud de Annunziata. En el café, todos hablaban de ella. Todos, igual que nosotros, eran incansables en sus alabanzas. Era ya tarde cuando me despedí de Bernardo; volví a casa pero ni pensar en dormir, me sentí feliz reviviendo en mi alma la ópera entera, la primera aparición de Annunziata, el aria, el dúo, esa escena final asombrosamente emocionante. En mi arrobamiento, rompí en aplausos y grité su nombre. Luego recorrí mentalmente mi poema, lo escribí en un papel y me pareció bello, lo recité un par de veces para mí y, a fuer de sincero, he de decir que el amor hacia ella llenaba demasiado el poema y ahora, después de muchos años, lo veo con ojos completamente distintos; en aquel momento me parecía una obra maestra. Seguramente lo habrá recogido, pensé, y ahora está medio desvestida sobre el blando sofá de seda, con su precioso brazo bajo la mejilla, leyendo lo que garabateé en el papel:

Contigo mi alma en terrenal desmayo,
con noble andar del Dante sólo propio;
en notas por los cielos, y en abismos
me arrastraron tu canto y tu mirada.

Lo que Dante hizo en piedra con palabras

en el alma con notas tú grabaste.

Yo no conocía mundo más rico y bello que el de la poesía de Dante, pero ahora tenía la sensación de que aquel mundo recién descubierto poseía para mí una vida más alta, una claridad mucho mayor que antes; su canto, su mirada, el dolor y la desesperación que había sabido representar, reproducían plenamente el tritono de la poesía dantesca. ¡Mi poema le parecerá bello! Imaginé lo que pensaría, que desearía conocer al autor, y casi creo que antes de dormirme estaba en realidad, al pensar en ella, atareado sobre todo conmigo mismo y con mi pequeño e insignificante poema.

XI

Bernardo como deus ex machina. La prova d'un opera seria. Mi primera improvisación. El último día de carnaval

A la mañana siguiente no vi a Bernardo por ningún sitio, lo busqué sin éxito; pasé varias veces por Piazza Colonna, no para ver la columna de Antonino, sino para poder descubrir aunque fuera una manga del vestido de Annunziata; vivía allí, en su casa había forasteros, ¡felices ellos! Oí un piano y presté toda mi atención, pero no era Annunziata quien cantaba; un bajo profundo hizo algunos gorgoritos, debía de ser el maestro de capilla o alguno de los cantantes de la compañía. ¡Qué suerte tan envidiable! ¡Quién estuviera en el lugar del que representaba a Eneas, quién pudiera ver sus ojos tan de cerca, beber aquella mirada de amor, volar de ciudad en ciudad, cosechar admiración y honores! Me quedé pensativo. Arlequines con cascabeles, polichinelas y ogros danzaban a mi alrededor, había olvidado por completo que era carnaval, que ya era hora de comenzar el nuevo día. La multicolor muchedumbre, el ruido y el griterío me causaban ahora una desagradable impresión. Los coches pasaban a toda prisa; casi todos los cocheros iban ataviados con ropas de mujer, pero me resultaba demasiado chillón; aquellas negras patillas bajo la capa femenina; los movimientos duros, todo me parecía pintado en colores chillones, incluso asquerosos. No me sentía predispuesto a la alegría como el día anterior. Dejé que el gentío se alejara y dirigí mi mirada por última vez a la casa en la que vivía Annunziata, cuando Bernardo salió por el portal y se dirigió hacia mí, gritando sonriente:

—¡Pero ven! ¡No te quedes ahí! ¡Voy a presentarte a Annunziata, te está esperando! Ya ves, es una muestra de amistad que te hago.

—¿Que ella...? —balbuceé, la sangre zumbando en mis oídos—. ¡No te burles de mí! ¿Adónde quieres llevarme?

—Con ella, con la que tú cantaste —respondió—; con la mujer por quien todos enloquecemos, con la divina Annunziata —y me arrastró con él hacia el portal.

—Pero explícame cómo has llegado tú hasta ella, cómo es que me puedes llevar a su casa.

—¡Luego, luego te lo contaré todo! —respondió—. Ahora procura poner cara alegre.

—¡Pero mi ropa! —balbucí, intentando atusarme lo mejor posible.

—¡Oh, estás guapísimo, amigo! ¡Un auténtico cielo! Bueno, esta es la puerta.

Se abrió y me encontré ante Annunziata. Llevaba un vestido negro de seda, un velo de gasa, medio rojo y medio azul, colgaba sobre su pecho y sus hombros, el cabello negro como la pez estaba peinado hacia atrás y dejaba al descubierto la alta frente en la que colgaba una joyita negra que semejaba una piedra antigua. A cierta distancia de ella, delante de la ventana, estaba sentada una dama de edad vestida con unas modestas ropas de color marrón oscuro; sus ojos, la forma del rostro decían ya a primera vista que era judía; pensé en las palabras de Bernardo, que Annunziata y la bella del gueto eran la misma persona, pero, cuando miré a Annunziata, mi corazón volvió a decirme que era imposible. En el salón había también un caballero al que no conocía, se puso en pie, ella lo imitó y se acercó a mí sonriente, cuando Bernardo me hizo dar un paso al frente y dijo con tono burlón:

—Mi graciosa Signora, tengo el honor de presentarle a mi amigo el poeta, el destacado abate Antonio, favorito de la familia Borghese.

—Perdone el Signore —dijo ella—; pero en verdad no es culpa mía que lo importuno presentándome a usted, por muy encantada que esté de conocerlo. Usted me ha hecho el honor de componer un poema para mí —continuó, ruborizándose—; su amigo mencionó que era usted el autor y prometió presentármelo. De repente lo ve a usted en la calle y me dice: «Enseguida se lo presento» y sale corriendo antes de que yo pueda decir nada para evitarlo... porque de este modo... pero usted conoce a su amigo mejor que yo, ¿no es cierto?

Bernardo hizo alguna broma al respecto, yo conseguí balbucir una excusa y algunas pocas palabras sobre mi buena suerte, mi alegría por serle presentado.

Me ardían las mejillas, ella extendió su mano y en mi arrobamiento yo la apreté contra mis labios. Me presentó al señor desconocido, que era el maestro de capilla de la compañía. A la señora anciana la llamó madre adoptiva, pero ésta

nos miró muy seria, casi con severidad, a Bernardo y a mí, aunque yo enseguida lo olvidé ante la amabilidad de Annunziata y su buen humor. El maestro de capilla dijo también algo complaciente sobre mi poema y me dio la mano mientras me animaba a escribir libretos de ópera, empezando con uno para él.

—¡No le haga caso! —interrumpió Annunziata—. ¡No tiene ni idea de la vida miserable a la que lo arrastraría! Los compositores no piensan en sus víctimas, y el público aún menos. Esta noche, en La prova d'un opera seria tendrá ocasión de ver el retrato de un pobre autor, ¡y ni siquiera está pintado en toda su crudeza!

El director intentó objetar algo, Annunziata rio y se acercó a mí.

—Usted escribe una pieza —dijo—, vierte su alma entera en los más bellos versos. La unidad, los personajes, todo lo ha pensado a fondo, pero entonces llega el compositor, que tiene sus propias ideas, que son las que han de prevalecer; las de usted, fuera, él quiere gaitas y tambores, y usted tiene que danzar a su son. La Prima donna dice que no canta a menos que se añada un aria con la que pueda hacer una aparición deslumbrante; quiere un furioso maestoso, será responsabilidad de usted conseguir que encaje en algún sitio. El Primo tenore tiene exigencias parecidas. ¡Hay que ir de la prima a la tertia donna, bajos y tenores se inclinan zalameros, soportan todo lo que nuestro humor les eche encima, que no es poco!

El maestro de capilla intentó interrumpir pero Annunziata no lo permitió, y continuó:

—Llega entonces el director, sopesa, escoge y rechaza, y usted habrá de ser su humilde servidor por muchas tonterías e insensateces que le diga. El jefe de tramoyistas asegura que las instalaciones del teatro no permiten ese arreglo, esa decoración, y que no quieren pintar la nueva; así que también habrá usted de cambiar esto y aquello, lo que en el argot teatral se dice «retorcerlo». El pintor del teatro no permite que se introduzca ese decorado en su nueva decoración, la réplica relacionada con él habrá que retorcerla también. Y la Signora no puede hacer trémolos en la sílaba en la que termina uno de los versos, quiere un La. ¡Que lo saque de donde pueda! Hay que retorcer, y el texto se retuerce, y cuando por fin el conjunto final, que para usted es como una criatura nueva, revolotea por la escena, usted podrá tener el placer de oír que lo silban y que el compositor aúlla: «¡Es culpa de ese asqueroso libreto, que lo ha echado todo a perder! ¡Las alas de mis notas no podían sostener esa mole, tenía que caer!»...

Hasta nosotros llegó alegre la música de la calle; las máscaras de carnaval zumbaban por toda la plaza y por las calles adyacentes. Grandes exclamaciones de alegría, aplausos incluidos, nos atrajeron a todos hacia la

ventana, que estaba abierta. En aquel momento, tan cerca de Annunziata, satisfechos de forma tan repentina los primeros deseos de mi corazón, me sentía infinitamente feliz, y el Carnaval volvió a parecerme alegre como el día anterior, cuando yo mismo participé de su alegría.

Debajo de la ventana se habían congregado más de cincuenta polichinelas; eligieron a su rey, que subió a un pequeño carronato lleno de colgaduras de palios de colores, guirnaldas de laurel y cáscaras de limón que aleteaban como si fueran cintas y cordones. El rey subió al carro, sobre su cabeza pusieron una corona de huevos dorados, pintados de muchos colores, le entregaron el cetro, un enorme sonajero adornado con macarrones, y todos bailaron a su alrededor mientras él saludaba constantemente con la cabeza a uno y otro lado; entonces se uncieron ellos mismos a su carro para arrastrarlo por las calles. En ese momento, los ojos del rey descubrieron a Annunziata, la reconoció y la saludó con familiaridad gritando mientras se alejaba: «¡Tú ayer, hoy yo, el carro tirado por pura sangre romana!». Vi que Annunziata se ponía roja como la sangre y retrocedía un paso, pero, recuperada al instante, se inclinó sobre la barandilla del balcón, saludó con un amable gesto, y le gritó a su vez: «¡Da las gracias a tu buena estrella, lo mereces tan poco como yo!».

La habían visto, habían oído las palabras del rey y la respuesta de Annunziata, un ¡Viva! resonó en el aire y ramos de flores volaron hacia ella; uno de ellos dio en su hombro y cayó en mi pecho; lo apreté con fuerza: era un tesoro que no quería perder.

Bernardo estaba indignado, según dijo, por la desvergüenza del rey polichinela, pretendía bajar inmediatamente a escarmentar a aquel individuo, pero el maestro de capilla, ayudado por los demás, lo detuvo, y calificó todo lo sucedido como una simple broma.

El criado anunció al primer tenor, que venía acompañado de un abate y un artista extranjero que quería ser presentado a Annunziata. Un instante después llegaron nuevas visitas: artistas extranjeros, que se presentaron ellos solos, y que venían a ofrecerle sus respetos. Éramos toda una compañía; se habló del divertido Festino la noche anterior en el teatro Argentina, de las máscaras artísticas de estatuas famosas: Apolo Musagetes, los gladiadores y los discóbolos. La única persona que no participó en la conversación era la anciana señora que yo había tomado por judía; seguía sentada en silencio, ocupada haciendo calceta y limitándose a asentir muy levemente cuando Annunziata se dirigía a ella, lo que hizo varias veces.

¡Qué distinta era Annunziata a como la había imaginado mi alma al verla y oírla la noche anterior!; allí en su hogar parecía una criatura feliz de la vida, ¡casi demasiado! Pero también aquello le sentaba magníficamente, y me parecía asombroso que supiera hechizarnos a todos por sus sutiles

comentarios, medio en broma, y por la forma inteligente y aguda con que sabía expresarse. De repente miró su reloj, se puso en pie y se excusó diciendo que había de arreglarse, pues esa noche haría su aparición como Prima donna en *La prova d'un opera seria*. Con una amistosa inclinación de cabeza se dirigió a una de las habitaciones.

—¡Qué feliz me has hecho, Bernardo! —le dije en voz bien alta cuando nos hallamos de nuevo en la calle—; ¡qué dulce es, dulce como su canto y su interpretación! Pero ¿cómo, por todos los santos, llegaste hasta ella, cómo hiciste amistad con ella en tan breve tiempo? No lo comprendo, todo me parece un sueño, incluso el haber estado aquí yo mismo.

—¿Que cómo he llegado hasta ella? —respondió—; oh, muy sencillo; pensé que era mi obligación hacerle los honores, como uno de los jóvenes nobili de Roma, como oficial de la guardia de honor del Papa y como admirador de todo lo bello. El amor no tiene que ocupar el primer lugar como motivación para hacer estas cosas. De modo que allá fui, y no cabe duda de que me sé presentar a mí mismo tan bien como esos que viste llegar sin nadie que los anunciara ni los introdujera. Cuando estoy enamorado me vuelvo interesante, y además has de saber que se me da muy bien entretener. Al cabo de media hora nos conocíamos ya suficientemente bien para poderte llevar conmigo en cuanto apareciste.

—¿La amas? —pregunté—. ¿Realmente la amas?

—¡Sí, y ahora más que antes! —exclamó—. Y la afirmación que te hice, de que se trata de la muchacha que me sirvió el vino en casa del anciano judío, no me cabe la menor duda de que es cierta; me reconoció cuando me presenté, lo noté claramente; hasta la anciana matrona judía, que no dice una palabra pero que se dedica a llevar el ritmo con la cabeza, es el sello salomónico de la verdad de mi suposición. ¡Pero Annunziata no es judía! Fueron su cabello negro, sus ojos oscuros, el ambiente y el lugar donde la vi por vez primera los que me confundieron. Tu suposición es más acertada: pertenece a nuestra fe e irá a nuestro Paraíso...

Habíamos acordado reunirnos por la tarde en el teatro; el gentío era enorme, inútilmente busqué a Bernardo, no había forma de encontrarlo. Conseguí una plaza, a mi alrededor todo estaba completo, hacía un calor opresivo, mi sangre estaba ya en una especie de extraña agitación, tenía la sensación casi de haber soñado los sucesos de los dos últimos días. Todo era como un sueño. No había obra menos apropiada para devolver el equilibrio a mi agitado espíritu que la que estaba a punto de comenzar. La ópera bufa titulada *La prova d'un opera seria*, es fruto, como bien se sabe, del humor más fantástico y excesivo; prácticamente no existe hilo alguno que recorra la obra en su conjunto, poeta y compositor sólo pensaron en producir risas y dar a los

cantantes una oportunidad de destacar. Hay una bienhumorada y sentimental Prima donna, un compositor que actúa en el mismo estilo, y un personaje tras otro consistentes todos en personal del teatro, ese peculiar género de persona a la que hay que tratar con mucho cuidado, más o menos como al veneno, que puede matar y curar. El pobre poeta da saltitos en medio de unos y otros, como sufriente víctima menospreciada.

Ovaciones y coronas de flores saludaron a Annunziata en cuanto salió a escena; su humor, su alegría, lo calificaban de arte excelso, para mí era la auténtica naturaleza: así, exactamente así, la había visto en su casa, y cuando sonó su canto, como mil campanas de plata que se transformaban en tenues armonías, los corazones bebieron la alegría que cantaba, la alegría que brillaba en sus ojos. El dúo entre ella e il compositore della musica, donde intercambiaban papeles, de modo que ella era el hombre y él la señora, fue un triunfo para el virtuosismo de ambos, pero todo el mundo se sintió especialmente impresionado por cómo pasaba del contralto más grave hasta el más agudo soprano. En su leve y preciosa danza se asemejaba a la Terpsícore de los vasos etruscos, cada uno de sus movimientos podía ser obra de un pintor o un escultor. Toda aquella espléndida viveza me parecía un desarrollo de su propia personalidad, que yo había podido descubrir ese mismo día. Para mí, la representación de Dido era un estudio artístico, su Prima donna, en esa velada, era la más excelsa subjetividad.

Sin especial coherencia se insertaban números de otras obras, muy ovacionados; la picardía con que ella los cantaba los hacía parecer naturales; era la alegría rebotante, la burla, lo que la empujaba a tan espléndidas actuaciones.

Hacia el final de la pieza, el compositor asegura que todo está perfecto, que la obertura puede comenzar, distribuye la música a la verdadera orquesta, ayudado por la Prima donna; se da la señal y los dos atacan con los alaridos más espeluznantes y las disonancias más desgarradoras, y ellos mismos aplauden «¡Bravo, bravo!», y el público con ellos. La risa casi ahogaba la música, pero yo estaba emocionado en lo más hondo y me sentía preso de una exaltación casi enfermiza. Annunziata era una niña exagerada pero adorable en su exageración. Resonó su canto, como los salvajes ditirambos de las bacantes, ni siquiera en la alegría podía ser yo como ella, su entrega era espiritual, bella y grande, y al verla hube de pensar en la bella cúpula pintada por Guido Reni: Aurora, con las diosas del tiempo danzando en torno al carro del sol; una de ellas guardaba un parecido asombroso con el retrato de Beatrice Cenci, pero en el momento más feliz de su vida, y esa misma expresión la volvía a descubrir yo en Annunziata; si hubiera sido escultor le habría dado forma en la piedra, y el mundo habría titulado a la estatua «Alegría inocente». La orquesta atronaba cada vez más aguda en feroces

disonancias; el compositor y la Prima donna cantaban; «¡magnífico!», y en un momento dado gritaron «¡la obertura ha concluido, levantad el telón!» y éste bajaba, la ópera bufa había terminado. Pero, igual que el día anterior, Annunziata hubo de salir nuevamente, hacia ella volaron coronas de flores, poemas con ondeantes cintas. Una parte de mis coetáneos, a algunos de los cuales conocía, decidieron ofrecerle una serenata esa misma noche, y yo fui con ellos; hacía una eternidad desde la última vez que había cantado.

Una hora después de que Annunziata hubiera vuelto a su casa, nuestra cuadrilla atravesó la Piazza Colonna; los músicos se dispusieron bajo el balcón, en el que aún se veía luz tras los largos cortinajes; toda mi alma estaba agitada, sólo pensaba en ella, mi canto se mezcló osado al de los demás, hice un solo y, al cantar, se borró todo el mundo, sólo existía mi propio canto, mi voz alcanzó una fuerza, una pureza que nunca había imaginado poseer. Quienes me rodeaban no pudieron reprimir un débil ¡bravo!, pero fue suficiente para mí, para llamar mi atención hacia mi propio canto; una extraña alegría se abrió paso en mi pecho. Sentí al Dios que se agitaba en mí, y cuando Annunziata se dejó ver en el balcón, inclinándose profundamente y dándonos las gracias, sentí que todo iba dirigido solamente a mí; me oí a mí mismo por encima del coro, cómo aleteaba mi voz, como si se tratara del alma que anima en el cuerpo de la música. En una embriagada exaltación regresé a mi casa, mi mente sobrecogida sólo podía soñar con la alegría de Annunziata ante mi canto. Me había asombrado de mí mismo.

Al día siguiente le rendí visita; encontré a Bernardo y otros conocidos, que ya se encontraban allí. Estaba entusiasmada por la preciosa voz de tenor que había oído en la serenata, y yo me puse rojo como la sangre. Uno de los presentes reveló que era yo el cantor, y entonces ella me arrastró hasta el piano y me exigió que cantara con ella a dúo. Me quedé como si me hubieran ordenado subir al patíbulo, dije que me pedía un imposible, pero Bernardo protestó de que quisiera privarles del placer de oír a la Signora; ella me tomó de la mano y fui pájaro cazado: de nada serviría agitar las alas, no tenía más remedio que cantar. Era un dúo que yo conocía; Annunziata comenzó y elevó su voz; con notas temblorosas inicié yo mi adagio, su mirada descansaba sobre mí, como diciendo «¡Ánimo, ánimo! ¡Sígueme al mundo de la música!» y sólo pensé entonces en él y en Annunziata, sólo con ella soñé. Mi temor desapareció y acabé mi intrépido canto. Una ovación atronadora nos saludó a ambos, incluso la anciana silenciosa me hizo un gesto de cariño.

—¡Pero hombre! —musitó Bernardo—. ¡Me has dejado asombrado! —y entonces contó a todos que yo poseía otro talento más, igual de hermoso, pues era improvisador, y que les daría a todos una alegría demostrándoselo. Toda mi alma estaba agitada al verme alabado por mi canto y, seguro de mis propias fuerzas, sólo hacía falta un ruego de Annunziata, y por primera vez en mi edad

adulta tuve la osadía suficiente para lanzarme a improvisar; tomé su guitarra y ella me proporcionó el tema, una palabra: «Inmortalidad». Reflexioné un poco sobre tan rico tema, hice unos acordes y comencé mi poema, que iba naciendo en lo más hondo de mi alma. Mi genio me condujo por el Mediterráneo de azufrados azules hasta los feraces valles de Grecia, Atenas estaba en ruinas, la higuera silvestre crecía sobre los capiteles derruidos y el espíritu suspiraba: pues antaño, en los días de Pericles, el alegre gentío se movía bajo los grandes soportales, era la fiesta de la belleza, hermosas mujeres danzaban con coronas por las calles y los vates recitaban en alta voz que lo bello y lo bueno jamás desaparecerían. Ahora, las nobles hijas de la belleza eran sólo polvo confundido con el polvo, olvidadas estaban las formas que entusiasmaron a una estirpe feliz; y mientras mi genio lloraba sobre las ruinas de Atenas, surgían de la tierra espléndidos cuadros creados por la mano de los artistas, magníficas diosas adormecidas en ropajes de mármol, y mi genio conoció a las hijas de Atenas, belleza enaltecida en divinidad, conservadas en el blanco mármol para generaciones futuras. Inmortal, cantó mi genio, es la belleza, mas no la fuerza y el poder terrenales, y se deslizó luego sobre el mar hasta Italia, hasta la ciudad eterna que silenciosa se agitaba desde las ruinas de la urbe imperial por toda la antigua Roma. El Tíber agitaba sus amarillentas olas, y donde en otro tiempo caminó Horacio Cocles se hallaba ahora la gabarra que llevaba a Ostia aceite y madera. Donde, en el Foro, Curcio se arrojó al abismo, paseaba ahora el ganado entre altas hierbas. ¡Augusto y Tito! Nobles nombres recordados ya sólo por sus templos y sus arcos derruidos. Las águilas de Roma, aves del poderoso Júpiter, yacían muertas en su nido. ¿Dónde quedó tu inmortalidad?

Llameó el rayo del águila, el rayo atraviesa la Europa que se despereza. El trono derrocado de Roma deviene Cátedra de San Pedro y los reyes acuden descalzos a la ciudad santa: Roma, dominadora del mundo. ¡Mas con el correr de los siglos retumba la muerte! Muerte para todo cuanto la mano asir puede, para cuanto el ojo terrenal puede contemplar. ¿Pero puede herrumbrarse la espada de Pedro? ¡Águilas echan a volar desde poniente y levante! ¿Puede acaecer lo imposible? Pero Roma se alza aún orgullosa sobre sus ruinas, con los dioses de la antigüedad y las sagradas imágenes que rigen el mundo con las eternas, elevadas artes. A tus colinas, Roma, peregrinarán siempre los hijos de Europa; desde el este y el oeste, desde el frío norte acudirán hasta aquí y los corazones confesarán: «¡Roma! ¡Tu poder es inmortal!».

Una ovación atronadora me saludó al terminar la estrofa; sólo Annunziata, silenciosa y bella como una estatua de Venus, no movió ni una mano, limitándose a mirarme a los ojos con una mirada tan noble que llenó el mudo lenguaje del corazón y las palabras brotaron de mis labios en leves versos, tal como los creaban la mente y el entusiasmo.

Desde el gran escenario del mundo los conduje a un escenario más reducido, les describí a la gran artista que con su actuación y su música hechizaba los corazones. Annunziata bajó los ojos, pues era ella en quien pensaba, era a ella a quien debía reconocerse en mi descripción. Y cuando se apagó la última nota, cuando cayó el telón e incluso el atronador entusiasmo fue enmudeciendo, cuando incluso su arte hubo muerto, siguió existiendo un precioso cuerpo sepultado en el pecho del espectador. Pero el corazón del poeta es como la tumba de la Madonna: todo son flores y fragancias, el difunto se eleva y su poderoso canto resuena ante ella: «¡Inmortalidad!».

Mis ojos reposaron en Annunziata; mente y labios se habían expresado, hice una profunda reverencia y todos me rodearon con gracias y halagos.

—¡Realmente me ha alegrado usted! —dijo Annunziata, mirándome confiada a los ojos; osé besar su mano.

Con mi poesía, su interés por mí había crecido, sentía ya entonces lo que no comprendí hasta más tarde: que mi amor por ella me había llevado a situar su arte y a la persona que lo practicaba en un lugar inmortal al que yo jamás podría llegar. El arte dramático es, como el arco iris, un adorno celestial, un puente entre cielo y tierra, que asombra y desaparece al borrarse sus colores.

La visitaba diariamente. Los pocos días de carnaval que quedaban se esfumaron como un sueño, pero los gocé a fondo, pues en casa de Annunziata bebí una alegría de vivir que jamás antes había conocido.

—¡Estás empezando a ser persona! —dijo Bernardo—. Una persona como los demás, aunque hasta ahora sólo has probado un poquito del borde de la copa. Me atrevería a jurar que nunca has besado a una muchacha, que nunca has apoyado tu cabeza en sus hombros. ¿Y si Annunziata te amara...?

—¡Cómo puedes pensar eso! —repuse medio enfadado, la sangre ardiendo en mis mejillas—. ¡Annunziata! ¡Esa nobilísima dama que está tan por encima de mí!

—Bueno, amigo, alta o baja, es una mujer y tú un poeta, y nunca hay que censurar esa relación. Si el poeta ocupa el primer lugar en el corazón, también tendrá la llave que puede encerrar allí dentro al amante.

—Lo que llena mi alma es la admiración por ella. Rindo homenaje a su alegría, a su perspicacia y al arte que practica. ¿Amarla? Nunca ha surgido en mí semejante idea.

—¡Cuán serio y solemne! —exclamó Bernardo sonriendo—. ¡No estás enamorado! ¡Claro que no, es cierto, tú eres uno de esos anfibios espirituales que no se acaba de saber si pertenecen al mundo del cuerpo o al mundo de los sueños! No estás enamorado, no lo estás como yo ni como pueda estarlo

cualquier otra alma. Tú me lo dices y yo te creo. Pero tendrás que demostrarlo también en tu comportamiento. No debes dejar que la sangre suba y baje como loca a tus mejillas cuando ella te habla, ni mirarla con esa reveladora mirada de fuego. Te lo aconsejo por tu propio bien. ¿Qué crees que piensan los demás? Pero pasado mañana sale de viaje, y quién sabe si volverá después de Pascua, como ha prometido.

Annunziata pretendía abandonarnos durante cinco largas semanas. Tenía un compromiso en el teatro de Florencia, y la partida estaba fijada para el primer día de Cuaresma.

—¡Ahora encontrará un nuevo grupo de adoradores! —exclamó—. Los antiguos serán olvidados enseguida, incluso tu preciosa improvisación, por la que te envié unas miradas tan cariñosas que casi daban miedo. ¡Pero es un loco quien piense en una sola mujer! ¡Las tenemos a todas! ¡Ninguna está tan llena de flores, pero se puede picotear un poco en cada una!

Esa noche estuvimos juntos en el teatro; era la última vez que actuaba Annunziata antes de su partida. Volvimos a verla como Dido, y su interpretación y su canto alcanzaron alturas tan excelsas como la primera vez: mayores, era imposible; era la perfección del arte. La alegría, la animación que respiraba en la ópera bufa y en la vida real me parecían un multicolor vestido de gala que le sentaba muy bien, pero en Dido se mostraba su alma entera, su Yo auténtico y espiritual. Entusiasmo y regocijo la saludaron; difícilmente habría sido mayor el que recibieran César y Tito del entusiasmado pueblo romano.

Con el agradecimiento de un corazón conmovido nos dijo adiós a todos y prometió regresar pronto. Un repetido «¡Brava!» llenó el teatro; todos querían verla otra vez, y otra más, y en triunfo, igual que la primera vez, fue arrastrado su carruaje por las calles. ¡Yo estaba entre los primeros! Bernardo estaba tan entusiasmado como yo, y ambos sujetábamos el coche en el que Annunziata sonreía tan feliz como pueda llegar a serlo un corazón noble.

El día siguiente era el último del carnaval, y el último que Annunziata pasaría en Roma. Fui a hacer mi visita de despedida. Ella estaba enormemente conmovida por la gentileza que se había hecho a su talento; se alegraba ya de pensar en la Pascua y regresar, pese a que Florencia, con su bella naturaleza y sus espléndidas galerías de arte, era un lugar que le agradaba sobremanera. En pocos trazos me ofreció una clara imagen de la ciudad y su entorno, y yo pude verlo todo con claridad, los Apeninos cubiertos de bosques y sembrados de villas, la Piazza del Granduca y los antiguos, espléndidos palacios.

—Volveré a ver la magnífica Galería —exclamó—; donde gusté por vez primera el amor por la escultura y sentí la grandeza del espíritu humano, capaz, como Prometeo, de insuflar vida en lo muerto. Si en un instante pudiera

llevar a usted a una de las salas, la más pequeña de todas, sería usted tan feliz como lo fui yo, como lo soy ahora mismo al recordarlo. En la pequeña sala octogonal cuelgan solamente obras maestras escogidas, pero todas ellas se desvanecen ante la viviente escultura de piedra, ¡la Venus de Médici! ¡Jamás he visto semejante expresión de vida en una piedra! El mármol, que carece de esencia vital, está aquí enteramente vivo; es la diosa misma, nacida de la espuma del mar, quien nos observa. En la pared, detrás de la estatua, cuelgan dos magníficas pinturas de Venus por Tiziano, es la diosa de la belleza en vida y en colores, pero sólo de la belleza terrenal, la maravillosa diosa de mármol lo es de la celestial. La Fornarina de Rafael, las sobrenaturales Madonnas, conmueven mi espíritu y mi corazón, pero jamás podrán superar a la estatua de Venus, que para mí no es una escultura, sino algo vivo, que contempla el interior de mi alma desde sus ojos de mármol. No conozco estatua alguna, grupo alguno que me diga tantas cosas, ni siquiera el Laocoonte, aunque la piedra parezca gemir de dolor. El Apolo vaticano, que usted sin duda conoce, no es para mí sino una pieza menor. La fuerza y la grandeza espiritual que el artista supo infundir en el dios poeta, posee una grandeza femenina aún más grande en la diosa de la belleza.

—Conozco esa maravillosa estatua por copias en yeso —respondí—. Vi una espléndida reproducción en terracota.

—¡Pero no hay nada más insuficiente! La muerta máscara de yeso mata la expresión. El mármol da vida y ánima, la piedra se hace carne, es como si la sangre corriese bajo la fina piel. Ojalá viniese usted a Florencia para adorarla y admirarla. Yo sería su guía, igual que usted podrá ser el mío en Roma a mi regreso.

Hice una profunda reverencia y me sentí halagado y feliz por sus deseos.

—¿No volveremos a verla hasta después de Pascua?

—¡Sí, para la iluminación y la Girandola de la Iglesia de San Pedro! —respondió—. Entretanto sea tan amable de acordarse de mí, igual que yo lo recordaré cada vez que vaya a la Galería de Florencia, deseando que estuviera usted allí para ver aquellos tesoros. Siempre me sucede igual, en cuanto veo algo hermoso añoro estar con mis amigos, añoro que estén conmigo y puedan disfrutarlo igual que yo. ¡Esa es mi particular versión de la añoranza!

Me ofreció su mano, que besé, y me atreví a decir, medio en broma:

—¡Lleve este beso a la Venus de Médicis, de mi parte!

—¡De modo que no es para mí! —dijo Annunziata—. ¡Bueno, cumpliré su encargo! —y con estas palabras hizo un gesto dulcísimo y me dio las gracias por las alegres horas que le había proporcionado con mis canciones e improvisaciones—. ¡Volveremos a vernos! —exclamó, y yo abandoné la sala

como sumido en un sueño.

Fuera encontré a la anciana señora, que me saludó con amabilidad y confianza; en la agitación de mi estado de ánimo le besé la mano, y ella me dio una palmadita en el hombro; la oí decir: «Usted es una buena persona», y enseguida me encontré en la calle, feliz por la amabilidad de Annunziata y entusiasmado por su espíritu y su belleza.

Me sentía bien dispuesto para disfrutar aquel último día de carnaval; no podía ni imaginarme que Annunziata se marchara de viaje, nuestra despedida había sido tan intrascendente que tenía casi la sensación de que íbamos a vernos al día siguiente. Sin máscara alguna, participé alegremente en la lucha de confetti. Todas las sillas de la calle estaban ocupadas, los andamios y ventanas estaban repletos, los coches circulaban arriba y abajo y la abigarrada muchedumbre se apretujaba entre ellos como un río ondulante. Para poder respirar un poco más libremente había que saltar osadamente delante de los coches, el pequeño espacio delante y detrás de cada uno era el único sitio en el que existía cierta libertad de movimiento. La música atronaba, alegres máscaras cantaban, y detrás de uno de los carruajes pregonaba el capitano sus hazañas por tierra y mar; traviosos muchachos sobre caballos de madera, de los que en realidad solamente se veía la cabeza y los cuartos traseros, pues el resto estaba cubierto con un tapiz de color que ocultaba las dos piernas del jinete, sustitutas de las cuatro del corcel, se apretujaban por el estrecho espacio entre los coches, aumentando aún más la confusión. Yo no podía escapar adelante ni atrás, la espuma de los caballos que estaban justo detrás de mí me salpicaba los oídos; en aquellas apreturas salté sobre un coche en el que iban sentados dos enmascarados, aparentemente un señor grueso y anciano, en bata y gorro de dormir, y una preciosa jovencita en flor. Ésta se dio cuenta enseguida de que no era la petulancia sino el miedo lo que me había hecho subir, de modo que me dio unas palmadas en las manos al tiempo que me ofrecía unas cuantas bolitas de confetti para mi diversión. En cambio, el anciano me arrojó a la cara una cesta llena, y en cuanto el espacio detrás de nosotros quedó un poco más libre, la muchacha empezó a hacer lo mismo, de modo que, superado y sin disponer de iguales armas, hube de darme a la fuga, blanco de la cabeza a los pies, a todo lo que corrían mis piernas; dos arlequines me cepillaron tan contentos con sus cachiporras, pero cuando el coche volvió a adelantarme, comenzó de nuevo la tormenta; decidí hacer acopio de confetti pero sonaron los cañonazos y los carruajes hubieron de adentrarse en las estrechas callejas laterales a fin de dejar sitio para la carrera, y perdí de vista a mis dos enmascarados. Parecían conocerme: ¿quiénes podrían ser?

Ese día no había visto a Bernardo en el Corso. Una idea se me pasó por la cabeza: aquel anciano en bata y gorro de dormir podía ser él, y la preciosa

pastorcilla, su llamada «avecilla mansa». ¡Tenía que haberle visto la cara! Había conseguido sitio en una de las sillas justo en la esquina; enseguida sonó el disparo de cañón, y los caballos salieron disparados por el Corso, en dirección a la Piazza di Venezia. Tras ellos, la multitud volvía a llenar la calle; yo iba ya a bajar, cuando sonó un grito angustiado: «¡Cavallo!». Uno de los caballos que habían llegado a la meta en primer lugar no se quedó allí sino que volvió grupas para continuar el camino en dirección contraria. Si se piensa en el denso gentío y la tranquilidad con que iban todos una vez concluida la carrera, será fácil entender las desgracias que podían acontecer. Como un zigzagueante relámpago atravesó mi memoria el recuerdo de la muerte de mi madre, fue como revivir el instante de terror en que los caballos desbocados saltaron sobre nosotros. Mis ojos se quedaron fijos. La muchedumbre se desplazó hacia los lados como por ensalmo, como si de pronto se hubiera acurrucado sobre sí misma; vi al caballo, espumeante y con los costados ensangrentados, las crines ondeantes y las chispas saltando de sus patas, pasar a gran velocidad y de repente, como derribado por tierra de un disparo, cayó al suelo, muerto. Todos preguntaban si había habido algún accidente, pero la Madonna había extendido su mano protectora sobre su pueblo, no había sucedido nada grave, al parecer, y el peligro recién superado volvió los ánimos aún más alegres y festivos.

Sonó la señal de que había concluido la retirada de los carruajes y que iba a comenzar el espléndido *moccolo*, como deslumbrante final de los carnavales. Los carruajes se entremezclaron unos con otros, el ajetreo y el alboroto aumentaron, la oscuridad iba creciendo por momentos, pero entonces todos encendieron sus cabos de vela y, algunos, manojos enteros. En todas las ventanas habían puesto velas, casas y carruajes en el precioso, tranquilo atardecer, estaban como cubiertos por aquellas brillantes estrellas, lámparas de papel; pirámides de luz se movían en largas pértigas desde el piso más alto hasta los bajos, todos intentaban proteger su propia luz y apagar la del vecino, mientras el grito iba haciéndose cada vez más frenético: *Sia ammazato, chi non porta moccolo!* En vano intentaba proteger mi cabo de vela, cada vez que tiraba uno, todos hacían lo mismo. Las señoras que estaban junto a la pared de la casa metían sus velas por las ventanas de los pisos bajos y me gritaban riendo: *Senza moccoli!*; ellas creían que su vela estaba segura, pero los niños que había dentro trepaban a las mesas y las apagaban a soplidos. Pequeños globos de papel caían desde las ventanas más altas, donde había varias personas con cientos de cabos de vela encendidos que arrojaban por los tubos de desagüe hasta la calle, gritando: «¡Que muera el que no lleve su vela!», y nuevas figuras trepaban al borde del tejado llevando, atados a largos palos, unos pañuelos que utilizaban para apagar las velas de los demás mientras mantenían en alto las suyas propias y gritaban: *Senza moccoli!* Un forastero que no lo haya visto nunca no podrá hacerse idea de aquel atronador tumulto,

aquel ajeteo y aquel gentío. El aire está denso y caliente por las masas humanas y las velas encendidas. De repente, cuando varios coches entraron desde el oscuro callejón, vi, justo delante de mí, a mis dos máscaras; las velas se le habían apagado al caballero en bata, pero la zagalilla mantenía en alto un ramillete de cabos encendidos con ayuda de un tubo que tendría sus buenas cuatro o cinco varas de largo. Reía a carcajadas con alegría, porque no se podían alcanzar ni siquiera con los pañuelos atados a palos, y el hombre de la bata bombardeaba con confetti a todo el que se atrevía a aproximarse; yo no me amilané; en un abrir y cerrar de ojos llegué detrás del coche, cogí el tubo y, aunque oí un suplicante «¡No!» y su protectora me arrojó un montón de bolitas de yeso, sin indulgencia alguna, lo sujeté con fuerza para bajar las velas, pero se me rompió en las manos y el llameante ramillete cayó a tierra, para gran alegría de los circunstantes. «¡Hombre, Antonio!», gritó la muchacha. Aquel grito me llegó hasta la médula de los huesos, pues era la voz de Annunziata. Me arrojó con fuerza todo su confetti a la cara, y también el cesto. En mi sorpresa salté del coche, que siguió su camino, pero vi un ramo de flores volar hacia mí como señal de perdón; lo agarré en el aire, intenté seguir al coche pero era imposible avanzar, los carruajes habían formado una auténtica aglomeración, aquello era un caos, pues algunos retrocedían hacia un lado, otros hacia el contrario; llegué al callejón pero, cuando pude respirar, sentí con más fuerza aquel peso en mi corazón. «¿Con quién iba Annunziata?» Me parecía natural que quisiera participar en el carnaval el último día, pero ¿y el señor de la bata? ¡Ay, mi primera sospecha debía de ser cierta, sin duda! Tenía que tratarse de Bernardo. Quise convencerme. A toda prisa me marché por las callejuelas y llegué a Piazza Colonna, donde vivía Annunziata, y me instalé junto al portal a aguardar su llegada. Al poco llegó el coche y, como si yo fuera uno de los criados de la casa, me acerqué y Annunziata bajó sin siquiera mirarme; después el señor de la bata, que se movía demasiado torpemente para ser Bernardo. «Gracias, amigo» dijo, y en su voz reconocí a la anciana, cuando bajó del coche vi también sus piernas y el vestido marrón, que sobresalía por debajo de la bata; mi conjetura estaba equivocada.

—Felicissima notte, Signora! —grité con fuerza, lleno de alegría. Annunziata rio, dijo en broma que yo era muy mala persona y que se iría enseguida a Florencia, pero su mano apretó la mía. Feliz y con el corazón aliviado la dejé y lancé al aire el grito de «¡muera quien no lleve vela!», aunque yo no tenía ninguna. Pero sólo pensaba en ella y en la buena anciana que, seguramente tan sólo para alegrarla, se había puesto bata y gorro de dormir y había participado en el carnaval, alegría para la que no parecía nacida.

Y qué detalle tan natural por parte de Annunziata no haber ido con ningún extraño, no haber invitado a Bernardo, ni siquiera al maestro de capilla, a que la acompañaran en su coche. No quería reconocer que sentí celos del gorro de

dormir; me sentía alegre y dichoso, y con alegría quería pasar las pocas horas que quedaban hasta que el carnaval concluyera, como un sueño. Fui al Festino, todo el teatro estaba decorado con guirnaldas de lámparas o velas, todos los palcos estaban llenos de enmascarados y de forasteros sin disfraz; desde el parterre ascendía una alta, ancha escalera sobre la orquesta habitual, a la que ocultaba, hasta el escenario, que estaba decorado con colgantes y coronas para convertirlo en salón de baile. Dos orquestas se alternaban. Un grupo de máscaras de cuáqueros y cocheros bailaron una alegre danza en corro sobre Baco y Ariadna; me incorporaron al corro y en mi alegría hice los primeros pasos de baile, y me resultó tan divertido que no me limité a ellos, qué va, pues cuando, entrada ya la noche, me dirigía hacia mi casa, seguía balanceándome con las divertidas máscaras, y gritando con ellas: «¡La noche más feliz del más bello carnaval!».

Pero mi sueño fue breve. En los bellos momentos del amanecer pensé en Annunziata, que quizá en aquel mismo momento dejaba Roma, pensé en los alegres días de carnaval, que parecían haber creado una nueva vida para mí, y que ahora, con su alegría y su ajetreo, habían concluido. ¡No podía descansar! Salí al aire libre. Todo había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Puertas y tiendas cerradas, poca gente en la calle y, en el Corso, donde el día anterior apenas podía moverse el gentío por las enormes apreturas, iban sólo unos cuantos siervos del municipio con sus ropas blancas de rayas azules, barriendo el confetti que cubría la calle como si fuera granizo; un jamelgo miserable, con su bolsa de forraje, de la que comía, atada a un costado, arrastraba el carrito donde juntaban los desechos de la fiesta. Un cochero se detuvo delante de una casa, llenó hasta los topes el alto de su carromato con cajas y valijas, echó una gran lona sobre aquella pila de cosas y ató con fuerza los arneses de hierro, hasta morder casi el cuero de los baúles de atrás. De una calle lateral salió un carruaje con parecido cargamento. Todos se iban. A Nápoles o a Florencia. Roma estaría muerta durante cinco largas semanas, desde el Miércoles de Ceniza hasta la Pascua.

XII

Cuaresma. El Miserere de Allegri en la Capilla Sixtina. Visita a Bernardo. Annunziata

Silenciosos y mortalmente largos pasaban los días; la mente me rememoraba y repetía el teatro del carnaval, el gran suceso de mi propia vida, en el que Annunziata desempeñaba el papel protagonista. Pero día a día iba creciendo la monotonía, y el silencio sepulcral se extendía por doquier. Sentía

un vacío que mis libros no conseguían llenar. Bernardo lo había sido todo para mí, mas ahora era como si se hubiera abierto un abismo entre nosotros, yo me sentía agobiado cuando estaba cerca de él y comprendía cada vez con mayor claridad que lo único que ocupaba mi espíritu era Annunziata. Algunos momentos me sentía feliz con ese sentimiento, pero había horas, había noches en que pensaba en Bernardo, que ya la amaba antes que yo; y era también él quien me había conducido ante ella; yo le había asegurado que era sólo admiración, y nada más, lo que sentía por ella; a él, mi único amigo, le había reiterado una y otra vez la lealtad de mi corazón, pero yo era desleal y malo. Entonces se encendía la ira en mi corazón, pero mi mente no podía separarse de Annunziata. Cada recuerdo de ella, de mis más alegres horas, ya acabadas, me ocasionaban la más profunda melancolía. De ese modo contemplamos el viviente, sonriente retrato de un difunto querido, y cuanto más viviente es, cuanta más afabilidad hay en su sonrisa, tanto mayor es la melancolía que se apodera de nosotros. Sólo ahora empezaba a darme cuenta de lo que era esa dura lucha de la vida de la que tantas veces me habían hablado en la escuela y que yo creí que consistía en la dificultad de una lección, o en la aversión hacia los despropósitos de un maestro. ¿No debería tal vez refrenar esa pasión que había despertado en mí, con lo que mi antiguo sosiego volvería sin duda? Porque ¿adónde podía conducir aquel amor? Annunziata estaba en la cúspide de su arte, pero el mundo me condenaría si yo abandonaba mi posición para seguirla; incluso se irritaría la Madonna, para cuya exaltación había nacido yo; Bernardo nunca podría perdonármelo y... en realidad, ni siquiera sabía si Annunziata me amaba. Aquella era para mí, en el fondo, la idea más amarga. En vano me arrojé en la iglesia ante la imagen de la Madonna, en vano le supliqué que diera fuerzas a mi alma en mi horrible lucha: incluso allí se ponía de manifiesto mi pecado, pues hasta la Madonna me recordaba a Annunziata; en ciertos momentos, cualquier bello rostro femenino intentaba aproximarse a la expresión del espíritu que yo veía en Annunziata. «No, tengo que extirpar de mi alma estos sentimientos», me dije, «¡no quiero volver a verla nunca más!».

Ahora comprendía perfectamente lo que antes era incapaz de concebir, que uno pueda sentir el impulso de martirizar su cuerpo, que intente vencer en la lucha del alma por medio de torturar la carne. Mis ardientes labios besaron el frío pie de mármol de la Madonna y, por unos instantes, la paz retornó a mi alma; pensé en mi infancia, cuando mi querida madre vivía aún, qué feliz era yo entonces, cuántas alegrías me había regalado incluso aquel tiempo taciturno antes de la Pascua. Todo seguía siendo aún igual que antes. En las esquinas y las plazas seguían, como antes, las pequeñas enramadas verdes, decoradas con estrellas de plata y oro; a su alrededor seguían colgando los preciosos rótulos con versos que narraban los exquisitos platos que se degustaban allí antes de la Cuaresma. Cada atardecer se encendían multicolores lamparitas de papel bajo

las verdes ramas; ¡cuánto me gustaban cuando era niño! ¡Qué feliz había sido en la preciosa tienda del abacero, que en Pascua veía resplandecer como un mundo de fantasía, con aquellos encantadores ángeles de mantequilla que danzaban en un templo cuyas columnas eran salchichas envueltas en plata y su cúpula un queso parmesano! Y mi primer poema fue sobre aquella maravilla, y la signora del abacero la había llamado una Divina Commedia di Dante. Entonces no conocía yo a ese espléndido vate, pero tampoco conocía a cantante alguna... ¡ojalá consiguiera olvidar a Annunziata!

Con la procesión recorrí las siete sagradas iglesias de Roma, uní mi canto al de los peregrinos y mi sentimiento era profundo y sincero, pero Bernardo me susurró al oído la broma demoníaca: «¡El astuto abogado del Corso, el virtuoso improvisador, con ojos de penitente y ceniza en la frente! ¡Vaya, qué bien te organizas! Sabes adaptarte a cualquier papel, yo no sería capaz de imitarte, Antonio». Sus palabras contenían una burla, pero también una verdad manifiesta, que me hería en lo más hondo.

Había llegado la última semana de la Cuaresma; los forasteros volvieron a acudir en tropel a Roma. Casi un carruaje tras otro entraban por la Porta del Popolo y la Porta San Giovanni. La tarde del miércoles comenzaba el Miserere en la Capilla Sixtina. Mi alma ansiaba música, deseaba hallar en el mundo de las notas compasión y consuelo. El gentío era enorme, incluso en el interior de la Capilla, la primera sección estaba ya repleta de señoras. Se habían montado unos preciosos palcos con cortinajes de terciopelo y dorados, para las personas de sangre real de cortes extranjeras, a tal altura que podían ver por encima de la cancela artísticamente tallada que separaba a las señoras de la parte interior de la capilla. Los pontificios guardas suizos montaban guardia con sus multicolores uniformes de gala, los oficiales llevaban ligeras corazas y un ondeante penacho de plumas en el yelmo; a Bernardo le sentaba el uniforme especialmente bien, y saludaba a las jóvenes damitas que conocía.

Conseguí un lugar justo detrás de la cancela, no lejos del balcón donde se sitúan los cantores pontificios. Detrás de mí había una parte de los ingleses a los que había visto en el carnaval con abigarrados disfraces; allí no tenían un aspecto muy diferente. ¡Así se creerían oficiales hasta los niños de diez años! Todos gastaban costosos uniformes, de las telas y los cortes más vistosos. Uno vestía una guerrera azul claro con bordados de plata, oro en las botas y una especie de turbante con perlas y plumas. Aquello no era nada nuevo en las fiestas romanas, donde un uniforme siempre ayuda a conseguir los mejores lugares; a su alrededor, la gente se reía de semejantes galas, pero mi mente no estuvo ocupada mucho tiempo con ese asunto.

Llegaron los ancianos cardenales con sus capas magnas de terciopelo morado y los omerales de armiño blanco. Se sentaron uno junto a otro en un gran semicírculo por dentro de la cancela, los clérigos que llevaban las colas

de sus capas tomaron asiento a sus pies. De la puertecita junto al altar salió el Santo Padre con su capa púrpura y la blanca tiara papal, deslumbrante como la plata. Subió a su trono, los obispos movieron los incensarios a su alrededor mientras jóvenes clérigos, en hábitos de color rojo vivo, se arrodillaban ante él y el altar mayor portando hachones encendidos.

Comenzaron las lecciones, pero me fue imposible dejar mis ojos perderse en aquellas letras muertas, sino que se elevaron, arrastrando con ellos a mi mente, hacia aquel gran universo que Miguel Ángel había plasmado en colores sobre el techo y las paredes. Contemplé sus poderosas sibilas y sus venerables profetas, ¡cada una de aquellas figuras era un tratado de arte! Mis ojos bebieron los poderosos trazos, los bellos grupos de ángeles; para mí no eran pinturas, ¡allí arriba todo estaba vivo! El árbol del conocimiento del bien y del mal, donde Eva ofreció la fruta a Adán, Dios todopoderoso volando sobre las aguas, no llevado por ángeles, como lo mostraban los maestros antiguos, no, pues aquí son los tropes de ángeles quienes descansan sobre él y sus aleteantes ropajes. Ciertamente había visto aquellas pinturas en anteriores ocasiones, pero nunca me había sentido tan impresionado como ahora: mi agitado estado de ánimo, la multitud, quizá incluso también la lírica de mi pensamiento, me llevaban a captarlo todo en una forma extrañamente poética. ¡No podía dejar de sentirlo así, y lo mismo han sentido también muchos corazones de poetas!

Los atrevidos escorzos, la enorme fuerza con que se muestran las figuras, son portentosos, asombrosos. ¡Es como un sermón de la montaña en formas y colores! Con Rafael, quedamos atónitos ante la fuerza de Miguel Ángel; cada profeta es un Moisés como el que él mismo esculpió en mármol. ¡Qué figuras tan espléndidas! Son éstas las que captan la atención de nuestros ojos y nuestra mente cuando entramos; pero, como bendecidos por los santos que acaban de ver, nuestros ojos se dirigen al fondo de la capilla, cuyas paredes son altares del arte y el pensamiento. La enorme y caótica composición, que se extiende desde el suelo hasta el techo, es como la piedra preciosa a la cual todo lo demás servía de marco. Presenciamos el día del juicio.

Cristo es el juez en el cielo, y su madre y los apóstoles extienden las manos suplicando por el desdichado género humano. Los muertos levantan sus lápidas; almas benditas ascienden orantes hacia Dios mientras el Averno se apodera de sus víctimas. Ahí, un alma que se eleva intenta liberar a su hermano condenado, a quien el Averno sujeta con lazos serpentinos; los hijos de la desesperación se golpean la frente con los puños mientras se hunden en el abismo. En osados escorzos vuelan y caen legiones entre cielo e infierno. La concurrencia de los ángeles, expresada por el encuentro de los amantes, el niño que al sonido de las trompas se aprieta contra el pecho de su madre, es tan bello y natural que uno mismo se siente arrastrado a la muchedumbre que

espera el juicio. Miguel Ángel expresó en colores lo que Dante vio y cantó para las estirpes de la tierra.

El sol poniente arrojaba sus últimos rayos a través de las ventanas más altas. Cristo y los justos que lo rodeaban estaban fuertemente iluminados, mientras que la parte inferior, donde se alzan los muertos, así como el demonio que empuja la barca cargada de condenados para abandonar la orilla, estaban en casi completa oscuridad. Justo en el momento en que se puso el sol terminó la última lectio, y fue apagado el único cirio que quedaba encendido; todo el mundo pictórico se ocultó en las tinieblas, pero en ese mismo instante resonaron la música y el canto; lo que los colores habían manifestado en formas corpóreas, se elevaba ahora en las notas; el día del juicio con su desesperación y su júbilo sonaba sobre nosotros.

El Padre de la Iglesia, despojado de su pompa papal, fue ante el altar, oró ante la santa cruz y en las alas de las poderosas trompas sonó el estremecedor coro: *Populus meus, quid feci tibi?* Desnudas notas angelicales se cernían sobre un canto profundo, sobre unas notas que no brotaban del pecho de un ser humano, ni hombre ni mujer, pertenecían solamente al mundo espiritual; eran como el llanto de los ángeles hecho melodía.

En aquel mundo de notas, mi alma bebía fuerza espiritual y plenitud vital. Me sentía alegre y fuerte como no lo había estado en mucho tiempo. Annunziata, Bernardo, todos mis seres queridos se agitaban en mi mente. Tal como yo los amaba en aquel instante, se aman tal vez unas a otras las almas de los justos. La paz que yo buscaba en mis plegarias, sin encontrarla, fluía ahora hasta lo más hondo de mi corazón transportada por las notas.

Una vez concluido el Miserere, cuando todos se habían marchado ya, fui a estar un rato con Bernardo en su alojamiento. Le estreché la mano con toda sinceridad, conté todo lo que mi alma llena de entusiasmo me empujaba a decir, mis labios estaban plenos de elocuencia; el Miserere de Allegri, nuestra amistad, todo el extraño cuento de mi vida proporcionaba material suficiente para ello. Le conté cómo aquella música me había sanado espiritualmente, el peso que hasta entonces había sentido mi corazón, mi padecer, mi angustia y melancolía, el largo tiempo de la Cuaresma, aunque sin decirle la parte que les cabía a él o a Annunziata en mis pesares, pero aquel fue el único recoveco de mi corazón que no abrí para él. Se rio de mí, me llamó mal hombre, aquello se debía a mi vida de pastor con Domenica, y a la Signora... a la educación que me dieron todas aquellas mujeres, y finalmente a la escuela de los jesuitas, que me había pervertido. Que mi cálida, ardiente sangre italiana había sido apagada con leche de cabra, que mi medida trapense me hacía enfermar, que necesitaba unaavecilla mansa que con sus trinos me sacara del mundo de los sueños. Que yo tenía que ser una persona como las demás, y así me encontraría a mí mismo en cuerpo y alma.

—¡Somos muy distintos tú y yo, Bernardo! —repuse—. Y sin embargo, mi corazón está asombrosamente apegado al tuyo. Muchas veces siento el deseo de estar contigo.

—Eso sería malo para la amistad —respondió él—. Seguramente se rompería antes de que nos diésemos cuenta. La amistad es como el amor, se refuerza con la separación. Muchas veces pienso que, en el fondo, debe de ser aburridísimo estar casado. Verse un día sí y otro también, y además hasta los últimos pliegues. La mayoría de los matrimonios están aburridos el uno de la otra, es sólo una especie de sentido del decoro, algo así como alguna clase de bondad, lo que los mantiene unidos por largo tiempo. Yo lo noto perfectamente en mí, deseo que mi corazón arda con fuerza, y querría que el de la mujer a la que amara ardiese tanto como el mío; pero cuando dos llamas se encuentran, se apagan. El amor es añoranza, y la añoranza muere cuando deja de haber motivo para su existencia.

—Pero si tu mujer —dije yo— fuera bella e inteligente como...

—¡... Como Annunziata! —volvió a hablar cuando yo me detuve un instante para encontrar un objeto adecuado para mis palabras—. Sí, Antonio, querría ver a la bella rosa mientras estuviera fresca; y cuando los pétalos se marchitaran y el aroma desapareciera... bueno, Dios sabrá cuáles serán entonces mis deseos. En este instante son de lo más peculiares, y ya he sentido antes algo parecido... Me gustaría ver lo roja que es tu sangre. Pero soy una persona razonable, tú eres mi amigo, mi leal amigo. No vamos a pelearnos, aunque coincidamos en una misma aventura amorosa —y rio a carcajadas, me apretó con fuerza contra su pecho y dijo medio en broma—: Te cedo mi avecilla mansa, que ya empieza a ponerse demasiado sentimental, y que seguramente te encantará. Ven conmigo esta tarde. Los amigos de verdad no deben ocultarse nada unos a otros, pasaremos una tarde estupenda. ¡Y el domingo, el Santo Padre nos dará la bendición a todos!

—¡Yo no voy contigo! —respondí.

—Eres un cobarde, Antonio —repuso él—. ¡No permitas que la leche de cabra derrote a tu sangre! ¡Tus ojos saben arder como los míos! ¡Claro que saben arder, lo he visto ya! Tus penas, tu angustia, tu penitencia durante la Cuaresma... te diré sinceramente el motivo, es el ansia de esos labios jugosos, de esas bellas formas. Lo sé bien, Antonio, no puedes ocultarlo... Tienes que apretar la belleza contra tu pecho... pero no tienes valor para hacerlo, eres demasiado cobarde, eres un pusilánime inútil...

—¡Tus palabras, Bernardo —respondí—, me ofenden!

—¡Pues di tú algo, entonces! —exclamó; y la sangre me subió a las mejillas, pero las lágrimas también se acumularon en mis ojos.

—¿Así juegas con mi devoción por ti? —exclamé—. ¿Crees que me interpongo entre Annunziata y tú, crees que ella es más amable conmigo que contigo?

—¡Oh no! —repuso él, casi en un grito—. ¡Sabes perfectamente que mi imaginación no es tan fuerte! ¡Pero olvida esos asuntos ahora! Y por lo que respecta a tu devoción, de la que siempre hablas tanto, no te comprendo; nos estrechamos la mano, somos amigos, amigos razonables, pero mis ideas son excéntricas, y tienes que aceptarme tal como soy.

Aquello fue más o menos lo más granado de nuestra conversación, la parte que penetró en mi corazón y, por así decir, se incorporó a mi sangre; me sentí agraviado, aunque, cuando estrechó mi mano en la suya, se dejó ver cierta cordialidad.

Al día siguiente, las campanas del Jueves Santo me llamaron a la Iglesia de San Pedro. En su espléndido pórtico, cuyas dimensiones habrían hecho pensar a cualquier forastero que sólo él formaba la iglesia entera, iba aumentando el gentío, igual que en las calles y en el puente de Sant'Angelo; era como si toda Roma acudiese allá para maravillarse, igual que los forasteros, ante las dimensiones de la iglesia, pues parecía dilatarse más y más ante la muchedumbre.

El canto resonó sobre nosotros, dos grandes coros se respondían uno al otro desde lugares distintos del Coro de la Iglesia. Todos se apelotonaban intentando ver el lavado de los pies que iba a empezar en ese momento. Desde la cancela tras la que se sentaban las damas más principales, una persona me hizo un gesto amistoso. Era Annunziata. Había regresado, estaba allí, en la iglesia, mi corazón palpitó con fuerza. ¡Estaba tan cerca de ella que podía darle la bienvenida!

Había llegado el día anterior, pero demasiado tarde para el Miserere de Allegri, aunque durante el Avemaría había visitado la Iglesia de San Pedro.

—Esa prodigiosa oscuridad —dijo— lo hacía todo aún más imponente que como aparece ahora, de día. No había encendidas más luces que las lámparas de la tumba de San Pedro, era una corona de rayos pero insuficientemente fuerte para iluminar incluso los pilares más cercanos. A mi alrededor, todos se arrodillaban silenciosos, yo misma me hincé de rodillas, sentía con toda viveza cuánto puede haber en la nada. ¡Qué fuerza vive en el silencio religioso!

Su anciana amiga, a la que no había descubierto hasta entonces, pues vestía un largo velo, me saludó amablemente con un gesto. La ceremonia había concluido, inútilmente busqué a sus criados, que habrían de conducir las hasta el carruaje. Un grupo de caballeros jóvenes habían reconocido también a

Annunziata, que parecía intranquila y deseosa de marcharse; le hice una señal con la mano para sacarla de la iglesia y llevarla a su coche. La anciana me tomó enseguida del brazo, mientras Annunziata caminaba sola a un lado; no tuve valor para ofrecerle mi brazo, pero cuando alcanzamos la puerta y la muchedumbre nos arrastró, sentí su brazo en torno al mío. Fue como si el fuego recorriese mis venas.

Encontré el carruaje; cuando se acomodaron en él, Annunziata me invitó a compartir con ella la cena.

—Una modesta cena —dijo—; como es propio de la Cuaresma.

¡Yo era feliz! La anciana señora, que no tenía buen oído, comprendió lo suficiente por la expresión del rostro de Annunziata, que estaba hablando de una invitación, y que yo iría también en el coche. Al instante despejó el asiento delantero de los abrigos y chales que había sobre él, me tomó de la mano y dijo:

—Hágame el favor, Sr. Abate. Hay sitio de sobra.

—No era eso lo que Annunziata pretendía; vi que un cierto rubor se deslizaba por sus mejillas, pero yo estaba ya sentado delante de ella, y el coche se puso en movimiento. Una pequeña mesa principesca nos esperaba. Annunziata habló de su estancia en Florencia y de la fiesta de hoy, me preguntó por la Cuaresma romana y cómo había pasado yo ese tiempo, pregunta que no supe contestar demasiado bien.

—¿Irás a ver el bautismo de judíos el sábado? —pregunté, pero en ese mismo momento dirigí una mirada a la anciana señora, a la que había olvidado por completo.

—¡No lo ha oído! —respondió Annunziata—. De haberlo oído, habría enrojecido de ira. Sólo voy adonde ella puede acompañarme, y para ella no sería muy apropiado asistir a la fiesta en la capilla bautismal de Constantino. A mí tampoco me interesa demasiado porque, sólo en rarísimas ocasiones, los musulmanes o judíos a los que ungen con el bautismo lo hacen por convicción. Recuerdo, en mi infancia, la desagradable impresión que me causaba verlo. Vi bautizar a un niño judío de seis o siete años de edad; llevaba sucios los zapatos y las medias, el cabello desgredado y polvoriento y con todo aquello vestía también, en atroz contraste, un precioso hábito de seda blanca, regalo de la Iglesia. Los padres, tan sucios como el niño, iban detrás de él; habían vendido el alma de su hijo a una santidad que ellos mismos no reconocían.

—¿Vio usted eso en Roma, de niña?

—Sí —respondió ella, ruborizándose—. ¡Aunque no soy romana!

—La primera vez que la vi a usted y la oí cantar, tuve la sensación de

conocerla de antes. No lo sé realmente, pero sigo pensándolo. Si creyéramos en la transmigración de las almas, yo pensaría que los dos habíamos sido aves, que habíamos saltado a la misma rama y que nos conocíamos desde mucho tiempo atrás. ¿No hay recuerdo alguno de ello en su alma? ¿No hay nada que le diga que nos habíamos visto antes?

—Nada en absoluto —respondió Annunziata, mirándome fijamente a los ojos.

—Al decirme usted hace un instante que vivió en Roma de niña y no, como yo creía, que había pasado su infancia en España, despertó en mi alma un recuerdo, el mismo que acudió a mi mente la primera vez que la vi ante mí representando a Dido. Cuando era niña, ¿nunca hizo un discurso navideño para el Bambino en la Iglesia de Aracoeli, como los demás niños?

—¡Claro que sí! —exclamó—. Y usted, Antonio, ¿no sería aquel muchachito que llamó la atención de todos?...

—¡Usted me superó! —contesté.

—¡Era usted, Antonio! —exclamó en voz bien alta, me tomó las dos manos y me miró a los ojos con una mirada de indescriptible dulzura; la anciana amiga acercó su silla y nos miró muy seria. Annunziata se lo contó todo, y ella sonrió con la escena de nuestro reencuentro.

—¡Cuánto hablaron de usted y mi madre y todos los demás! —dije—. Sus formas delicadas, casi incorpóreas, su dulce voz. Yo sentía celos de usted, mi vanidad no permitía que otra persona pudiera hacerme sombra... ¡Qué extraño, cómo se entrecruzan los caminos de la vida!

—Lo recuerdo bien —dijo ella—. Llevaba puesta una chaquetita con muchos botones relucientes, eso fue casi lo que más me interesó de usted.

—Usted —respondí— llevaba una preciosa banda roja en el pecho, pero no fue eso lo que más me impresionó, sino sus ojos, su cabello negro como la pez... Sí, tenía que reconocerlos, siguen siendo iguales, aunque con rasgos más desarrollados, los habría reconocido aunque el cambio hubiera sido mucho mayor. Se lo comenté enseguida a Bernardo, pero él me contradijo, tenía una idea completamente diferente...

—¡Bernardo! —exclamó ella, y creí oí un temblor en su voz.

—Sí —respondí algo confundido—; él también creía conocerla, creía haberla visto antes, digamos, en un contexto que haría imposible mi sospecha... Su cabello negro, su mirada, no se vaya a enojar, él cambió al instante su significado, creyó a primera vista que usted era —me detuve—... que no pertenecía... a la iglesia católica, y que por consiguiente yo no podía haberla oído hablar en Aracoeli.

—¿Quizá que yo pertenecía a la misma fe que mi amiga? —dijo Annunziata, señalando a la anciana señora. Asentí con la cabeza involuntariamente, pero al instante tomé su mano y pregunté:

—¿Está usted irritada conmigo?

—¿Porque su amigo me haya tomado por una muchacha judía? —preguntó sonriente—. ¡Es usted una persona de lo más extraña! —sentí que nuestro contacto en la infancia nos había hecho más íntimos, toda pena estaba olvidada, pero también mi determinación de no volver a verla, de no seguir amándola. Mi alma ardía solamente por ella.

Las galerías estaban cerradas los dos días que quedaban hasta el Domingo de Resurrección. Annunziata afirmó que sería estupendo poder entrar en alguna de ellas en esa época con total calma; pero no era posible. El deseo expresado por sus labios era una orden, yo conocía al custode y al portero, a todos los criados que seguían aún en el Palazzo Borghese, donde se halla una de las colecciones más interesantes de Roma, por la que había paseado con Francesca en mi infancia y había trabado conocimiento con todos los amoretti de las estaciones de Francesco Albani.

Le ofrecí llevarlas allí, a ella y a la anciana señora, al día siguiente, Annunziata me dio las gracias y yo me sentí inmensamente feliz.

De nuevo en la soledad de mi hogar, volvió el recuerdo de Bernardo. No, él no la ama, me decía a mí mismo para confortarme; su cariño y su lealtad, sin embargo, no son tan grandes como los míos. Nuestra última conversación me parecía aún más amarga de lo que en realidad había sido, yo veía solamente su orgullo, percibía su recelo hacia mí, y creé en mi interior una ira mayor que la que había sentido jamás. Su orgullo está herido porque se da cuenta de que Annunziata es más amable conmigo que con él; cierto que fue él quien me condujo hasta ella, pero quizá su mente había previsto que yo me convertiría en simple objeto de burla; por eso se asombró al oírme cantar e improvisar, nunca había podido imaginar que yo llegara a cantar al lado de su bella criatura, superando su libertad y su osadía... Ahora pretende asustarme para que no vuelva a visitarla. ¡Un ángel bueno desearía algo muy distinto! Su dulzura, sus ojos, todo en ella me dice que me ama, que es benévola conmigo, más aún que benévola, pues ha de darse cuenta de que la amo.

Feliz, deposité cálidos besos sobre las almohadas, mas con la alegría del amor creció también mi acritud hacia Bernardo. Me irrité conmigo mismo por no tener más temperamento, más ímpetu y más cólera; ahora disponía de cien espléndidas respuestas que habría debido darle la última vez que me trató como a un niño, cada una de sus pequeñas ofensas seguían vivas en mi recuerdo. Por primera vez sentí de verdad la sangre hervir en mis venas, una seria determinación, los sentimientos más nobles y puros mezclados con una

repulsiva cólera me privaron del sueño. Sólo de madrugada conseguí dormir un poco, pero aquello me dio fuerzas y desperté con el corazón más ligero; avisé al custode de la llegada de unas damas forasteras que querían visitar la galería, y acudí a casa de Annunziata. Los tres fuimos en el carruaje hasta el Palazzo Borghese.

XIII

La galería de arte. Algunas precisiones. La fiesta de Resurrección. El punto de inflexión de mi destino

Para mí fue toda una emoción guiar a Annunziata por el lugar en el que había jugado de pequeño, y donde la Signora me había enseñado las pinturas y se había divertido con la simpleza de mis preguntas y mis comentarios. Yo conocía cada una de las piezas, pero Annunziata las conocía mejor, pues las conocía espiritualmente; sus observaciones eran completamente atinadas; con mirada habituada y sentido natural ponía de relieve cada belleza... Estábamos ante la famosa pieza de Gherardo delle Notti, Lot con sus hijas, yo alabé el gran efecto que creaba, la poderosa mirada de Lot y sus hijas, alegres de vivir, que le servían el vino; el rojizo cielo del atardecer, que brilla entre los oscuros árboles.

—¡Esta pintado con llamas y espíritu! —exclamó ella, mirándome—. Admiro el pincel del artista en el colorido y la expresión, pero no me agrada que haya elegido este tema, yo exijo de la pintura una especie de decencia, una noble pureza en la elección de tema. Por ello tampoco me atrae la Dánae de Correggio tanto como podría hacerlo; es bella, y divino es el angelito de alas de colores que está sentado en la cama ayudándola a recoger el oro, pero el tema me parece innoble, hace daño, si así puedo expresarlo, al sentido de la belleza de mi propio corazón. Por eso me parece tan grande Rafael; en todo lo que conozco de él es siempre un apóstol de la inocencia, y por eso pudo darnos a su Madonna.

—Pero la belleza de la obra de arte —la interrumpí— puede hacernos olvidar lo innoble del tema.

—Jamás —respondió Annunziata—; el arte, en cada una de sus ramas, es sagrado y elevado, y la pureza del espíritu impresiona más que la pureza de las formas; por eso pueden impresionarnos tan profundamente las ingenuas representaciones de los maestros antiguos, aunque a veces parezcan cuadros chinos, con sus formas tan marcadas. ¡Todo es rígido y duro! El espíritu puede ser puro en el cuadro del pintor igual que en el canto del poeta, estoy dispuesta

a permitir algún exceso, a considerarlo una estridencia y lamentar que el artista tuviera esa ocurrencia, pero podré alegrarme con el conjunto.

—Pero —la interrumpí—, la alternancia de distintos temas lo hace interesante; ver permanentemente...

—Usted me malinterpreta. No pretendo en absoluto que me estén pintando siempre a la Madonna. No, soy feliz con el precioso paisaje, la realista escena de vida popular, el barco en la tormenta y los ataques de piratas de Salvatore Rosa. Pero no quiero nada inmoral en el reino del arte, y así denomino yo incluso a la pieza, muy bien pintada, de Schedino que hay en el Palazzo Sciarra. ¿La recuerda? Dos campesinos a lomos de asnos pasan ante una tapia de piedra en la cual hay una calavera, como si fuera un ratón, una lombriz o un tábano, y en la tapia se leen las palabras *et in Arcadia ego*.

—Lo conozco —respondí—; cuelga al lado de los espléndidos violinistas de Rafael.

—Sí —respondió Annunziata—, ojalá la inscripción apareciera debajo de ese cuadro y no del otro, tan horrible.

Nos hallábamos ahora ante las Estaciones de Francesco Albani; le conté la impresión que me habían causado, de niño, aquellos pequeños amorini, cómo viví y cómo llegué a la galería.

—¡Estuvo usted en unos sitios deliciosos durante su infancia! —exclamó ella reprimiendo un suspiro, que tal vez era un eco de la suya.

—¡La suya no los tuvo en menor grado! —respondí—. Usted era una niña feliz, admirada, cuando la vi por vez primera, y la segunda vez que nos encontramos, había extasiado a Roma entera y... parecía feliz, ¡y eso es lo principal!

Me había inclinado hacia ella, que me miró a los ojos con una mirada extrañamente melancólica y exclamó:

—¡Aquella niña admirada y feliz perdió a su padre y a su madre, era un pajarillo silvestre sobre la rama desnuda; habría muerto de hambre, sin duda, pero el despreciado judío le dio cobijo y alimento hasta que pudo salir volando sobre el proceloso mar!

Calló, agitó la cabeza y continuó:

—No es un cuento capaz de entretener a un forastero, y no sé si puedo contar mucho de algo como eso —quiso levantarse, pero le tomé la mano preguntando:

—¿Acaso soy para usted un simple forastero?

Dejó perdida la mirada por un instante, sonrió melancólica, y dijo:

—Pero sí, también he tenido momentos hermosos en mi vida —y añadió, con su alegría habitual—; ¡sólo pensaré en ellos! Nuestro encuentro de infancia, me ha contagiado usted su retorno al pasado para convertirlo en un sueño, y el corazón podrá contemplar así sus propios cuadros, en vez de las obras de arte que están fuera de nosotros.

Cuando salimos de la galería y llegamos a su hotel, Bernardo había pasado ya por allí a visitarla; le habían dicho que había salido con la anciana señora, y que yo las acompañaba. Imaginé que se habría sentido muy dolido pero, en lugar de entristecerme como en ocasiones anteriores, mi amor por Annunziata despertó mi rechazo y mi acritud hacia él; siempre había deseado, ciertamente, que yo tuviera temperamento y fuerza de voluntad, aunque fuera injusto con él; ahora habría de padecerlos.

Constantemente sonaban en mis oídos las palabras de Annunziata sobre el despreciado judío que tomó bajo sus alas a la avecilla silvestre; de forma que ella tenía que ser la misma persona que Bernardo había visto en casa del anciano Hanoch; aquella historia me resultaba apasionante, pero no había forma de empujarla a continuar el hilo.

Cuando volví al día siguiente, ella estaba en su dormitorio estudiando su nuevo papel, y me entretuve un buen rato con la anciana señora, que estaba más sorda de lo que yo pensaba; parecía muy agradecida de que hablara con ella. Me llamó la atención que ya la primera vez, después de mi improvisación, me había mirado con cordialidad y pensé que me habría oído.

—¡Y lo oí! —aseguró ella—. Por la expresión de su rostro y las pocas palabras que conseguía captar, comprendí el conjunto. ¡Y era muy hermoso! Y es que los recitativos de Annunziata los comprendo bien, simplemente por la mímica; mi vista se ha hecho más aguda al debilitárseme el oído.

Me preguntó por Bernardo, que había estado allí el día anterior, y lamentó que no se encontrara ahora con nosotros. Manifestó interés y bondad hacia él.

—Sí —me dijo cuando se lo hice observar—. Tiene una personalidad bien noble. Lo conozco perfectamente... ¡ojalá el Dios de los judíos y el de los cristianos lo protejan!

Poco a poco se fue volviendo más locuaz, su amor por Annunziata era grande y conmovedor; eso me quedó muy claro por los numerosos pormenores interrumpidos y continuados otra vez, aunque no siempre claros, que me contó: Annunziata había nacido en España, de padres españoles, pero en su primera infancia llegó a Roma y, como no tenía padre ni madre, el anciano Hanoch, que en su juventud había vivido en la patria de la niña y había conocido a sus padres, fue el único que se ocupó de ella; que más tarde, cuando era todavía una niña, volvió a su tierra natal, donde vivió con una

señora que educó su voz y su talento dramático. Un hombre de grandes influencias se enamoró de la preciosa niña, pero la frialdad de ésta hacia él despertó su ira y su insistencia. La anciana no parecía atreverse a alzar el misterioso velo que cubría aquellos sucesos.

La vida de Annunziata corrió peligro y ella escapó secretamente a Italia, pues en el barrio judío de Roma, en casa de su anciano padre adoptivo, nadie la buscaría. Aquello había sido solamente año y medio atrás; fue entonces cuando debió de ver a Bernardo y le sirvió el vino, como tantas veces me había contado él. Me pareció que había sido una seria imprudencia mostrarse de ese modo ante un desconocido, pues podía temer un asesino en cualquier forastero. Sin embargo, sabía que Bernardo no podía serlo, pues había oído alabar su bravura y su nobleza. Poco después les llegó la noticia de que su perseguidor había muerto; por eso se marchó, entusiasmada con su sagrado arte, y encantó a las multitudes con su arte y su belleza. La anciana señora la acompañó a Nápoles, la vio recoger los primeros laureles, y desde entonces no la había abandonado.

—Sí, es todo un ángel de Dios —dijo la locuaz anciana—; es devota en su religión, como ha de serlo una mujer, y tiene tan buena cabeza como se puede esperar en alguien con tan magnífico corazón.

Cuando salí de la casa empezaron a sonar los disparos de alegría. En todas las calles, en las plazas, en los balcones y las ventanas, la gente disparaba pistolas y escopetas como señal de que había terminado la Cuaresma. Los tapices negros de iglesias y capillas que habían tenido ocultas las pinturas durante cinco largas semanas cayeron al mismo tiempo; todo era la alegría de la Pascua, día de gozo, doblemente gozoso para mí, pues había sido invitado a acompañar a Annunziata a la fiesta de la iglesia y a la iluminación de la cúpula.

Repicaban a Pascua todas las campanas, los cardenales salían en sus lujosos carruajes sobrecargados de lacayos en la parte trasera; los séquitos de los ricos forasteros, el ajeteo de los peatones, todo llenaba por completo las estrechas callejas. En el Castillo de Sant'Angelo ondeaban las grandes banderas con los colores papales y las sagradas imágenes de la Madonna. En la Plaza de San Pedro había música y se vendían coronas de flores, tallas que representaban al Papa que iba a dar la bendición. Las fuentes jugaban con sus inmensos chorros y por toda la columnata habían instalado palcos y bancos que ya estaban casi completamente ocupados, igual que la plaza misma. Al poco salió de la iglesia una multitud casi igual de grande, donde procesiones y cantos, exposición de sagradas reliquias, trozos de la lanza, de los clavos, etc., confortaban a tantos espíritus piadosos. La enorme plaza parecía un mar de personas, una cabeza, al moverse, rozaba otra cabeza, las hileras de coches se hacían cada vez más apretadas, campesinos y muchachos trepaban a los

pedestales de las estatuas de santos, era como si en aquel instante Roma entera viviera y respirase solamente allí. El Papa fue sacado de la iglesia en procesión, en un espléndido trono llevado sobre los hombros de seis sacerdotes vestidos de carmesí, dos clérigos más jóvenes lo abanaban con gigantescas colas de pavo real sujetas a largas varas, los sacerdotes movían ante él los incensarios y los cardenales iban detrás, entonando cantos píos. En el instante en que el cortejo salió por las grandes puertas, fue recibido con júbilo por todos los coros. Descendió por la gran escalinata de mármol hasta la galería, en cuyo balcón se mostró el Papa, rodeado por los cardenales. Todos, jóvenes o ancianos, se hincaron de rodillas, también las largas filas de soldados; solamente los extranjeros de religión protestante siguieron en pie, pues no estaban dispuestos a inclinarse para recibir la bendición de un anciano. Annunziata hincó una rodilla en el suelo de su coche y miró con ojos de profunda emoción al Santo Padre, cuando el profundo silencio lo inundó todo y la bendición descendió como invisibles lenguas de fuego sobre nuestras cabezas. Desde el balcón papal ondearon dos legajos, uno con el perdón de los pecados, otro con el anatema a los enemigos de la iglesia, y el populacho pugnó por apoderarse aunque sólo fuera de un pedacito de ellos. Repicaron de nuevo las campanas de todas las iglesias, la música se sumó a su júbilo; yo me sentía tan feliz como Annunziata. En el momento en que nuestro carruaje se puso en movimiento, Bernardo pasó muy cerca de nosotros; saludó a las damas, pero no dio señal alguna de reconocer mi presencia.

—¡Qué pálido está! —dijo Annunziata—. ¿Estará enfermo?

—No lo creo —respondí, aunque sabía perfectamente qué era lo que alejaba la sangre de sus mejillas. Aquello animó mi determinación; sentí cuán alto era mi amor por Annunziata, que sería capaz de hacer por ella cualquier cosa, y si ella me concedía su amor, yo la seguiría, no me cabían dudas sobre mi propio talento dramático, y de mi canto conocía bien el efecto que causaba, ansiaba poder comparecer por siempre en el escenario con gloria, a su lado, ¡mas había de atreverme a dar el primer paso! Si ella me amaba, ¿qué podía exigir Bernardo? Podía cortejarla si quería, si su amor era tan fuerte como el mío, y si ella lo amaba a él, bien, yo me apartaría en ese mismo instante. Eso le escribí ese mismo día en una carta que, estoy convencido de ello, respiraba un corazón cálido y leal; pues derramé muchas lágrimas sobre el papel al recordar nuestra antigua relación y la forma en que mi corazón se había unido a él. Al enviar la carta me sentí mucho más tranquilo, aunque la idea de perder a Annunziata me atormentaba con su afilado pico como el águila a Prometeo. Pero también soñé con ir siempre con ella, cosechar gloria y satisfacción a su lado. Como cantante, como improvisador, mi vida tendría un nuevo comienzo.

Después del Avemaría acompañé a Annunziata y a la anciana en su coche para ver la iluminación de la cúpula. Toda la iglesia de San Pedro con su

elevada cúpula, las dos menores a los lados y la fachada entera, estaba decorada con lámparas transparentes de papel; estaban colocadas de tal modo que el enorme edificio, en su totalidad, era una silueta de fuego sobre el cielo azul. La muchedumbre parecía aún mayor que en las horas de la tarde, sólo podíamos movernos a pie. Desde el Puente Sant'Angelo vimos por vez primera en su totalidad el inmenso edificio iluminado que se reflejaba en el amarillento Tíber sobre el que algunas barcas, repletas de gentes felices, animaban el cuadro. En el momento en que estábamos llegando a la Plaza de San Pedro, donde todo era alegría, música, repicar de campanas, sonó la señal para el cambio de iluminación. Varios cientos de personas estaban repartidas por los techos y las cúpulas de la iglesia, y todos a una sacaron grandes pailas de hierro y coronas de brea encendida. Era como si cada farol ardiese en una llama, el edificio entero se convirtió en un llameante templo de Dios que iluminaba Roma como la estrella sobre el pesebre de Belén. El júbilo de la gente crecía más y más, y Annunziata quedó absorta en la contemplación de aquella maravilla.

—¡Qué horrible! —exclamó—. Ese pobre hombre que tiene que colocar la lámpara más alta en la cruz de la gran cúpula. ¡Me mareo sólo de pensarlo!

—¡Es tan alta como las pirámides de Egipto! Hace falta gran agilidad para trepar hasta allí arriba y sujetar las cuerdas. El Santo Padre ordena que se le administren los santos sacramentos antes de subir hasta allí.

—Así se arriesga una vida humana —suspiró ella—, y tan sólo por la pompa y la alegría de un instante.

—¡Pero es también para ensalzar a Dios! —respondí yo—. ¡Y cuántas veces ponemos nuestra vida en peligro por cosas menores! —los carruajes pasaban a toda velocidad, la mayoría se dirigía al Monte Pincio para ver desde allí, a mayor distancia, la iglesia iluminada y la ciudad entera, imbuida de su resplandor—. Pero es una idea muy bella —continué— que la iglesia irradie su luz sobre toda la ciudad. Quizá fue aquí donde tuvo Correggio la idea de su noche eterna.

—¡Perdóneme! —exclamó ella—; tal vez ha olvidado que el cuadro se concluyó antes que la iglesia. Ciertamente, la idea debió surgir de su propio corazón, y eso incluso me parece más hermoso. Pero podemos contemplar todo este boato desde un punto más alejado. Podríamos verlo desde el Monte Mario, allí no habrá tanta gente como en Monte Pincio. Y estamos cerca.

Retrocedimos por la columnata y pronto estuvimos fuera. El coche se detuvo junto a la pequeña fonda en el camino hacia lo alto de la colina, la cúpula de la iglesia se mostraba espléndida, parecía construida de ardientes soles. La fachada estaba aún oculta, pero también ella tenía un efecto propio, pues el resplandor que se expandía desde el aire iluminado hacía parecer que

la cúpula resplandeciente flotara sobre un mar de luz. El sonido de la música y las campanas llegaba hasta nosotros, pero en torno nuestro la noche era mucho más oscura de lo normal y las estrellas parecían solamente puntitos blancos en el cielo, habían apagado su brillo ante los deslumbrantes fuegos de Roma. Me apeé del coche y entré en la pequeña hospedería para comprar algún refrigerio. Al entrar en el estrecho pasillo en el cual brillaba la lámpara ante el cuadro de la Madonna, me topé con Bernardo, tan pálido como cuando recibió la corona en la escuela jesuita. Sus ojos ardían como los de un enfermo de fiebre, y me cogió la mano con una violencia y una fuerza de loco.

—¡No soy un asesino, Antonio! —dijo con una voz extrañamente apagada—. De otro modo, clavaría mi sable en tu innoble corazón, pero ¡habrás de luchar conmigo, lo quiera o no tu cobardía! ¡Ven, ven conmigo!

—¡Bernardo, estás trastornado! —exclamé intentando soltarme.

—¡Grita todo lo que quieras! —continuó con su voz apagada—. ¡Que vengan a ayudarte, pues que tú solo no te atreves a enfrentarte ni a una persona sola! ¡Antes de que me aten las manos, tú estarás muerto! —me entregó una pistola—. ¡Venga, dispárame, o seré yo quien te mate a ti! —y me arrastró con él hacia el exterior, yo tenía en la mano la pistola que me había dado, con la que me defendía de él.

—¡Ella te ama a ti! ¡Y con orgullo pretendes demostrárselo a todos los romanos, y a mí, a quien engañaste con traicioneras zalamerías, aunque jamás te di pie para ello!

—¡Estás enfermo, Bernardo! ¡Estás loco, no te acerques! —intentó arrojar sobre mí y yo lo empujé para apartarle... entonces oí el disparo, mi mano temblaba, todo estaba lleno de humo a mi alrededor, pero un extraño suspiro, grito no puedo llamarlo, llegó hasta mis oídos, hasta mi corazón... ¡Mi pistola se había disparado, Bernardo yacía ante mí sobre un charco de sangre! Igual que un sonámbulo seguía yo con la pistola bien sujeta entre mis dedos; sólo entonces oí voces que provenían de la gente de la casa, y oí el grito de Annunziata:

—¡Cielo Santo! —vi ante mí a Annunziata y a la anciana señora, y me di cuenta de la desgracia que acababa de suceder.

—¡Bernardo! —aullé desesperado, e intenté arrojarme sobre su cuerpo, pero Annunziata estaba arrodillada a su lado, intentando detener la sangre. Aún veo su pálido rostro, la mirada fija en mí. ¡Yo estaba como clavado en el sitio!

—¡Sálvese, sálvese! —gritó la anciana señora, tirándome del brazo.

Entonces grité yo, abrumado por el dolor:

—¡Soy inocente! ¡Jesús, María! ¡Soy inocente! ¡Quería matarme, fue él quien me dio la pistola, se disparó por azar! —y lo que en otra situación nunca me habría atrevido a confesar, lo dije ahora a gritos en mi desesperación—: ¡Annunziata, los dos te amábamos! ¡Yo quería morir por tu amor, igual que él! ¿Quién de nosotros dos te era más querido? ¡En este momento de desesperación, dime si me amas, y entonces huiré!

—¡Fuera! —balbuceó ella haciéndome un gesto con la mano, mientras atendía al muerto.

—¡Huya! —gritó la anciana señora.

—Annunziata, ¿quién te era más querido? —pregunté, abrumado por el dolor. Entonces bajó su cabeza hacia el muerto, la oí llorar y vi sus labios tocar la frente de Bernardo.

—¡Los gendarmes! —se oyó gritar a nuestro alrededor—. ¡Huya, huya! —y fui alejado de la casa como por unas manos invisibles.

XIV

Los campesinos de Rocca di Papa. La guarida de ladrones. Las Parcas de mi vida

¡Ama a Bernardo! resonó en lo más profundo de mi corazón; era el dardo de la muerte, que vertía veneno por toda mi sangre, me hacía escapar e incluso ahogaba la voz que gritaba: Has matado a tu hermano y amigo.

Instintivamente corrí entre arbustos y matorrales, trepé muros que rodeaban las viñas de la montaña. La cúpula de San Pedro brillaba muy alta en el cielo; así brillaba también el fuego en los altares de Caín y Abel cuando el asesino corría para escapar.

Anduve errante durante varias horas sin interrupción; no me detuve hasta llegar al amarillento Tíber, que me cortaba el camino; desde Roma hasta el Mediterráneo no encontraría puente ni barca que pudieran llevarme hasta el otro lado. Aquel obstáculo inesperado fue una cuchillada que por un instante rajó el gusano que me corroía el corazón, pero pronto volvió a crecer de nuevo, y sentí con redoblada fuerza mi desdicha.

A sólo unos pocos pasos de mí estaban las ruinas de una tumba, algo mayor que aquélla en la que había vivido con la vieja Domenica, aunque más arruinada. Junto a los bloques de piedra caídos vi tres caballos trabados, comían del saco de forraje que llevaban bajo el cuello.

Daba acceso a la sala de la tumba una amplia apertura con varios escalones descendentes; dentro ardía una fogata. Dos labriegos de fuerte constitución, cubiertos con pieles de cordero con la lana hacia afuera, y con grandes botas y sombreros puntiagudos con estampas de la Virgen María, estaban sentados en torno al fuego fumando sus pipas de tubo corto; una figura más pequeña, envuelta en una gran capa gris y con un sombrero de ala ancha calado sobre los ojos, se apoyaba en la pared mientras bebía de un frasco de vino, brindando por la salud y el alegre reencuentro. No había hecho más que ver al grupo cuando fui descubierto por ellos. Echaron mano de sus armas, que estaban en el suelo a su lado, como si temiesen un ataque, y al momento se enfrentaron a mí.

—¿Qué busca aquí? —preguntaron.

—Una barca para cruzar el Tíber —respondí.

—¡Pues busque todo lo que quiera! Aquí no hay más puente ni barca que los que pueda llevar uno mismo.

—Pero —comenzó el otro, mientras me estudiaba de arriba abajo—; se ha alejado usted mucho de la carretera, signore, y esta región no es nada recomendable por las noches. La banda del feroz de Cesaris debe tener raíces bien largas, aunque el Santo Padre haya intentado sacarlas con la pala, así que lo mismo cae usted en sus brazos.

—¡Debería llevar usted algún arma! —dijo otro—. Es lo que hacemos nosotros, carga triple en el trabuco de chispa y una pistola en el cinturón, por si falla el trabuco.

—Bueno, yo hasta llevo una navajita —dijo el primero, que se sacó del cinturón una navaja afilada y muy brillante, con la que jugueteó pasándosela de una mano a otra.

—¡Vuelve a meterla en su funda, Emidio! Me parece que este signore forastero está muy pálido; es un hombre joven que se espanta al ver un arma tan afilada. Le quitarán sus pocos scudi los primeros canallas con que se encuentre. Con nosotros no lo tendrán tan fácil, sabe usted —me dijo el hombre—; denos su dinero para que se lo guardemos y estará a salvo, créame.

—Pueden coger todo lo que tengo —respondí, harto de la vida y embotado por el dolor—. No conseguirán mucho —para entonces ya me había dado cuenta de la compañía en la que me encontraba; al momento metí la mano en el bolsillo, donde sabía que tenía dos scudi, pero para gran asombro mío encontré una bolsa. La saqué, era labor femenina; la había visto ya antes, en manos de la anciana signora en casa de Annunziata; debió de habérmela metido en el bolsillo en el último momento, para que tuviera algún dinero que pudiera utilizar en mi desdichada huida. Los tres echaron mano a la bolsa, que

estaba bien llena, pero yo dejé caer su contenido en una piedra plana que había delante de la fogata.

—¡Oro y plata! —exclamaron al ver los brillantes luises de oro y las piastras—. ¡Sería una pena que estas preciosidades cayeran en manos de bandidos!

—Ahora, matadme —dije—. ¿Es esa vuestra intención? Así pondréis fin a mis padecimientos.

—¡Madonna mía! —exclamó el primero—. ¿Pero quiénes se cree usted que somos? Somos unos honrados campesinos de Rocca di Papa. ¡Nunca mataríamos a un hermano cristiano! ¡Bébase un poco de vino con nosotros y cuéntenos qué lo ha empujado a venir por aquí!

—Ese será mi secreto —respondí, y cogí el vino que me ofrecían, pues los labios me ardían y me pedían algo para refrescarlos.

Se cuchichearon unos a otros unas palabras al oído. El hombre del sombrero de ala ancha se puso en pie e hizo un gesto de confianza a los otros, me miró burlón a la cara y dijo:

—Después de esta tarde tan divertida y tan templada tendrá usted una noche bien fría —se fue, y al poco le oímos trotar por la campiña.

—¿No quería usted cruzar el Tíber? —dijo uno de ellos—. ¡A menos que venga con nosotros, tendrá que esperar mucho! Siéntese conmigo en el caballo, porque no creo que le apetezca demasiado ir nadando agarrado a la cola.

En aquel lugar no estaba seguro, sentía que mi hogar se hallaba junto a los fugitivos. El hombre me ayudó a montar sobre su poderoso y brioso caballo, y él se sentó delante.

—Déjeme que lo sujete con esta cuerda —dijo el hombre—. De otro modo se escurrirá —y me pasó una soga por el pecho y los brazos, que luego se pasó él por la cintura, de modo que íbamos espalda con espalda; yo no podía mover los brazos. El caballo entró en la corriente despacio, tanteando con las patas, y al poco el agua le llegaba hasta el codillo, con fuerza se abrió paso hasta la orilla opuesta. En cuanto llegamos allí, el hombre soltó la cuerda que me tenía sujeto a él, pero sólo para atarme las manos aún más fuerte a la cincha.

—¡Podría caerse y romperse el cuello! —dijo—. Sujétese bien, porque ahora iremos campo a través —apretó los pies contra los costados del caballo; el otro hizo lo mismo, y como hábiles jinetes empezaron a recorrer la gran llanura vacía. Yo me agarraba con manos y pies. El viento levantaba el largo cabello negro del hombre, que me azotaba las mejillas. Pasamos delante de tumbas derruidas, vi los acueductos y la luna que, roja como la sangre, se

elevaba sobre el horizonte mientras una neblina blancuzca pasaba entre nosotros.

Haber matado a Bernardo, haber abandonado a Annunziata y mi hogar, y estar ahora huyendo locamente por la campiña, atado al caballo de un bandido... todo me parecía un sueño, una horrible pesadilla. ¡Ojalá despertara para ver desaparecer aquel horror! Cerré los ojos con fuerza y solamente sentí el viento frío de las montañas que me soplaba en las mejillas.

—Enseguida estaremos bajo las sayas de la abuelita —dijo el jinete, cuando nos acercamos a las montañas—. ¿Verdad que es bueno este caballo? Este año recibió la bendición de San Antonio; mi chavalillo lo adornó con un copete y unas cintas de sedas, le pusimos una Biblia y agua bendita, y este año no habrá demonio ni mal ojo que pueda dañarlo.

El amanecer ya empezaba a brillar en el horizonte cuando nos adentramos en las montañas.

—Empieza a clarear —dijo uno de los jinetes—. El sol podría hacer daño al signore en los ojos, así que le daré una sombrilla —y me echó una pañoleta sobre la cabeza y la sujetó fuerte para que no pudiera ver ni lo más mínimo; mis manos estaban atadas, era su prisionero, y en mi dolor me sentí indiferente. Noté que ascendíamos, pero al poco volvimos a descender; ramas y matorrales me golpeaban la cara; era un camino completamente agreste. Por fin pude apearme, me llevaron de la cuerda pero nadie dijo una sola palabra; descendimos por una escalera a través de una angosta abertura. Mi alma había estado demasiado ocupada consigo misma para darse cuenta de la dirección que habían seguido conmigo montañas adentro, aunque la distancia no había podido ser demasiado grande. Sólo muchos años después de conocer aquel lugar, muchos forasteros se alojaron allí y muchos pintores lo reprodujeron en formas y colores. Estábamos en la antigua Tusculum. A espaldas de Frascati, donde la ladera está cubierta de bosques de castaños y elevados laureles, siguen hoy existiendo aquellas ruinas de la antigüedad. En varios lugares de la montaña hay profundos agujeros, bóvedas casi ocultas por feraz hierba y espesos matorrales. Al otro lado del valle se ven los altos Abruzos, los reducidos pantanos, lo que otorga al paisaje una agrestura que en ningún sitio es tan fuerte como aquí, junto a los últimos restos de una de las ciudades de la antigüedad.

Me hicieron pasar por una de las aberturas de la montaña, medio oculta por las enredaderas y los matorrales; nos detuvimos; oí un silbido tenue y en seguida el ruido de una puerta o una trampilla que se abría. Descendimos unos escalones más y pude oír varias voces, me quitaron la máscara de los ojos y pude ver que me hallaba en una amplia estancia abovedada; hombres corpulentos vestidos con pieles de oveja, igual que mis guías, estaban jugando

a las cartas en torno a una larga mesa de madera sobre la cual ardían dos candiles de latón con varias bocas, que iluminaban fuertemente sus oscuros y expresivos rostros. Delante de ellos había vino en grandes garrafas. Mi llegada no causó extrañeza alguna; se me hizo sitio a la mesa, me entregaron un vaso y un pedazo de salami mientras hablaban entre ellos en un dialecto que yo no comprendía, pero su conversación no parecía tener relación conmigo.

No sentía hambre alguna, tan sólo una sed ardiente, y bebí algo de vino; mis ojos recorrieron las paredes y por todas partes vi armas y prendas de vestir; en un rincón de la estancia había una cavidad y en lo más alto de ella colgaban dos liebres despellejadas, y debajo de ellas descubrí otra criatura más. Una mujer anciana y flaca, de porte erguido, casi juvenil, estaba sentada casi inmóvil, hilando lino en su huso; su cabello plateado se había soltado del moño y le caía sobre una mejilla y en torno al cuello parduzco; los negros ojos estaban fijos en el copo de lino. Era el modelo viviente de una de las Parcas. Ante sus pies había un buen número de ascuas de madera que ardían lentamente, como si formaran un círculo mágico que la mantenía apartada de este mundo.

No me dejaron tranquilo demasiado tiempo, empezaron a hacerme una especie de examen sobre mi situación social, mi fortuna y mi familia. Les conté que ya tenían todo cuanto poseía, que nadie en Roma, si acaso pensaban pedir rescate por mí, daría ni un scudo, y que no era más que un pobre hombre que llevaba un tiempo pensando en viajar a Nápoles para hacer valer su talento de improvisador. No les oculté el auténtico motivo de mi huida, el desafortunado disparo accidental, aunque sin mencionar detalles más precisos.

—El único rescate que podréis obtener por mí —les dije— es el que os den las autoridades si me entregáis. Hacedlo, pues por el momento no deseo nada mejor.

—¡Pues menudo deseo! —dijo uno de los hombres—. Seguro que tiene en Roma alguna mujercita que estará encantada de sacrificar sus zarcillos de oro por la libertad de usted. Siempre podrá irse después a improvisar a Nápoles, nosotros sabremos hacerle pasar la frontera. Y el rescate será señal de hermandad, así que aquí está mi mano. Está usted entre personas honorables, no le quepa la menor duda. Pero duerma y piénselo, ahí tiene la cama, le traeré una manta que soporta las tormentas y la lluvia del siroco: ¡mi capa marrón, que está ahí colgada! —me la echó, indicó con la mano un jergón de paja que había en el suelo a un extremo de la mesa, y me dejó solo mientras entonaba una canción popular de Albano, *Discendi o mia Bettina*.

Me dejé caer en el catre, sin pensar en el descanso. Los últimos sucesos se deslizaban ante mí como espantosos cuadros de horror; pero mis ojos se cerraron. Mis fuerzas físicas estaban agotadas, dormí profundamente hasta

bien entrado el día. Cuando desperté, me sentí considerablemente más fuerte. Todo lo que había desgarrado mi alma parecía ahora solamente un sueño, pero el lugar en que me hallaba, los oscuros rostros a mi alrededor, me dijeron al instante que mis recuerdos eran la realidad.

Un forastero, con pistolas al cinto y la larga capa gris suelta sobre un hombro, estaba sentado a caballo en el banco, enzarzado en conversación con los demás bandidos. En el rincón de la bóveda seguía la anciana de tez de mulata hilando en su huso, exactamente igual que antes, un cuadro pintado sobre el fondo oscuro. Las brasas de madera sobre las losas de piedra que había ante ella esparcían calor.

—El disparo le entró por el costado —oí contar al forastero—; ha perdido algo de sangre, pero en un mes se le habrá pasado todo.

—¡Eh, signore! —gritó mi jinete al verme despertar—. Doce horas de sueño en una espléndida almohada. Vaya, Gregorio trae noticias de Roma, que seguramente le gustarán. Le ha dado usted un buen pisotón a la cola del excelentísimo Senado. Ha sido como usted dijo. Todos los detalles coinciden. Le ha agujereado el pellejo al sobrino del senador. ¡Vaya tiro más atrevido!

—¿Ha muerto? —fueron las únicas palabras que logré articular.

—No, no del todo —respondió el forastero—; por esta vez no se va a morir. Al menos es lo que dice el doctor. La Signora esa extranjera tan guapa, que dicen canta como un ruiseñor, se pasó la noche en vela junto a su cama, hasta que el doctor le aseguró que podía estarse tranquila, que no había ningún peligro.

—Falló usted el tiro, tanto el que le pegó a él, como el dirigido al corazón de la signora. Deje volar a los pajarillos, que hacen buena pareja, y quédese con nosotros. Nuestra vida es libre y divertida, puede llegar a ser usted todo un principito, y el peligro no es mayor que el propio de cualquier corona. Tendrá usted vino, aventuras y chicas preciosas a cambio de esa que se le largó. ¡Más vale beberse la vida de un trago feliz que andar suspirando y lloriqueando!

«¡Bernardo está vivo! ¡No soy su asesino!» Este pensamiento vertió nueva vida en mi alma, pero no consiguió calmar el dolor por Annunziata. Tranquilo y decidido contesté al hombre que podían hacer conmigo lo que quisieran, mi naturaleza, mi educación y mis principios me prohibían tener con él cualquier otra relación que la que me había acarreado el azar.

—¡Seiscientos scudi por lo menos será su rescate! —dijo el hombre con tenebrosa seriedad—. Tienen que estar aquí en seis días, o haremos con usted lo que nos plazca. ¡Vivo o muerto! Su apuesto rostro y mi bondad con usted no le servirán de nada. Sin los seiscientos scudi puede elegir entre la hermandad con nosotros o la hermandad con los muchos que se están abrazando en el

fondo del pozo. Escríbale a su amigo o a la bella cantante, en el fondo tienen que estarle agradecidos, pues les ha ayudado a aclararse entre ellos. ¡Estarán encantados de pagar esa mísera cantidad por usted! Nadie ha salido nunca de nuestra hospedería por un precio tan bajo. ¡Piénselo! —continuó sonriendo—. El transporte hasta aquí fue gratuito y ahora tendrá alojamiento y manutención durante seis días. ¡Nadie puede decir que no sea barato!

 Mi respuesta no varió.

 —¡Testarudo! —dijo—; eso me gusta de ti, y tengo que decírtelo, aunque te vaya a meter una bala en el corazón. Nuestra arrojada existencia puede atraer a un alma juvenil y tú eres poeta, improvisador, no te vas a dejar asustar por una audaz fuga. Si yo ahora te pidiese que cantaras «la orgullosa fuerza que habita entre los picachos», ¿no alabarías y ensalzarías la vida que ahora parece despreciar? Bebe tu copa y déjanos oír tu arte, nos cantarás lo que acabo de decirte, la orgullosa fuerza de los montes, y si lo haces como un auténtico maestro, añadiré un día más a tu plazo —me entregó la cítara que colgaba en la pared, los bandidos se reunieron a mi alrededor exigiéndome que cantara.

 Reflexioné por unos instantes. Tenía que cantar sobre el bosque, sobre los roquedales, yo, que en realidad jamás había estado en ellos; la noche de mi peregrinaje la hice con los ojos vendados, y durante mi estancia en Roma solamente visité los pinares de Villa Borghese y Villa Pamfili; las montañas me habían interesado de pequeño, ciertamente, pero solamente desde mi observatorio en la choza de Domenica; la única vez que estuve en ellas fue con ocasión de la desgraciada excursión a la fiesta de las flores de Genzano. La oscuridad y el silencio del bosque formaban parte de la imagen que me trajo la memoria del paseo bajo los altos plátanos del lago de Nemi, donde trenzamos coronas aquella tarde; volvía a verlo, las ideas despertaron en mi alma. De pronto se movieron ante mí todas aquellas imágenes que necesitaría el doble de tiempo para poder expresarlas en palabras. Toqué algunos acordes y el pensamiento se hizo habla, el habla, ondeante verso; describí el profundo lago rodeado de bosques, el pico que se alza hacia el cielo. En el nido de águilas estaba la hembra enseñando a sus polluelos la fuerza de las alas, entrenando su orgullosa mirada para que pudieran mirar el sol. «Sois los reyes de las aves, agudos vuestros ojos, fuertes vuestras garras; volad y dejad a vuestra madre, os seguirán mis ojos y cantará mi corazón con la lengua del cisne besado por la muerte, cantaré vuestra orgullosa fuerza». Y los polluelos vuelan del nido, uno voló tan sólo hasta el más cercano picacho y allí quedó en silencio, sus ojos hacia los rayos del sol, como queriendo embeberse de sus llamas, pero el segundo se deslizó audaz en grandes círculos, muy por encima de los bosques y el quieto lago profundo. La superficie del agua era un espejo para la corona boscosa y el azul cielo. Un pez inmenso estaba quieto como un junco en la

superficie; pero el reflejo condujo al águila hacia su presa, hincó en su lomo sus afiladas garras y el corazón de la madre tembló de deleite. Pero pez y ave eran de parejas fuerzas. La afilada garra estaba clavada con demasiada fuerza para poder soltarse, y comenzó la lucha que hizo agitarse el calmado lago en enormes anillos; por un instante quedó de nuevo tranquilo, las grandes alas abiertas sobre el lago cual hojas de loto; golpearon el aire con fuerza, sonó un chasquido, un ala se hundió mientras la otra convertía el lago en espuma y desaparecía... Pez y ave se hundieron en el abismo; profirió la madre un aullido de dolor y dirigió su mirada al otro hijo, que había subido hasta el picacho, pero ya no estaba; mas muy alto, frente al sol, vio un punto negro, muy negro, ascender y desaparecer en sus rayos; y el corazón de la madre palpitó de gozo y cantó a la orgullosa fuerza que sólo es grande cuando es grande su empeño.

Mi canto había concluido, un sonoro aplauso me saludó, pero mis ojos seguían clavados en la anciana del rincón; y pude ver cómo dejaba caer el huso y en ese instante clavaba en mí su oscura, aguda mirada, aquello parecía la reproducción de la escena de infancia que había descrito en mi canto. Se puso en pie y avanzó hacia mí con andar ágil, y exclamó:

—¡Cantando, has pagado tu rescate! El sonido de la música es más fuerte que el del oro, vi en tus ojos la estrella de la buena suerte cuando ave y pez se hundieron para morir en el profundo abismo. Vuela hacia el sol, mi osado aguilucho, la vieja sigue en el nido y se alegrará con tu vuelo. ¡Nadie atará tus alas!

—¡Muy lista, Fulvia! —dijo el bandido que me había ordenado improvisar y que ahora se inclinaba con extraña seriedad ante la anciana—. ¿Conoces al signore? ¿Ya lo habías oído improvisar?

—¡He visto la estrella en sus ojos! —respondió ella—. He visto el invisible resplandor que emana de los hijos de la fortuna. Él trenzó su corona y aún trenzará otra más bella, pero con las manos libres. Dentro de seis días matarás de un tiro a mi joven aguilucho, ya que él no quiere clavar sus garras en el lomo del pez. Reposará seis días aquí, en el nido, y luego volará hacia el sol... —Y entonces abrió un armarito que había en la pared, sacó de él un papel e intentó escribir—. La tinta está dura como el camino seco, pero tú tienes suficiente líquido negro; hazte un corte en la mano, Cosmo, la vieja Fulvia también piensa en tu buena suerte —sin decir nada, el bandido sacó su navaja, se hizo un corte superficial en la piel y mojó la pluma en la sangre. La anciana me la dio, pidiéndome que escribiera: «Me voy a Nápoles»—. Pon debajo tu nombre —añadió—; es como un sello pontificio.

—¿De qué servirá eso? —oí decir a media voz al más joven, a la vez que miraba con desgana a la anciana.

—¿El gusano ya tiene voz? —exclamó ella—. ¡Guárdate del pie que te puede aplastar!

—Creemos en tu sabiduría, madre —dijo el mayor—. Tu voluntad es nuestro relicario, nuestra fortuna y nuestra bendición.

No dijeron nada más. Regresó el buen humor, la botella de vino pasó de uno a otro. Me dieron palmaditas en la espalda como muestra de confianza, me ofrecieron el mejor pedazo de la caza que estaban comiendo, pero la anciana siguió igual que antes, hilando en su huso, mientras el más joven echaba brasas nuevas a sus pies, diciendo: «¡Te vas a helar, anciana madre!».

A juzgar por lo que ésta había dicho, por el nombre que oí, me di cuenta de que era ella la que había predicho mi futuro cuando estaba con mi madre y Mariuccia trenzando coronas junto al lago de Nemi. Sentí que mi destino estaba en sus manos. «Me voy a Nápoles» era lo que me había hecho escribir; aquel era mi deseo, pero ¿cómo atravesaría la frontera sin un pasaporte? ¿Cómo sería mi futuro en aquella ciudad extraña, en la que no conocía a nadie? No me atrevía a presentarme como improvisador huido del estado vecino. Mis conocimientos de lenguas y una confianza infantil en la Madonna reforzaron mi alma, incluso el pensar en Annunziata, que se había transformado en una extraña melancolía, trajo tranquilidad a mi alma, la tranquilidad que embarga al navegante que, hundido su barco, se dirige, sólo en un pequeño esquife, hacia una costa desconocida.

Transcurrieron los días, uno tras otro, los hombres iban y venían, incluso Fulvia estuvo fuera un día entero, y yo me quedé en la guarida con uno de los bandidos.

Era un hombre joven, como de veintidós años de edad, rasgos innobles pero una mirada extrañamente melancólica que de vez en cuando se volvía pura furia, como la de un animal; su aspecto estaba adornado por largos y hermosos cabellos que le caían sobre los hombros. Estuvo un buen rato en silencio con la cabeza apoyada sobre un brazo, y luego se volvió hacia mí y dijo:

—Tú sabes leer, léeme una oración de este libro —y sacó un pequeño misal, que le leí, y en sus grandes ojos oscuros se veía la más profunda devoción—. ¿Por qué quieres abandonarnos? —dijo, dándome su mano con buen humor—. Maldad y falsedad habitan en la ciudad tanto como en los bosques, pero el bosque tiene aire más fresco y menos gente.

Entre nosotros creció una especie de confianza, y yo me estremecía por su ferocidad al tiempo que me sentía conmovido por su infelicidad.

—Conocerás seguramente la historia del Príncipe de Savelli, ¿no? —preguntó—. Las alegres bodas de Ariccia. No era en realidad más que una humilde campesina, una chica pobre, pero era muy bonita y se hicieron las

bodas. El poderoso señor de Savelli honró a la novia con un baile, la citó en el jardín, pero ella se lo confesó a su novio, que tomó sus ropas y su velo de novia y se hizo pasar por ella; y cuando el conde intentó estrecharla contra su pecho, él clavó su daga en el corazón del noble... Yo conocí un conde como ese y un novio como ese, pero la novia no era tan sincera; el poderoso señor celebró la noche de bodas y el novio un funeral. El pecho de la novia brillaba como la nieve cuando el deslumbrante cuchillo buscó su camino hasta el corazón.

Lo miré a los ojos en silencio, no tenía palabras para expresarle mi compasión.

—Pensarás que nunca he conocido el amor; que nunca, como la abeja, he bebido el aromático cáliz —exclamó—. Una dama principal, inglesa, viajaba a Nápoles, llevaba consigo a una chica preciosa, salud en las mejillas y fuego en los ojos; mis camaradas los obligaron a todos a bajar del carruaje y tumbarse en tierra, en silencio, mientras saqueaban; a las dos mujeres y a un hombre joven, imagino que era el amante, nos los llevamos a las montañas; a él lo atamos a un árbol, la muchacha era muy bella, era la novia... ¡yo también podría ser el Príncipe de Savelli! Cuando llegó por fin el dinero de rescate de los tres, las rojas mejillas de la muchacha habían desaparecido, sus ojos no quemaban con tanta fuerza, todo por la oscuridad que reina en las montañas —me aparté de él, que añadió como para justificarse—: ¡La muchacha era protestante, no era cristiana, era una hija de Satanás!

Por un rato permanecimos los dos en silencio.

—Léeme otra oración —dijo, y así lo hice.

Al atardecer llegó Fulvia; me entregó un sobre pero no me permitió abrirlo.

—Las montañas te envuelven con su húmeda capa; es hora de echar a volar. Come y bebe, tenemos por delante una larga caminata y en los desnudos senderos no crecen las pagnotte —el bandido joven sacó enseguida algo de alimento, que comí; y Fulvia se echó sobre los hombros su capa y me arrastró con ella por los oscuros corredores excavados—. ¡En la carta están tus alas! —dijo—. Ningún soldado de la frontera te tocará ni una pluma, mi joven aguilucho. Llevas una varita mágica, ella te proporcionará oro y plata hasta que tú mismo hayas encontrado tu tesoro.

Con sus desnudos, flacos brazos separó la espesa hiedra que colgaba como un tapiz ante la entrada del cubil; era noche cerrada, una niebla húmeda envolvía las montañas. Caminé agarrado a su vestido; sólo con dificultad podía seguir sus rápidos pasos por el sendero en aquella oscuridad, ella avanzaba como un fantasma; a ambos lados se alzaban arbustos y matorrales. Llevábamos caminando ya varias horas, estábamos en un estrecho valle entre

montañas; allí había una choza de paja como las que suele haber en los pantanos. No tenía paredes, el tejado de cañas y paja llegaba hasta el suelo. Brillaba una luz a través de una rendija en la baja puerta. Entramos, era como el interior de una gran colmena, pero todo estaba negro por el humo, cuya única salida era a través de la rendija de la puerta; postes y vigas, hasta las cañas, todo estaba reluciente de hollín. En mitad del suelo había una elevación de varios codos de altura y más o menos la mitad de anchura; allí había cenizas y carbón, era el lugar donde guisaban la comida y que servía para calentar la choza. Más atrás, en la pared, había una abertura que conducía a una choza más pequeña, adosada a la mayor, igual que las cebollas pequeñas crecen pegadas a la madre; dentro dormían una mujer y varios niños; un asno asomó la cabeza y se quedó mirándonos como un tonto; un hombre bastante mayor, casi desnudo, sólo con los destrozados pantalones de piel de cabra sobre los muslos, vino hacia nosotros; besó la mano de Fulvia y, sin intercambiar una sola palabra, se echó el capote de lana sobre los hombros desnudos, hizo salir al burro y me indicó que montara.

—¡El caballo de la fortuna trotará mejor que el asno de la campiña! —dijo Fulvia. El campesino sacó de la choza al asno, en el que monté. Mi corazón estaba profundamente conmovido de agradecimiento a aquella misteriosa anciana, me incliné a besar su mano pero ella dijo que no con la cabeza y me pasó la mano para retirar mis cabellos de la frente; sentí su frío beso, la vi saludar de nuevo con la mano, y ramas y arbustos la ocultaron de mi vista, el campesino fustigó el asno y echó a correr, compitiendo con él, hacia el sendero; le hablé, él dejó escapar un débil sonido y con un gesto me indicó que era mudo. Mi curiosidad por leer la carta que Fulvia me había entregado no me dejaba un instante de calma, la saqué y la abrí. Eran varios papeles, pero la oscuridad me impedía distinguir ni una sola palabra, por mucho que esforcé los ojos.

Al amanecer estábamos en la cresta de la montaña, que no era sino granito desnudo y algunas plantas bajas y el aromático ajeno de color gris verdoso. El cielo estaba iluminado por las lucientes estrellas, bajo nosotros se extendía un ondeante mar de nubes, eran los pantanos, que se prolongaban desde los Cerros Albanos de Veletri a Terracina, enmarcados entre los Abruzos y el Mediterráneo. Las bajas, hinchadas masas de niebla brillaban a nuestros pies y al poco vi cómo el cielo infinitamente azul se iba haciendo violáceo y luego adquiriría un purísimo color sonrosado, las montañas se vistieron de terciopelo azulado, yo estaba cegado por la hermosura de los colores, una hoguera ardía en la ladera de la montaña, parecía una estrella escapada del fondo claro. Mis manos se juntaron en una plegaria, mi corazón se inclinó ante Dios en el gran templo de la naturaleza y rogó en silencio: «¡Hágase en mi según Tu voluntad!».

La luz del día era ya lo bastante fuerte como para poder ver lo que incluía el sobre; había un pasaporte extendido a mi nombre por la policía de Roma, y el visado del embajador de Nápoles, y una letra de cambio por valor de 500 scudi para la Casa Falconet, en Nápoles. Un sobre más pequeño incluía sólo las palabras: «La vida de Bernardo no corre peligro, pero no vuelvas a Roma hasta pasados unos meses».

Fulvia tenía razón: allí estaban mis alas y mi varita mágica. ¡Era libre! Un suspiro de agradecimiento brotó de mi corazón. Al poco, llegamos a un camino mejor preparado; había algunos pastores comiendo su almuerzo. Mi guía se detuvo, los otros parecían conocerlo; hizo una señal con los dedos y nos invitaron a participar de su comida, consistente en pan y queso de búfala, que acompañaban con leche de burra; di unos bocados y me sentí más fuerte. Mi guía me señaló entonces un sendero y los otros me explicaron que iba montaña abajo, a lo largo de los pantanos, hasta Terracina, adonde podría llegar antes del anochecer. Sólo había de seguir el sendero dejando las montañas a mi izquierda, y tras unas horas de camino me llevaría hasta un largo canal que iba de las montañas a la gran carretera, cuya larga alameda podría ver enseguida, en cuanto se disipara la niebla. Siguiendo el canal llegaría al camino, justo al lado del convento abandonado que era ahora una hostería; se llamaba Torre Tre Ponti.

Gustosamente habría hecho algún regalo a mi guía, pero no tenía nada en absoluto que darle. Entonces recordé que aún tenía los dos scudi que llevaba en el bolsillo al salir de Roma, sólo había entregado la bolsa del dinero que me habían dado para una necesidad. Así que aquellos dos scudi eran por el momento toda mi fortuna, uno se lo daría a mi guía y el otro lo conservaría para poder vivir de él hasta que llegara a Nápoles, pues sólo allí podría hacer uso de mi carta de crédito. Eché mano al bolsillo, pero busqué inútilmente; hacía mucho que me habían despojado de mis escasos bienes. ¡No tenía absolutamente nada! Así que desaté el pañuelo de seda que llevaba al cuello y se lo di al buen hombre, le estreché la mano y seguí sólo por el sendero hacia los pantanos.

